

A dramatic black and white photograph of a stormy sea. In the foreground, a large, dark cross stands on a rocky shore. To the left of the cross, a dark silhouette of a person is visible, looking out towards the sea. The sea is turbulent, with white foam from breaking waves visible. The sky is dark and cloudy. The overall mood is somber and dramatic.

VICTOR DOMINGO SILVA

LA TEMPESTAD SE AVECINA

1936

La Tempestad se avecina

por Víctor Domingo SILVA.

La situación internacional sudamericana se torna cada vez más inquietante debido a los rumores de los esfuerzos que se harían en tales y cuales naciones para propender al incremento del armamentismo. Pactos bilaterales que se gestionan a la chita callando, viajes de diplomáticos, la hoguera del Chaco que parece conservar todavía chispas bajo la ceniza de la tregua, la futura Conferencia de Paz de Buenos Aires...: todo esto, y muchos otros indicios más, presagian que hay graves preocupaciones diplomáticas que pueden llevar a los pueblos de Sudamérica a un estado de seria tensión.

El autor de este libro, que ha viajado recientemente por varios pueblos americanos y que desde la juventud los conoce, estudia algunos de los problemas esbozados más arriba y los afronta con desnuda sinceridad y con patriotismo. Aunque callar pueda en estas circunstancias ser más prudente, quiere hacer luz, plena luz, y por eso habla en tono varonil y con apoyo de sólidas razones y de informes captados directamente de la realidad americana del momento.

La tempestad se avecina es un libro sincero, franco, audaz, si se quiere, y contiene advertencias que el patriota no debe desoír. Su interés es igual para el chileno que para el argentino, para el boliviano, el paraguayo y el peruano, y es sobre todo especial para el que estudia los sucesos internacionales con alguna profundidad.

LA TEMPESTAD
SE AVECINA

OBRAS DE ACTUALIDAD

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, SANTIAGO

VICTOR DOMINGO SILVA

945

*LA TEMPESTAD
SE AVECINA*

El momento

internacional

sudamericano



EDICION ZIG - ZAG

BIBLIOTECA NACIONAL
REGION CHILENA

DEDICATORIA

AL EJERCITO DE CHILE

*En todas y en cada una de sus armas;
porque no veo en él sino al pueblo mismo
organizado para la defensa nacional;
como un homenaje y como la expresión
de una esperanza.*

EL AUTOR.

Santiago, agosto de 1936.

Los más grandes desagradados de nuestra vida los debemos a nuestros arranques de independencia moral: grandes desagradados a que corresponden, por la inversa, profundas complacencias íntimas.

Tarda uno en darse cuenta de que vivir en sociedad nos impone a menudo el callar cuando deseáramos vocear la injusticia de que se nos hace víctimas, y el gritar cuando, por nuestra voluntad, guardaríamos silencio.

Lo único que a los periodistas nos redime de la penitencia de opinar por cuenta extraña y de escribir para el público, no lo que nos interesa sino lo que se nos ordena y según se nos ordena, es la satisfacción de poder, de vez en cuando, lanzar al mundo un libro en el que va, sin subterfugios ni disfraces, toda nuestra verdad acerca de un asunto determinado.

V. D. S.



CAPITULO PRELIMINAR

El ideal de la paz y la fatalidad de la guerra

No quiero que el título de este libro llame a engaño a algún lector demasiado ingenuo o demasiado entusiasta. Por lo demás, el entusiasmo y la ingenuidad no son incompatibles y hasta suelen ir por el mundo tomados de la mano.

Lejos de mí la idea de hacer el pájaro agorero. El chucao, a quien favorece con esta función la superstición de los mapuches, canta de cierto modo cuando anuncia males, y en otro tono muy diverso cuando quiere presagiar felicidades. Por mi parte, no aspiro al don de profecía, ni en un sentido ni en el otro.

No predigo la guerra, pero sí, la temo. La temo como hombre, como cristiano y como hijo de la libre América. Y la odio, y la repugno, además, con todos los fervores de mi alma como pacifista de corazón y convicción: y pues la veo venir, y a corto plazo, hácese en mí un deber de conciencia el pronunciar mi alerta.

Menos mal si los centinelas a quienes se ha encargado la guarda de la propiedad y de las vidas, no se han dejado vencer por la molicie o por el sueño.

Si rendir culto al ideal de la paz entre los pueblos es ser pacifista, yo lo soy, y de todo corazón. El mismo viejo principio romano "si vis pax est bellum" deja entender claramente que la guerra no debe ser considerada sino como un medio de alcanzar aquel ideal. Creo que no habrá nadie que ame la guerra por la guerra. Pero del pacifismo al derrotismo hay una dis-

tancia inconmensurable. La indefensión — la inercia ante el peligro exterior— es la abdicación de la dignidad. Vivir impone defenderse.

Creo que, independiente de nosotros, ajenas y aun superiores a nuestra experiencia y a nuestra voluntad, hay fuerzas misteriosas que trabajan orientando el destino de los pueblos. Captar esas fuerzas para controlarlas, es tarea digna de hombres capaces de algo más que de digerir la vida.

No me avergüenza, en esta época de neurosis cesarista, de abierta o solapada reacción hacia las formas drásticas de gobierno, hacer profesión de fe liberal y pacifista. Tampoco se avergonzaba Rubén, cuando el ateísmo estaba en boga, de proclamar su fe deísta.

Hay que creer en algo, y yo creo que, de aquí a siglos y milenios, el hombre — el rey de la creación, el *Homo Sapiens* — habrá logrado liberarse de la fatalidad que lo ha mantenido sujeto a la violencia y arrastrándolo a la agresión y a la matanza.

Todas las religiones especulan con el más allá. Con lo desconocido, con lo que nadie ha visto ni palpado, con lo que se nos espera cuando ya hayamos dejado de ser, con el misterio, en suma, es con lo que se crea la fe, el sentimiento místico, cuya eficacia, como fenómeno impulsor, como eje de la dinámica moral, no necesita demostración.

En uno de sus frecuentes viajes de magnate a Europa, un compatriota mío, católico a macha martillo, potentado de la política y la banca, hizo amistad a bordo con un diplomático japonés, descendiente de los antiguos samurais. Extrañado el criollo de que un hombre tan culto y tan inteligente, como parecía ser el noble servidor del Mikado, pudiese creer que la familia imperial descendía del sol, se atrevió a manifestárselo

un día, en el calor de la tertulia. Sin abandonar su benévola sonrisa, el diplomático nipón le contestó:

—Usted es católico, ¿verdad?

—Sí, señor; católico, apostólico, romano.

—Y ¿no cree usted, al recibir cada día lleno de unción, de manos de su sacerdote la sagrada hostia, que se come a su propio Dios, a su Padre, a su Creador?

Mi ilustre compatriota, según dicen, nada tuvo que objetar.

Al referirme al dinamismo de las ideas místicas, ¿tendré necesidad de declarar que no pretendo parafrasear a Le Bon? Después de todo, el eminente pensador francés no ha hecho más que desentrañar y demostrar procedimientos puestos en práctica por los grandes reformadores de todos los tiempos y de todos los países.

Para alentar, pues, y rendir culto al ideal pacifista, se necesita menos que para creer en un Dios que está, en todo instante, en el fondo de nuestro pensamiento y que, como Juez Supremo, discernirá a su hora la recompensa o el castigo. Aunque esté probado que venimos de una bestia bronca y greñuda que habitaba en cavernas, desprovista de hábitos sociales y apenas más inteligente que un cuadrúmano, yo me obstino en creer que vamos hacia el ángel, que acabaremos por extirpar de nuestra alma racional los instintos de la fiera. Algo hay en que no puedo creer, y es que sea susceptible de sufrir solución de continuidad la evolución. Excesiva soberbia sería, de parte nuestra, estimar que nos hallamos en la última etapa.

¿Habría que desestimar por candorosos o por hipócritas los esfuerzos que hacen, en uno y otro hemisferio, los hombres de buena voluntad en favor de la paz universal? El Premio Nobel, instituido — melancólica ironía — por el inventor de la dinamita, ¿no tendría

entonces más aliciente que la vanidad ni más objetivo que el lucro? ¿Hemos de creer inútiles, estériles, absurdos, y condenados por ende a desaparecer, organismos internacionales de tan alto prestigio como la Convención de La Haya, la Cruz Roja de Suiza o la propia Sociedad de Naciones? (1) ¿Tendremos que conformarnos a la fatalidad de este círculo vicioso que nos reduce a crear para destruir y a destruir para crear?

Acepto el militarismo; pero sólo como un mal inevitable. ¡Ay de las especies que la Naturaleza no proveyó de medios de defensa! He cantado a los héroes militares de mi patria, no porque vistiesen lujosos uniformes o porque descollasen en el arte de la guerra, sino porque en el héroe militar, como en todo hombre que se juega la vida en aras de un ideal superior, como en el sabio que rinde la suya en experiencias de laboratorio o como en el misionero a quien victiman los salvajes, hay algo de ejemplarizador, algo de sublime que lo eleva a inmensa altura sobre el plano de la animalidad rastrea y sórdida.

¿Por qué dudar de que llegará para esta pobre prole adánica la etapa en que ya no necesite de los guerreros, como no habrá menester de códigos, de jueces ni de cárceles? Convengo en el militarismo como convengo en la política: porque no queda, por el momento, otro remedio. Pero junto con tristeza, me producen profunda repugnancia los escritores que gastan su erudición histórica, su fervor proselitista y su talento dialéctico en hacer la apología de la guerra.

Siempre he odiado y sigo odiando la guerra, que

(1) Estimo inútil aludir al último revés sufrido por la Sociedad de Naciones (cualesquiera que sean las que hayan tras el bombo) frente a la actitud y a la acción de la Italia imperialista. Hoy como antaño: *jvae victis!*

si como recurso político me parece contraproducente (muchos hablan de los beneficios de la guerra, pero yo los estimo en todo caso desproporionalmente inferiores a sus daños), ante la moral humana no puede constituir sino un imperdonable crimen colectivo.

Bien. Un abominable crimen colectivo. Pero, la presente etapa de la civilización no nos libra de tener que considerarla como una fatalidad que no está en nuestras manos evitar. Ni siquiera paliar sus efectos. Porque mientras se establece la Cruz Roja y se fijan principios humanitarios inviolables, el genio del hombre, encaminado al mal, se sirve de la ciencia para descubrir nuevos medios de destrucción. En nada avanza tanto la cultura humana como en este sentido. De la quijada de asno que empleó Caín para consumir el primer fratricidio memorable, a la acción de los explosivos modernos y de los gases asfixiantes, hay una escala de progresos que horroriza, sí, pero que demuestra la fatalidad de la guerra.

Siglos atrás era costumbre que las guerras las hiciesen, a veces por diferendos dinásticos o por simple espíritu de conquista o predominio, los soberanos de las naciones: las guerras modernas las hacen los Estados—o si preferís, los Gobiernos—en nombre de altos y solemnes principios que, por lo común, se encargan ellos mismos de atropellar y de violar.

Ya no hay guerras por ideales religiosos, cuyo ejemplo típico lo ofrecen las Cruzadas y que siendo de ordinario un desastre como empresas bélicas fueron un desastre mucho mayor como factores de disolución humana. Ya no se conciben guerras—y algo vamos ganando—como las de Isabel la Católica, de Carlos V, su nieto, o de Felipe Segundo, su bisnieto: por limpiar su reino de prosélitos de otras religiones, o por imponer su

credo más allá de las fronteras y hasta más allá de los océanos, en las tierras vírgenes que se había de subyugar por el hierro y el fuego. Y aun, si hojearnos la historia, veremos, a lo largo de la Conquista y la Colonia, cómo la codicia humana no tardó en desnaturalizar los propósitos de los soberanos españoles, campeones del ideal católico.

A pesar del auge sin contrapeso de las ideas absolutistas—derecho divino de los reyes y demás zarandajas del arsenal auto y teocrático—semejante tarea acabó por desangrar a España y por hacer de su corona, caída en manos degeneradas, presa fácil de un advenedizo de genio (1).

Se acabaron las guerras románticas, es decir, aquellas en cuyos antecedentes y objetivo no se ve la codicia de tierras u otro provecho de índole económica o política, sino simples diferendos de lesa honor o dignidad nacional para los que el talento de los diplomáticos no encuentra otra solución que la de los cañonazos. Ejemplo: la llamada por los españoles "Guerra del Pacífico" (1865-1866), en la que, a pesar de los daños materiales ocasionados por el bombardeo de los dos principales puertos del Pacífico Austral, no hubo más indemnización ni más reparación que el saludo a la bandera.

Después de las revueltas de emancipación de las antiguas colonias—movimiento perfectamente justificado y, a pesar de cuanto se diga, oportuno—la verdad es que sería irrisorio tratar de encontrar en las guerras modernas ideal positivo alguno fuera del interés eco-

(1) La catolización del mundo, emprendida hace siglos por los autócratas españoles, ha venido a tener un eco digno en la estúpida persecución religiosa que, en nombre de la unidad nacional, ha iniciado el Führer en la Alemania nazista.

¡Bien por Europa y Alemania!

nómico o político. Un pueblo quiere engrandecerse a costa de otro que considera más débil; en el territorio de un país inermes se descubre una nueva fuente de riqueza; un grande imperio necesita de determinado valioso producto de que su propio suelo carece; un país se siente estrecho dentro de sus fronteras, porque ha crecido demasiado, y aspira a derramar en sitio extraño el remanente de su producción y población: he ahí el fantasma de la guerra cerniéndose—nube siniestra—sobre el horizonte del mundo que hemos convenido en llamar civilizado.

No nos hagamos ilusiones: después de dos mil años de surgida en el cielo de Oriente la estrella de Belén, después de dos mil años de difusión del Evangelio por sobre el haz de la tierra y hacia los cuatro puntos cardinales, estamos como al comienzo. La ley brutal del más fuerte se impone sobre los dictados de la justicia. El derecho, como concepto positivo, resulta una ficción, un mito, una entelequia, y se hacen irrisorias todas las tentativas de los hombres bien inspirados—que los hay—por establecer el reinado de la paz. Inútiles los planes de los gobernantes, los ensayos de los sociólogos, los sueños de los filósofos y de los poetas. La propia Sociedad de Naciones—creación de la moderna jurisprudencia internacional, en cuya acción creímos y seguimos creyendo muchos (no importa que seamos minoría)—no logra aún acreditarse ni afianzar su autoridad. No puede negarse que es un Tribunal respetable, pero tampoco puede desconocerse que las naciones lo respetan sólo cuando les conviene. Como decía el filósofo refiriéndose a la ley, es telaraña que aprisiona al pequeño insecto pero que el insecto fuerte destroza a su capricho.

Está fuera de toda duda que cunde cada vez más

en el concepto universal el pesimismo que inspira la Sociedad de Naciones. Veá cómo analiza su génesis y cómo juzga sus procedimientos un parlamentario chileno, el H. Diputado don Rafael Moreno, quien, en la sesión celebrada el martes 28 de julio último por la Cámara de que forma parte, se refirió in extenso a la institución ginebrina (1).

El señor MORENO, don Rafael.—Manifiesta que hace algunos días ocupó la atención de la Cámara el señor Benavente para analizar la política del Gobierno en lo relativo a la SDN. Posteriormente, el señor Ministro de Relaciones Exteriores ha expuesto ante la Comisión respectiva de la H. Cámara los antecedentes necesarios para justificar la política internacional del Gobierno sobre esta materia.

Hoy, sin conocer todavía esa exposición, quiere por su parte ocuparse de la SDN, y exponer algunas observaciones que apoyan su simple opinión personal de que Chile debe retirarse de esa institución.

Comienza señalando los vicios fundamentales que advierte en la constitución de la SDN, y expresa que en el momento de constituirse ella en el Tratado de Versalles, los países que la formaban se dividían en tres grupos: los vencedores de la Guerra Europea, los vencidos y los neutrales. Como la Sociedad tenía por objeto real y oculto asegurar a los vencedores los opulentos beneficios que les daba el Tratado de Versalles, tuvieron buen cuidado de constituir la Sociedad excluyendo a los vencidos, y formaron, según el artículo cuarto del Pacto, un Consejo de 9 miembros, de los cuales 5 cargos pertenecen a perpetuidad a los vencedores y 4 a los neutrales. De más está decir que los 5 asientos permanentes se asignaron a Inglaterra, Francia, Italia, Japón y Estados Unidos. Posteriormente, como estipulación del Tratado de Locarno, en 1926, se impuso por los vencedores la designación de Alemania para el cargo permanente que correspondía a Estados Unidos. Esto originó el retiro del Brasil, que exigía para sí la calidad de permanente en el cargo temporal que tenía en el Consejo de representación de América. En 1934 se creó otro asiento permanente para Rusia; posteriormente, el número de cargos temporales se aumentó a seis, y últimamente a diez, con lo cual el Consejo tiene hoy 16 miembros.

La situación de los neutrales en el Consejo es muy desmedrada; ocupan sus cargos precarios sólo por el tiempo que fije la Asamblea de la Sociedad, y como ésta se encuentra manejada por los vencedores—vale decir las grandes potencias—resulta que los neu-

(1) El extracto que reproducimos es el que se publicó en "El Mercurio", de Santiago, edición del día siguiente, 29 de julio.

trales serán miembros temporales del Consejo únicamente si tienen el beneplácito de esas potencias y por el tiempo que ellas quieran. Puede observarse, además, que Inglaterra ha obtenido que la Sociedad admita como miembros de ella a sus colonias de Australia, Nueva Zelandia, Canadá, Sudáfrica y la India, y a sus protectorados y mandatos como Persia, Afganistán y El Irac, con lo cual el voto de Inglaterra vale por nueve, mientras los demás miembros tienen sólo uno. Esta injusta constitución del Consejo y de la Sociedad crea una situación desigual, antidemocrática y de privilegio para los poderosos, destruyendo el principio de "justicia", invocado por el pacto en su artículo segundo para mantener las relaciones internacionales. Ese irritante privilegio fué el que movió al delegado argentino don Horacio Pueyrredón a proponer un Consejo con todos sus miembros elegidos por la Asamblea. Naturalmente, esa indicación fué combatida por los vencedores y enviada a Comisión a pedido del inglés Balfour.

Dada esa forma excepcional en que están los países fuertes resulta que los neutrales y los vencidos de 1918 actúan dentro de la Sociedad como comparsas para corear cuanto hagan las grandes potencias.

Pasa en seguida a referirse a la desnaturalización de los fines de la Sociedad, y expresa que los países que la fundaron, o sea, los vencedores de Versalles, la crearon para desarmar a Alemania, con la promesa de desarmarse ellos después y llegar al desarme universal; pero, una vez aniquilada Alemania, faltaron abiertamente a esa promesa, porque se armaron más, hasta el extremo de que hoy tienen tres veces más armamento que en 1913. Esta es la gran hipocresía que denunciaba Nitti.

A continuación expone la injusta organización financiera de la SDN, terreno en el cual queda también de manifiesto la desigualdad entre los países poderosos y los débiles. Hace ver que su enorme presupuesto, que alcanza a 30.879.673 francos suizos oro, o sea, cerca de 280 millones de pesos de nuestra moneda; se emplea en pagar con sueldos subidos la burocracia más grande que se ha conocido, y en la cual, naturalmente, los funcionarios mejor pagados son los pertenecientes a las grandes potencias, ocupando unos pocos sudamericanos cargos inferiores. Después de exponer otros antecedentes, expresa que desde que Chile ingresó a la SDN, ha gastado en cuotas anuales, gastos de representación, sueldos de delegados, viáticos y demás gastos indispensables, más de 30 millones de pesos de nuestra actual moneda, sin obtener el más mínimo beneficio de esa inversión, como lo han obtenido generosamente otros países.

Se refiere, en seguida, a que la actuación de la Sociedad ha sido un fracaso a conciencia. No impidió la guerra del Chaco, ni hizo nada por terminarla, ni le interesó la suerte de los dos países contendores. Se desinteresó totalmente para procurar la paz entre ellos, la que se firmó debido a la tenaz insistencia de Chile, secundado por otros países sudamericanos.

Cuando Japón agredió a China y le quitó la Manchuria, la So-

ciudad lo declaró culpable después de 17 meses de subterfugios, pero no se atrevió a imponerle sanciones por dos motivos: porque no era capaz y porque no convenía a Inglaterra, bajo cuya batuta actúa la Sociedad.

Cuando Italia inició la guerra contra Etiopía, la Sociedad de Naciones la declaró culpable y le impuso sanciones porque la creyó débil y porque Inglaterra vio amenazados sus intereses. Ahora que Italia ha triunfado, la Sociedad se esfuerza por agradarla y llegó hasta el extremo de aceptar teóricamente la tesis argentina de no reconocimiento de conquistas territoriales, sin pronunciarse sobre el caso concreto de Etiopía.

Cuando Alemania violó los Tratados de Versalles y de Locarno al militarizar la Renania, hecho que según esos tratados está definido como agresión de guerra, la Sociedad se limitó a declararla culpable, pero no le impuso sanciones, porque tampoco se atrevió y porque no convenía a Inglaterra.

Ultimamente, Japón ha segregado de China las provincias de Hopei y Chahar, y mantiene tropas en todo el territorio chino; pero la Sociedad no ha tenido siquiera el valor, o por lo menos el pudor de formular una protesta.

En cambio, ha demostrado gran energía con la indefensa ciudad de Dantzig por la visita que le hizo un buque de guerra alemán.

Esta actitud doble de la Sociedad demuestra que es servil con las naciones fuertes y arrogante con los países que cree débiles y a quienes hostiliza, si es que no los abandona a su propia suerte.

Por estas razones, el problema del fracaso de la Sociedad no está en no haber impedido la guerra ítalo-etíope, sino en la duplicación de conducta que ha observado, desprovista de toda dignidad, moral y seriedad. La última asamblea de la Sociedad es la prueba palpable de este vergonzoso orden de cosas.

Llega el momento en que—por las razones que fuere—no hay nada que detenga el ímpetu de la ola homicida. ¡Singular fenómeno! La muchedumbre, la masa, la juventud de las aulas, de los escritorios y de los talleres, el hombre de la calle, que son, al fin de cuentas, los que más inmediata y directamente van a sufrir las consecuencias de la guerra en sus personas y en sus intereses, parecen los más empeñados en precipitar la catástrofe. ¿Qué saben ellos de la realidad? ¿Quién es y dónde está el *Deus ex machina*? Los políticos se hallan entre bastidores y es difícil que se muevan de allí. No necesitan, por lo demás, bajar a la arena, porque

ya se ha producido el envenenamiento mental colectivo. Ya nadie mira sino a través de los cristales que se le han puesto a los ojos, ya se ha creado el estado místico—superior al juicio—que hace que el rebaño de gobernados mismos sea quien exija la guerra. Toda oposición será considerada como traición a la Patria. Urge atacar, vencer y aniquilar al enemigo (1).

Ese pueblo así intoxicado tiene la conciencia de que la guerra que pide es no sólo justa sino también indispensable, de la más alta conciencia nacional. Abundan hasta estorbar los argumentos de orden moral, sentimental y político. Ese pueblo que al principio pensaba sólo vagamente en resistir, respondiendo a las armas con las armas, ahora está convencido de que tiene que tomar la ofensiva, invadir él antes de ver invadido su territorio. Y lo demás es obvio: lo demás lo hacen los desfiles, las manifestaciones callejeras, los tribunos, los periodistas, las charangas militares, las banderas desplegadas al viento...

Es curioso observar que las guerras actuales, salvando las diferencias de orden táctico y estratégico y en cuanto se refiere a la calidad de las armas, recuerden a las de las épocas bárbaras. Son guerras de expansión también, guerras de inmediato alcance económico, como las que asolaron a Europa bajo los cascos de las hordas venidas del Norte y del Oriente, en el crepúsculo del Imperio Romano (2).

(1) El enemigo es siempre malvado, agresivo; ofende injustamente a nuestra Patria y al honor nacional; tiene la pretensión de invadirnos, codicia nuestras riquezas, etc., y además, es un poltrón y un cobarde, un pueblo despreciable, sin héroes legendarios ni antecedentes guerreros. Nosotros, naturalmente, puestos ante el espejo, reflejamos la imagen de todas las virtudes.

(2) La invasión y el aniquilamiento de Etiopía por los ejércitos del Duce, ¿qué son si no un ejemplo y una demostración de la terrible sentencia de Hobbes: "*Homo homini lupus*"?

¿Qué ideal elevado, de orden religioso, político o social podía, sin embargo, exigirse a aquellas hordas sin más motor que el del instinto, sólo obedientes a la autoridad del más audaz y del más fuerte, erigido caudillo? Pueblos en formación, clanes en marcha de conquista, con hábitos rudos y groseros, apenas salidos de la vida selvática, sintieron estrechos en las comarcas nativas, teatro de sus primeros agrupamientos, y se lanzaron hacia las regiones pobladas del Occidente y del Meridión, cultos pero decaídos, con el ímpetu y el gesto del cazador y el bandolero. ¡La pieza era hermosa y el botín espléndido! Tierras, tierras que cultivar y donde criar ganados, y fundar ciudades, y dominar, y enriquecerse. No necesitaban ellos de pedantes que justificasen su acción en conferencias, libros o periódicos. Formidable en su empuje y en su estrago, era aquél un movimiento migratorio, como el de ciertas aves o, más bien, como el de ciertos grandes o pequeños bichos que agujonea el hambre y que van derechos a su fin, talando la hierba de los campos por donde pasan. Los hunos, los godos, los vándalos, los galos, etc.—y por el sur los árabes—no tenían siquiera que justificar sus actos en conformidad a determinadas normas y principios jurídicos; no tenían más que el ímpetu, nacido en unos de oscuros instintos biológicos, fruto en los otros del fanatismo religioso creado y amasado en lo profundo de la raza por su profeta máximo.

Con la justificación de políticos y escritores, de maestros y sacerdotes, y observadas las diferencias en la calidad y el poder de las armas, ¿no es igual lo que han hecho y hacen los pueblos civilizados en las tierras ocupadas por los que llamamos salvajes? No sólo a raíz del descubrimiento y bajo el pendón de la Conquista, sino en época reciente, en pleno siglo de las lu-

ces, en el Canadá, en los Estados Unidos, en la Patagonia, en el África, en Australia, la colonización merced al exterminio sistemático (y perfeccionado) del elemento indígena. Civilizados o no, bárbaros o a medio civilizar, los pueblos crecen, se sienten estrechos en los límites de sus dominios geográficos, imperiosas urgencias de índole económica hacen nacer en ellos la inquietud de expandirse, y se lanzan entonces a la invasión y a la conquista (1).

Struggle for life! Terrible ley biológica. Son las especies inofensivas las que dan las víctimas predestinadas al sacrificio. La especie armada para agredir y devorar, no necesita siquiera haberse formado la convicción de que la especie inerte ha sido creada para su regalo y alimento. Aunque no debiera ser así, y aunque nos duela, dentro de la Humanidad—el más alto peldaño de la escala zoológica—viene ocurriendo en igual forma, desde tiempo inmemorial. Los pueblos nacen con una obligación elemental, que es la de defenderse: los que no saben o no quieren hacerlo, pierden el derecho a la vida. Por eso la guerra, como fenómeno social, tiene el carácter y las proporciones de una fatalidad.

Fatalidad animal contra la que es preciso reaccionar. Por eso escribo este libro. Veo venir una guerra, y a evitarla, a alejar el peligro, de ningún modo a fomentarla, tienden estas páginas en las que he procu-

(1) Me resisto a creer que, como aseguran muchos, la mayor parte de las guerras de hoy sean artificiosamente provocadas por los agentes de las grandes firmas productoras de armas y elementos bélicos, en complicidad con tiburones de la política y la burocracia. Lo que no cabe dudar es que a ellos les aprovecha la guerra en primer término. "¡Qué bien vendría otra guerrita!"—exclamaba sobándose las manos, un nuevo rico de mi tierra, a dos años de la paz de Versalles. Se alegra el boticario del pueblo cuando se produce una epidemia...

rado vaciar, sin reservas mentales y sin móvil alguno que no pueda confesarse, opiniones y juicios que formulo como hombre, como cristiano y como ciudadano de la Libre América.

CAPITULO PRIMERO

El momento de esta América

Sería ocioso divagar acerca de la inquietud política permanente en los pueblos de la América morena. Aunque es posible que en el curso de todo el siglo XIX y en el tercio de siglo que llevamos vivido, se hayan visto las naciones de la vieja Europa—con toda su experiencia—agitadas por revueltas y quebrantos bélicos mucho más graves que los nuestros, ¿tendremos que resignarnos a llevar a perpetuidad el sambenito de ingobernables, de camorristas y de anárquicos con que se nos ha favorecido?

De todos los lugares comunes y de todas las frases hechas que ahorran a la gente el trabajo de pensar por cuenta propia, los que se refieren al carácter de un pueblo son los más difíciles de combatir y de extirpar. No hay inglés que no sea flemático y exacto; no hay francés que no sea espiritual, ni alemán que no sea ingenuo, ni turco que no sea celoso. Todo español debe, necesariamente, bailar jota y torear, y todo italiano tener voz de tenor o de barítono. Todo ciudadano yanqui ha de andar siempre, y exclusivamente, a la caza del dólar, y todo sudamericano ha de ser un hombre moreno, perezoso y revolucionario. Muy pintoresco todo esto, muy fácil de explotar en el papel impreso y en el teatro; pero muy tonto y muy injusto. ¿Qué se le va a hacer? El vulgo es simplista por naturaleza, rehuye las complicaciones, y cuando se ha formado un juicio acer-

ca de algo, ese juicio se ha transformado en una imagen indeleble.

Mientras tanto, la verdad es que las alteraciones de régimen y los cambios intempestivos de gobierno en nuestras jóvenes repúblicas no tienen nunca la gravedad que alcanza el mismo fenómeno en Europa, donde ya tan pocas coronas reales o imperiales van quedando en su lugar. Y la verdad es también que, en nuestra América, será muy difícil que una guerra entre vecinos alcance la magnitud y tenga las consecuencias de una conflagración mundial.

Todo lo cual no quitará que el francés sonría cuando escribe o dice, refiriéndose a nosotros, "*ces pays chauds*" o "*ces petits sauvages*", y que los españoles mismos — que, por no leer, no leen siquiera la historia de la conquista y la colonización de América — se empeñen en buscarnos las plumas que, según ellos, llevamos debajo del sombrero o de cualquiera otra prenda del vestuario.

Política y económicamente, más bien dicho, financieramente — eso ya se sabe — los sudamericanos hemos vivido y seguimos viviendo de prestado. Todo lo importamos de Europa, o de los Estados Unidos: ideas, costumbres, libros, máquinas, telas, escuelas literarias, vicios y dinero. Somos esencialmente tributarios. De ahí que no resulte difícil señalar y precisar la inmensa influencia que en nuestras perturbaciones intestinas de los últimos tiempos ha ejercido la guerra europea. No puede negarse que la mayoría de las revueltas que han azotado en los últimos veinte años a los países del hemisferio occidental, no son más que los coletazos del monstruo. El factor económico no podría, con justicia, descartarse en la génesis del malestar político sufrido por naciones ya regularmente organizadas como el Bra-

sil, Chile, el Perú o la República Argentina. Después de todo, la agitación es síntoma de vida y asustarnos demasiado por ello revela exceso de pusilanimidad.

México no acaba de convalecer de los efectos morbosos de la dictadura, que soportó por cerca de cuarenta años. Cuba no se aquietará mientras no se lo pongan en serio sus tutores rubios de más al norte. A Venezuela tendrá que ocurrirle lo que a México, si Dios no lo remedia. En el Perú, el decenio cesarista de Leguía dejó creado un fermento innovador — el aprismo — que acabará por apoderarse del gobierno.

En el terreno de las relaciones exteriores el aspecto de la situación es muy distinto y podría ejemplarizar a nuestros maestros de la vieja Europa, donde, según la frase usual, se vive sobre un volcán. Durante cincuenta años — de 1879 a 1929 — las "inquietas" repúblicas de la América morena se han abstenido de guerrear entre ellas y sabido encontrar para sus embrollos de vecindad soluciones de inteligencia (1).

Citemos el caso de Chile y la Argentina, avenidos por arreglo directo en 1881 y finalmente por arbitraje en 1908; el de Chile y el Perú, por iniciativa espontánea de ambos Gobiernos en 1929; el de la Argentina y Bolivia, el del Paraguay y la Argentina, el del Ecuador y el Perú, etc. y el más reciente del Perú y Colombia, en cuyo entendimiento ha predominado noblemente el buen juicio sobre la pasión y los menguados intereses políticos. Podrían aprender algo, si el orgullo no les estorbase, la Alemania de Hitler, la Italia de Mussolini y la eterna olla de grillos de los países balcánicos.

(1) Me permitirá el lector pasar por alto conflictos como el del Acre, entre el Brasil y Bolivia, por escasa significación continental, lo mismo que los entreveros, tan semejantes a episodios de una guerra civil, entre las pequeñas repúblicas de Centro América.

Transcurrido un largo medio siglo, vemos desencadenarse una guerra que alcanza a durar tres años, entre dos países mediterráneos que habían sido siempre amigos y que no parecían tener ningún empeño en pelear. El proceso de sus dificultades, en el terreno jurídico (no había ninguna en el terreno económico), se parece mucho al de las que han venido dividiendo y excitando el sentimiento público en varias de las antiguas colonias emancipadas de la metrópoli española en el primer cuarto del siglo XIX: falta de claridad y precisión en la demarcación de las fronteras en la época de la formación de las repúblicas. Toda la América continental, desde el Río Bravo hasta la Tierra del Fuego (con excepción del Brasil, algunas de las Pequeñas Antillas, las Guayanas y pedazos de la costa de Centro América) pertenecía a un solo dueño: la corona de España, y este dueño no tenía particular interés en fijar con precisión matemática los límites de cada territorio. ¿Para qué? Cada sucesor heredaba, con el trono, la totalidad del predio.

El *uti possidetis juri*, adoptado por todas las repúblicas y excelente en su esencia, no ha podido ser absoluto. De otro modo, no le habría sido posible a Panamá — en el momento en que lo necesitó ella, o lo necesitaron los Estados Unidos — proclamar el principio que le permitió segregarse de Colombia; ni existiría, acaso, el Ecuador, ni habría podido Bolivia constituirse en república agregando a un trozo del virreinato del Perú una fracción de territorio que formaba parte del virreinato del Río de la Plata; ni serían hoy repúblicas independientes el Paraguay mismo (obra de Yegros y de Francia) ni el Uruguay, creación de Artigas y Rivera. Ni se habrían suscitado rozamientos entre México y Guatemala, ni entre ésta y sus vecinas del grupo cen-

troamericano, ni habrían estado pleiteando cuarenta años la Argentina y Chile por la posesión de la Patagonia, ni el archipiélago de Chiloé — que dependía directamente del virreinato del Perú — habría pasado a constituir la más austral de las provincias de Chile.

Abisma pensar que, por la posesión de fracciones territoriales o por la tensión de líneas fronterizas, se desangren pueblos que, si necesitan tierras, mucho más necesitan hombres, que las ocupen y cultiven. Pero es así, ha sido así, y ante el hecho consumado no cabe distraerse en reflexiones. Después de más de medio siglo de buscar contacto en el terreno diplomático, de protocolos aprobados, preteridos y desahuciados, y de nuevas gestiones y de nuevos protocolos, vemos que la guerra entre esos dos vecinos se hace inevitable. ¡Inevitable!

Y Bolivia, con menos de tres millones y medio de habitantes en una extensión territorial de más de un millón doscientos mil kilómetros cuadrados, y el Paraguay, con una población inferior a un millón de almas, sufriendo aún las consecuencias de una guerra inmensamente desigual (1860), que lo dejó casi desierto, no vacilan en afrontar las tremendas responsabilidades de un conflicto bélico que, guardadas las proporciones, habría de ser tan grave como el de dos grandes potencias.

Para la primera, mucho más extensa, más rica y más poblada, ésta ha sido, dados el alejamiento, la vialidad deficiente y las características del teatro de operaciones, como una guerra colonial; para el segundo, favorecido por la proximidad del territorio y por la analogía de la naturaleza, ha significado un esfuerzo desaforado en relación con su potencialidad económica y numérica; para uno y otro, no ha sido más que un

enorme y estéril sacrificio, muy superior a las ventajas de cualquier orden que hubiese llegado a proporcionarles a una u otra la victoria de las armas.

Esta guerra del Chaco, a la que he asistido tan de cerca, parece a muchos falta de toda explicación. Sin embargo, la tiene, y muy sencilla, como la mayor parte de las cosas en la vida. Conste que no voy a incurrir en la candidez de hacer la historia de una guerra que, entre otras calamidades, ha dado nacimiento a toda una literatura en uno y otro de los países beligerantes.

Despojada Bolivia de su litoral marítimo por efectos de la guerra del Pacífico (1879-1884) aspiraba — dicen — a una salida franca por la vía fluvial hacia el Atlántico para los productos de su ubérrima zona oriental. Si esto es así, nada me parece más razonable ni más lógico. Aun dueña de puertos en el Pacífico, Bolivia, por su conformación geológica y por razones elementales de geografía económica, necesitaría medios fáciles de comunicación, vías de transporte hacia el Atlántico, por el Río de la Plata y por el Amazonas. Está colocada en el centro y tiene que irradiar. Los ríos que caen hacia el oriente y hacia el sureste deben realizar para con ella la misma función de las vías férreas y carreteras que la ponen en contacto con el mar, al través del territorio del Perú y de Chile.

El tratado de 1904 con esta última República, aunque no le devolvía el litoral perdido, resolvíale al menos a Bolivia, por el aspecto estrictamente portuario y aduanero, el problema de la exportación hacia el occidente. Gracias al riel, tendrían fácil y expedita salida al Pacífico los productos de la alta meseta y aun los de los valles interiores. Y creyéndose dueña de toda la zona — que nunca le había sido discutida — limitada al oriente por el río Paraguay, pensó que era la hora

de aprovechar esta vía fluvial. Pero se encontró con la desagradable sorpresa de que sus títulos eran puestos en tela de juicio por su vecino de ultrarrío, quien, alegando derechos análogos a los suyos, puso mal cariz a la fundación de puertos, a la implantación de fortalezas y al envío de guarniciones militares. Justa o no, la controversia quedaba planteada.

El litigio de Cancillerías ha sido largo y laborioso, hasta culminar con la contienda bélica a que han puesto término — definitivo, hay que esperarlo — las conferencias de paz de Buenos Aires. No voy a insistir sobre hechos de tan reciente data, que el lector sudamericano conoce, seguramente, con tanta exactitud como yo.

Lo que vale la pena precisar es que Bolivia, desgraciada en su acción estrictamente militar hasta el punto de tener al enemigo metido a centenares de kilómetros de sus fronteras orientales, ha logrado triunfar en toda la línea dentro del terreno jurídico. Los tribunales internacionales la han favorecido con sus fallos, y esta es una ventaja que no debe atribuirse sólo a la habilidad de sus abogados. ¿No está todo esto demostrando que obraron con precipitación sus gobernantes al no retardar, con un sacrificio más, la iniciación de las hostilidades?

Vale la pena, asimismo, poner en evidencia la acción conjunta de las Repúblicas limítrofes en las gestiones de paz y avenimiento. Yo confieso sin reservas la satisfacción con que he visto a mi patria destacarse en sus sentimientos de solidaridad americana. Hay que deplorar, sí, que los esfuerzos de su cancillería hayan venido a cristalizar sólo después de tres años de beligerancia efectiva y cuando ambos contendientes habían llegado al convencimiento de que el triunfo — en caso

de obtenerlo para sus armas — no compensaría ni remotamente los sacrificios que ya significaba.

Ante los numerosos casos que he citado de arreglos pacíficos e inteligentes, cabría preguntarse por qué no consiguieron el Paraguay y Bolivia evitar la catástrofe resolviendo sus diferencias directamente o recurriendo al arbitraje. ¿Por qué no pudo ahora Bolivia hallar una solución de inteligencia como lo había hecho antes con el Perú y con la Argentina? Y el Paraguay, a su vez, ¿por qué no recordó el antecedente de sus dificultades de límites con esta última República, solucionadas por el arbitraje del Presidente Hayes? Miembros el uno y el otro, de la Sociedad de Naciones, a ambos se les ofrecía, amplia y expedita, la vía del derecho.

El Gobierno y los publicistas bolivianos no han tenido reparo en atribuir a su enemigo propósitos de usurpación y de conquista, revelados, según ellos, en su sistemática y tenaz oposición a todo avenimiento previo. Los paraguayos, como es natural, niegan rotundamente el cargo y, aun contra la decisión de los altos jueces internacionales, estiman que ha sido su adversario el agresor.

Me resisto a creer que simples causas de orden sentimental hayan sido capaces de determinar este conflicto. De aceptar eso, sería necesario convenir en que ambos pueblos estaban gobernados por individuos afectados de una insanidad de tipo contagioso. Como no hay derecho a dudar de la buena fe de los litigantes, es preciso llegar a la conclusión de que, como ocurre a menudo, uno y otro se hallaban convencidos de la justicia de su causa y de que el fruto de la victoria — nadie va a la guerra sabiéndose vencido — superaría con

creces a los sacrificios que demandase sostener el pleito con las armas.

Sin embargo — hay que decirlo, porque, cualquiera que sea el resultado final de la aventura, el tribunal de la opinión del mundo tendrá que dejar oír su fallo inapelable— a mí me parece que si no se hubiesen descubierto fuentes petrolíferas de inmenso valor en las regiones adyacentes del Chaco boliviano (1), habrían transcurrido años o quizá centurias antes de que el Paraguay creyese ver en Bolivia un vecino peligroso.

El oro de California fué el origen de la desmembración de México en beneficio de un vecino inmensamente más poderoso; los diamantes del Transvaal acabaron con la autonomía y hasta con la existencia de aquella República arcadiana, que ningún mal había inferido ni podía inferir a la omnipotente Inglaterra; sin el descubrimiento del nitrato y su valoración en los mercados del mundo no se habrían producido rozamientos ni desencadenado la guerra (1879) entre repúblicas hasta entonces estrechamente amigas, y claro es que, no por la libertad de Cuba, sino por la posesión de Cuba, y de Puerto Rico, y de las Islas Filipinas, rompió lanzas la formidable República del norte contra la España decrepita de fines del pasado siglo.

La Guerra Mundial, a pesar de todo lo que se haya dicho — y despreciando por vacuos y falaces los tópicos de la literatura de propaganda — no fué más que el fruto fatal de la creciente competencia de los grandes Estados europeos en los mercados del mundo, o, dicho en otros términos, de la violenta pugna de intere-

(1) Estimo impropia la denominación de "Chaco Boreal", que he visto empleada en Bolivia mismo por escritores y jurisconsultos. Lo de "boreal", que es término relativo, estaría bien si el Chaco de que se trata fuese de propiedad argentina.

ses económicos y políticos a que habían llegado las llamadas grandes potencias, con su armamentismo insensato y su desenfrenado fuego de tarifas aduaneras. Y la verdad es que — como no sólo no ha servido de nada la trágica experiencia sino que aquella guerra aún no ha terminado—, la crisis continúa, se vive aún en estado de guerra latente, de armamentismo hipertrófico, de neurosis bélica.

Por distintos caminos, Stalin, el bolchevique, y Mussolini, el ex socialista revolucionario, llegan a coincidir en el mismo punto. Los extremos se tocan. El Japón, a pesar de la reprobación platónica de la Sociedad de Naciones, maniobra violenta y audazmente, intensificando su movimiento de expansión en el continente asiático; Alemania reacciona con desenfado contra el aplastamiento de Versalles; Italia, superpoblada e imperialista, rompe los flejes y declara que se apodera de las tierras de Etiopía "porque las necesita" (1).

La contienda del Chaco no podría, a mi entender, encasillarse dentro del concepto de "guerra romántica", que más atrás he señalado. Los factores morales y sentimentales no han tenido sino escasa influencia en su gestación y desarrollo. Ni uno ni otro de los beligerantes tenía agravios que vengar, ni rencores antiguos que satisfacer, ni represalias que tomar. A pesar del procedimiento de intoxicación previa, respondo de que el pueblo boliviano no ha sentido hacia su adversario ese "odio carnicero" que es el aliento satánico de las batallas. Creo que al pueblo paraguayo le habrá ocurrido otro tanto con respecto a su rival. A dos años de la

(1) La guerra italo-etíope, cuyo resultado llena de grosero orgullo a los fascistas, ha sido una vergonzosa derrota no sólo para el ideal de la Sociedad de Naciones sino para la humanidad.

guerra, he visto a las muchedumbres de La Paz rodear a una partida de prisioneros paraguayos con un interés en el que había más de simpatía y compasión que de rencor o de simple curiosidad.

Hay que llegar, pues, fatalmente, a la conclusión de que al móvil de esta guerra — como al de tantas a que me he referido — no han podido ser ajenos los factores de orden económico. Y sugerir sólo que Bolivia sustentaba la ambición de arrebatarle tierras a su vecino sería una insensatez sin nombre.

Sentado lo anterior, es el caso de preguntarse si se habría atrevido el Paraguay — país pobre, pequeño y atrasado — a afrontar las responsabilidades de una guerra como la que me ocupa, si no hubiese contado con el estímulo y la ayuda efectiva de alguna otra nación más poderosa.

Más claramente dicho, es el momento de preguntarse hasta qué punto han tenido razón los bolivianos para declarar que no es sólo con el Paraguay con quien pelean, porque no serían paraguayos sino argentinos (o extranjeros radicados en la Argentina) los capitalistas a quienes el Gobierno de Asunción ha hecho concesiones dentro del llamado Chaco Boreal, y porque el Paraguay, en realidad, sólo sería la ficción de una entidad nacional independiente, mediatizada como se hallaría — especialmente en el campo de las actividades industriales, comerciales y económicas — por su poderosa vecina del sur.

En este punto, de suyo delicado, prefiero ceder la palabra a un escritor boliviano, don José María Baldivia, especializado en materias de índole internacional y siempre bien documentado. Dice el señor Baldivia,

(1), juzgando la personalidad y actividades del canciller argentino don Carlos Saavedra Lamas:

"Nadie pone en duda que con su labor múltiple y sutil persigue el engrandecimiento de su patria, y a la vez renombre y prestigio para sí. Pero sus proyectos y largos mirajes no pueden alcanzar el éxito que busca, porque carecen de base sólida. Se hallan alejados de la realidad de los hechos, y mucho más de la justicia y de la equidad que deben presidir siempre los actos de los hombres de Estado.

"Dominado por prejuicios, cohibido por la presión de sus capitalistas, y subyugado por un sentimiento profundo e injustificado de odio a Bolivia, ha puesto al servicio del Paraguay toda la influencia moral y material de la República del Plata. El daño que ha hecho al país del Altiplano es inmenso, y nadie podrá repararlo. Ni las mentidas declamaciones de unos pocos soñadores colmarán el abismo que ha abierto entre ambos pueblos".

Y añade en el párrafo dedicado a la diplomacia argentina:

"...Del análisis de los actos del Canciller don Carlos Saavedra Lamas se colige fácilmente que sus métodos siguen los senderos escabrosos de la vieja escuela: insinceros, dobles, etc., y que sus agentes diplomáticos participan de la idiosincrasia de su jefe. El secreto y el misterio, ya abolidos en el trato de los pueblos cultos, siguen siendo la única norma de conducta del Gobierno de la Casa Rosada.

"Pruebas irrefutables de estas afirmaciones son,

(1) "La Guerra con el Paraguay y la Diplomacia Argentina", La Paz-Bolivia, agosto de 1934.

entre otras: la notificación del 3 de agosto de 1932, con la que fué sorprendido el Gobierno boliviano. Las Legaciones de la República Argentina, obedeciendo a instrucciones de su Canciller, consiguieron, valiéndose de mil recursos, que todos los Estados del continente americano la subscribiesen sigilosamente. El pacto de Mendoza fué igualmente secreto, hasta que por circunstancias imprevistas o fortuitas tuvo que ser revelado. El proyecto de bloqueo contra Bolivia — como en la actualidad el de embargo de armamentos —, hábil y cautelosamente gestionado, a pesar de su secreto, felizmente fué denunciado con oportunidad y provocado su fracaso estrepitoso.

"En cambio, la visita del Presidente General Justo al Brasil, así como la firma del pacto antibélico — que ningún fin práctico ni positivo tenía — fueron rodeados de gran pompa y solemnidad, anunciados al mundo por todos los medios de información posibles.

"En el Congreso de Montevideo, las protestas de pacifismo del Canciller argentino, preliminares de la firma del pacto antibélico, fueron grandilocuentes y patéticas. Tuvo el propósito de figurar como el apóstol de la paz y de la confraternidad americanas, sin embargo de estar fomentando en reserva la guerra del Chaco".

Según el señor Baldivia, la diplomacia argentina se propondría modificar el mapa de América, sin sufrir las contingencias de una guerra, aprovechándose únicamente de la actual del Chaco, que la fomenta y sostiene por intermedio del Paraguay; circunstancia que le permitiría aparecer neutral, al mismo tiempo que pondría en ejecución sus planes de política imperialista, como si ya contase con la aquiescencia del Brasil, Chile, Perú, etc., cuyos estadistas, de grande y sutil pene-

tración, seguramente que no pierden de vista los manejos del Gobierno de la Casa Rosada.

¿Ha ayudado efectivamente al Paraguay la República Argentina? La prensa boliviana lo ha asegurado en todos los tonos desde el comienzo de la guerra. Las apreciaciones y los asertos del autor que cito, reflejan en Bolivia un estado de conciencia colectivo. No ha podido ser ajena a la determinación de este fenómeno (1) la actitud desaforada de los órganos de opinión e información argentinos — en especial los de Buenos Aires—; las manifestaciones de abierta paraguayofilia de todos los sectores de la sociedad platense; el descubrimiento de las insignias nacionales argentinas en armas y elementos bélicos recogidos en el campo de batalla, ni, sobre todo, las declaraciones de franco imperialismo, de expansionismo y hegemonía continental, hechas en ocasiones solemnes por el Presidente de la República, General Justo, y por los jefes de las fuerzas del Ejército y Armada.

Todo induce, pues, a resolver la cuestión por la afirmativa. Y en este caso, ¿cuál sería y en qué forma y bajo qué condiciones sería concedida esa ayuda? Carezco yo de autoridad y de base documental para sumarme a la grave acusación boliviana, y por consiguiente, para satisfacer toda cuestión derivada de la misma. Lo que no podría negarse es la actitud de franca y calurosa simpatía de la prensa argentina, de su estudiantado, de sus escritores, por la causa y la nación paraguayas, y lo que no podría negarse tampoco es la nacionalidad de los capitalistas y los capitales interesados en que el Chaco venga a quedar, a la postre, de

(1) En Bolivia, debido a múltiples razones, la argentinofilia ha sido una epidemia, de la que aun quedan resabios.

propiedad o bajo el dominio del Paraguay (1). Signos son estos, que sumados a las actividades de la Cancillería del Plata en el tablero de ajedrez de Sudamérica, permiten asegurar que a la Argentina le interesaba, en proporción vital, económica y políticamente, el triunfo del Paraguay, así como antes le interesó coligarse con el Uruguay y Brasil para invadir a la pequeña y aislada República de los Francia y de los López, empresa bélica que es una de las más puras glorias épicas del antiguo Imperio de los Braganza y de la Confederación Argentina.

Extendida posteriormente en el sentido austral, mediante un arreglo (1881) y un arbitraje (1902) desastrosos para Chile, a la Argentina le urgía ahora seguir dilatándose en el sentido boreal. Sin disparar un tiro — y esto hay que aplaudírsele — la Argentina ha ensanchado su territorio hacia los cuatro puntos cardinales: el laudo Hayes, los tratados sucesivos con Chile y con Bolivia, son una demostración de que a menudo resulta más conveniente que pelear, aprovecharse de las peleas de los otros. "La victoria no da derechos..." a los que la obtienen. De la historia de la diplomacia del Plata, todos sus vecinos sacamos una lección, y es la de que se pueden conquistar a un mismo tiempo territorios y la reputación de campeones de la paz y la confraternidad, enemigos irreconciliables del imperialismo...

Si para todo se necesita habilidad, para llegar a semejante resultado se requieren condiciones extraor-

(1) El Alto Comando paraguayo, sin que hasta ahora haya sido desmentido o desautorizado por su Gobierno, ha hablado ya sin embozo de "las petroleras paraguayas tanto tiempo y tan sin razón usurpadas y explotadas por Bolivia" y ocupádose de ellas como de una prenda cuya reivindicación es un hecho consumado. Eso se llama, lisa y llanamente, quitarse la máscara. La de la diplomacia es más difícil de quitar.

dinarias, análogas, sin duda, a las que se ha visto desarrollar al Excmo. señor Saavedra Lamas, convertido de pronto en el factótum de la diplomacia sudamericana, personificación o encarnación de ese mesianismo atribuido a su patria, como regalo de la Providencia, por ciertos vulgarizadores del pensamiento ajeno.

Chile se anticipó a la catástrofe notificando a Bolivia por boca del Ministro de Relaciones Exteriores, señor Ríos Gallardo, autor del famoso telegrama conminatorio. Desgraciadamente, tildado de antiboliviano, el joven Canciller de entonces no logró obtener más que un resultado negativo. El conflicto fué agravándose y nada hubo que impidiese la iniciación del fuego.

El nuevo Canciller chileno, lumbrera de la jurisprudencia internacional y a quien se llama familiarmente con el nombre del ave que simboliza a un tiempo la paz y el Espíritu Santo, no ha cesado de encaminar sus esfuerzos a trabajar la voluntad de los beligerantes en el sentido de deponer las armas. Pero esta voluntad no ha cedido — mientras no ha dejado sentir la suya olímpica la Cancillería del Plata.

Coincidió la presencia de las primeras delegaciones de beligerantes y de mediadores con la del Presidente del Brasil en la capital de la República Argentina. Se recordará que el Gobierno brasileño — por razones que más tarde se han encontrado muy atendibles — se había resistido abiertamente a formar número en el grupo de los países mediadores. Pero, cosa que no me admira, toda la gloria de la obra, todo el galardón de esa gran victoria jurídica y moral, honra del continente, se la atribuyeron las dos grandes Repúblicas del oriente. Chile quedó en sitio desairado en la mesa del festín y debió contentarse con celebrar su triunfo dentro de las paredes de su casa.

Afortunadamente, al margen de las manifestaciones oficiales u oficiosas de mutuo beneplácito, obra el instinto de las muchedumbres, y la opinión pública no se llama a engaño. En Bolivia — lo mismo que en el Paraguay — no se desconoce la eficacia ni la prioridad de la acción del Gobierno y la diplomacia chilenos. Y esta es ya una satisfacción inapreciable.

Pero donde han venido a quedar netamente definidas las posiciones de la Argentina y Chile frente al conflicto del Chaco y a la situación que él crea, es en la conducta de las comisiones militares de neutrales enviadas al campo de operaciones. Sin la actitud del general Fuentes, jefe de la Comisión Chilena, la tregua no habría sido tal, sino un desastre horrible para la causa de Bolivia, y la paz no habría sido paz sino una vergonzosa capitulación.

Carezco yo de la audacia que podría con referencia a las reuniones de Buenos Aires, permitirme anticipar resultados. Con todo, me avanzaré a decir que, a mi juicio, el Paraguay no alcanzará la posesión de las codiciadas petroleras, pero que Bolivia, por su parte, tendrá que despedirse de su aspiración fluvial hacia el Atlántico. Más que el Paraguay mismo, se opone a ello el amo omnipotente de la cuenca del Plata. *En caso de conflicto entre el Paraguay y Bolivia, la Argentina está dispuesta a prestarle su concurso al Paraguay, porque no desea más tributarios en el río Paraguay ni en el Plata.*

Las palabras que subrayo y que nada tienen de ambiguo, pertenecen al ex Ministro de la República Argentina en Asunción, Excmo. señor Cantilo, más tarde delegado de su patria ante el Consejo de la Sociedad de Naciones, y vencido en toda la línea, como se recordará, por el eminente Costa du Rels.

¿Por qué estimó oportuno la Cancillería del Plata interceder en favor de la paz, o, más bien dicho, disponer lo necesario para su advenimiento? Responde por mí el comandante peruano don Julio César Guerrero, que ha compartido los horrores de la campaña y a quien acaba de entrevistar el redactor de un diario de La Paz:

"La guerra material — ha dicho, entre otras cosas, el distinguido militar — ha concluido sin vencidos ni vencedores. Pero, en el fondo, hay una verdad que no puede mantenerse en silencio, y que brillará siempre. Reconozco un vencido: un estado mayor extranjero, y un vencedor: el juego diplomático del Plata. No se ha obtenido — a pesar de los enormes esfuerzos desarrollados — el vencimiento militar de Bolivia, y se supo — hábilmente y en el momento preciso — sacar del paso al protegido. Desde un plano más amplio y elevado, la firma del Protocolo de Buenos Aires, poniendo fin a una guerra en forma tan singular, es una manifestación de predominio de una nación sobre las demás del continente".

Bolivia tendrá que darse por satisfecha con que su adversario de ayer, respaldado por su poderoso padrino, limite a parte del Chaco sus pretensiones. Porque, si recordamos las tentativas anexionistas hechas públicas sin ningún rebozo en el curso de la guerra, no tendremos por qué extrañarnos de que en la Argentina se esté siempre repitiendo que la Audiencia de Charcas era parte integrante del Virreinato del Río de la Plata.

Atajada, acaso definitivamente en su legítima ambición de darles a sus vastos y ricos departamentos del oriente — la gran reserva de Bolivia — un respiradero por la vía de las anchas arterias fluviales de la hoya del Plata; rechazada del concierto suroriental por la batuta de un maestro demasiado imperioso, aquella República no debe, por eso, desmoralizarse. A pesar del caucho, a pesar de la coca, de la quina, del wolfram, del

petróleo, del estaño, Bolivia es un país inédito. El porvenir es suyo. Los mismos que hoy lo resisten y le cierran el paso, le buscarán mañana la amistad.

Son de granito las vértebras de la montaña en que se asienta. Y en torno de la altiplanicie, como en torno de Castilla la gran Reina Isabel, tendrá el genio de Bolívar que acabar la empresa — que empezó con ella — de la estructuración nacional. Es cuestión de vida o muerte. En la Asunción y en Buenos Aires se ha hablado con estrépito de "dejar a Bolivia encadenada en sus breñales de los Andes". No saben lo que dicen.

Mientras Bolivia, cierta de su verdadero destino, sepa mantener el codo-a-codo entre región y región; mientras ponga en la alta dirección de su política a individuos de visión amplia, más que ajenos, superiores a las pequeñas pasiones negativas de preponderancia local o partidista; mientras sus grandes hombres — como en el caso actual — no lo sean tanto por el sitio que ocupan, como por sus cualidades de inteligencia y de carácter, de mano firme y rápida y de penetrante pupila dominadora de horizontes; mientras, fieles al instinto de su pueblo, los mandatarios de Bolivia abominen del señuelo patriotero y prefieran exponerse a perder su popularidad antes que traicionar el verdadero interés nacional, este país podrá desafiar tranquilo todas las tormentas de la política interna y atravesar incólume por entre las inquietudes, los celos, las intrigas y todo el vórtice de pasiones propias de la política internacional.

¡Unidad nacional! ¡Compenetración territorial! He aquí el programa de la hora presente.

Bolivia debe encarar resueltamente el problema de

su vialidad (1), gastar en caminos internos e internacionales más de lo que esta guerra le ha obligado a tirar en elementos bélicos — por algo ha renunciado a una victoria que no se hacía esperar mucho —, y no olvidar que si tiene venas de petróleo, y de la más alta ley, la lógica más elemental le aconseja aprovecharlas.

No le importen el dolor ni el agravio de una hora. Olvídelos. Impórtele tomar en cuenta los renglones de haber de esta guerra que, si para ella es un desastre, no lo es menos para su adversario, y tenga presente en todo instante que queda obligada a rematar la obra de unidad nacional, de la compenetración territorial, sellada en el campo de batalla por la sangre de todos

(1) El camino de Oruro a Iquique no es el sueño de un poeta sino el pensamiento de unos cuantos hombres de buena voluntad, de unos cuantos ciudadanos previsores, amantes del progreso regional. Pero su pensamiento tiene, sobre todo en estos instantes, un alcance que lo hace más oportuno y simpático que nunca.

Entre todos los males, la guerra nos ha traído un bien: el incremento de la vialidad hacia el sur y hacia el oriente. El camino hacia el occidente, que han soñado los orureños, será un camino de paz, un lazo más de unión entre Repúblicas y su vecina del Pacífico. En los presupuestos fiscales de Bolivia y de Chile figuran partidas destinadas a la prosecución de esa obra, ligada tan íntimamente no sólo a la prosperidad de dos importantísimas regiones de uno y otro país, sino también al destino que espera a ambas naciones, merced al nuevo criterio que parece orientar el pensamiento de los gobernantes y el sentimiento de los pueblos.

Iquique, justamente preocupado por la decadencia regional, consecuencia inmediata e inevitable de la crisis industrial del nitrato, confía, y no sin motivos, en los beneficios de orden económico que ha de reportarle la carretera internacional en proyecto. Gente de iniciativa y de esfuerzo, tienen derecho los iquiqueños a verse secundados por los Poderes Públicos en su empeño por evitar la ruina de la en otro tiempo floreciente provincia. Por su parte, los orureños, cuya capital es el centro de la actividad minera de Bolivia, tiene también derecho a ser oídos cuando declaran que le es de todo punto indispensable una salida más fácil, más directa y más económica para sus productos que las dos ferrovías de que actualmente disponen.

sus hijos, cualesquiera que hayan sido su condición social, su casta, o la comarca de su nacimiento.

Las cruces de los cementerios del Chaco, no distinguen entre benianos, paceños, potosinos, sucrenses, cruceños, tarijeños, porque de todas las ciudades y los tambos, de las punas y las sierras a las llanadas y las selvas, acudieron todos al puesto del sacrificio en torno de la enseña nacional. De la misma suerte, por todos y en beneficio de todos, se ha de realizar la obra de la reconstrucción nacional, con un programa que, sin prescindir de la bandera, esté por encima de las banderías.

Impónesele a Bolivia, y con caracteres ineludibles y de urgencia, encarar con franqueza y resolver con tino todas sus cuestiones de fronteras. Vecina de cinco Repúblicas, no ha liquidado aún con ninguna de ellas en definitiva sus diferendos de muro medianero, y esa lenidad y esa desidia que ya le han ocasionado perjuicios, pueden llegar a serle fatales. Donde no son problemas financieros los que hay que resolver, son diferendos jurídicos o geográficos.

Ojalá que las estipulaciones de las Conferencias de Paz de Buenos Aires tengan el sello de lo absoluto, no dejen saldos pendientes, que, por lo que hace a Chile, dueño ahora del Litoral que fué de Bolivia, justo es declarar que a la opinión pública chilena no repugna ya la idea de satisfacer la aspiración de su vecina a salir de su condición mediterránea.

Y esto no es cosa de hoy. No todos lo saben; pero hay constancia en los archivos de las Cancillerías de que hubo un instante en que esa aspiración estuvo a punto de verse cumplida, y que no surgió de entre nosotros la terquedad o el interés político mezquino que estorbara, hasta hacerla fracasar, aquella solución de inteligencia, de tan vasta significación continental.

A ejemplo de los escolares en los días de nevada, nos entretenemos en construir monicacos para darnos el placer de deshacerlos a pedradas cuando no nos complacemos de nuestra propia obra. Fenómeno corriente en el mecanismo de estas democracias incipientes a base exclusiva del favor popular, en las que nadie se atreve, en un momento dado, a arrostrar el peligro de la impopularidad.

El embrollo de Tacna y Arica—tantas veces comparado con el clásico nudo de Gordes—se prolongó por casi medio siglo, y seguramente todavía estaríamos peruanos y chilenos sufriendo sus consecuencias si, en el momento necesario no se hubiesen hallado sometidos ambos pueblos al régimen dictatorial. Vergüenza para la democracia y dura sanción de sus excesos... o de sus debilidades.

Esto lo reconozco paladinamente. Pero de todos modos, tiene que afligirme y apenarme la evidente crisis de la democracia, acosada dondequiera por el frenesí fascista, que no viene a ser sino una forma exacerbada del mismo viejo cesarismo, anterior a César y, por consiguiente, a Carlos V, a Felipe II, a Napoleón I, a Bismarck, a Disraeli, a Roosevelt I, a Mussolini y a Hitler, y tan inconfundible ¡ay! a través de todos sus disfraces.

Cuando oigo hablar del "peligro amarillo" o del "peligro yanqui", o del "peligro argentino" y de tantos otros peligros, pienso que el peligro es uno solo: el peligro imperialista, es decir la reposición del principio de conquista, el predominio de la fuerza y la derrota del derecho. Yo no sé cómo puede un republicano de esta América moderna, no digo ya celebrar, pero ni siquiera contemplar con indiferencia el exterminio de un pueblo y de un Estado (como el que, en nombre de la

necesidad de expansión, ha realizado en Africa el fascismo italiano). Porque, ¿de dónde, Señor, si no del derecho, hemos de obtener los americanos del sur el respeto que es para nosotros condición de vida y del cual no se nos cree dignos a los débiles? ¿Acaso presumen nuestros "políticos" y nuestros "intelectuales", que, en el concepto de cualquier nación conquistadora somos algo más o valemos algo más que esos pobres negros de Etiopía? ¿No cayó el Negus Hailé Selassie, miembro de la Sociedad de las Naciones en 1936, como cayó en 1899 el Presidente Krüger, que era blanco y de ascendencia europea, en medio de la cobarde indiferencia del mundo? ¿Es que en realidad los muertos mandan, y nosotros, no por impulso propio y actual sino por el de nuestros "revenants", esclavos e hijos de esclavos en otros siglos, comenzamos a abominar de una libertad y de una autonomía que ya no comprendemos y por las cuales, sin embargo, se batieron paladinamente nuestros abuelos? ¿Les pasaría a Bolívar y a San Martín, y a Sucre, y a O'Higgins, frente a nuestras caricaturas de Repúblicas, lo que le ocurriría seguramente al Nazareno si volviese a resucitar y se le plantase ante la Basílica de San Pedro y toda la inútil y esplendorosa pompa del Vaticano?

Convento en que celebren, con toda la florida zalema de la retórica y la sofística, al anfitrión espléndido, los que están sentados alrededor de la mesa del banquete entre pebeteros odoríferos, escanciando nobles vinos y saboreando magníficos manjares; convenio en que sean imperialistas los súbditos de los imperios victoriosos y hasta los ciudadanos de las Repúblicas que, como aquéllos, disfrutan del calificativo de "Potencias"; pero que nosotros, convidados a la fuerza, tolerados por convencionalismo o míseros Lázaros a

quienes se les mantiene tras la puerta royendo su piltrafa, hagamos también de turiferarios, unamos nuestra voz despreciable al coro de los ahitos que se sirven pernils de mongol y jamones de etíope, eso me parece el colmo del servilismo y de la ironía, algo que fluctúa y oscila entre lo imbécil y lo grotesco.

¿A qué conduce el juego que los pequeños países—la comparsa—hacemos a los grandes, a sabiendas de que el desenlace de todas las intrigas y de todos los embrollos será siempre uno mismo: el triunfo del fuerte sobre el débil, el escarnio del derecho y la justicia, la justificación y hasta la sublimización de la violencia y de la brutalidad organizadas y sistematizadas?

En vez de persistir en esta actitud absurda y estéril—absurda porque no tiene base ni objetivos; estéril porque no da lugar a ningún beneficio ni evita ningún mal—creo que sería preferible que cada uno de estos pueblos, prestando atento oído a la voz de su propio genio renunciase, en lo interior, al bizantinismo predominante en su política y se consagrara a curar sus taras degenerativas, para forjar en cambio, en lo exterior, un entendimiento de alcance estrictamente continental, inspirado, más que en recuerdos de glorias y sacrificios comunes, en la previsión de los destinos a que están llamados y en la necesidad de defenderlos, más que en vínculos de sangre, de lengua o religión, en la solidaridad política a que les obliga el propio instinto de conservación frente a la insolencia ya desenfrenada del monstruo imperialista.

Todos los pueblos de la antigua América Hispana—e incluyo el Brasil, puesto que Portugal también fué Hispania—adolecen de unos mismos o parecidos defectos y sienten gravitar sobre su horizonte idénticos problemas. ¿Que hay una Argentina vasta, rica, opu-

lenta, poderosa, cuya capital es, en población, la segunda de las capitales latinas en el mundo? ¿Que hay unos Estados Unidos del Brasil más vastos, más ricos, más opulentos, más poderosos, cuya capital es la más hermosa de las ciudades del mundo? ¿Que hay un México que emerge victoriosamente de su gran crisis evolutiva, y un Chile que, siendo el último rincón del mundo, llegó un día a ser considerado la primera nación de un Continente?

Y bien: con todas nuestras riquezas, con el azúcar y el algodón del Perú, y el azúcar y el tabaco de Cuba, y el estaño y la goma de Bolivia; y las esmeraldas y el café de Colombia, y todos los frutos de la zona tórrida, no somos más que pueblos balbucientes, larvas de pueblos en retrasado y lento proceso de crecimiento, parodias de Pequeñas Potencias; oligarquías que manejan, dentro, a las muchedumbres ignaras y mediocres para ser manejadas, a su vez, por los Grandes Magos de la usura, de la especulación o de la industria que absorben desde su torre inexpugnable, la savia de la inteligencia y del trabajo en todos los continentes.

¿Hay algún país sudamericano que no sea tributario, triste y secular tributario de las potencias productoras? ¿Se nos deja otro papel fuera del de suministrar las materias primas y la mano de obra? ¿Hay algún Estado de los nuestros que no tenga que confesar su condición de mediatizado por la Deuda Externa? ¿Hay alguno cuya riqueza subsolar, en su mayor proporción —el cobre, la plata, el carbón, el salitre, el petróleo, etc.—no esté a perpetuidad en manos de los omnipotentes sindicatos extranjeros, ofreciendo por dondequiera la extraña y peligrosa situación de Estados dentro del Estado?

He recorrido muchos de los países de esta América Latina, y en todas partes ha debido golpear dolorosa-

mente mi sensibilidad el tremendo contraste de la miseria, de la mendicidad, de la morbosidad de la derrota económica, ofreciéndose en espectáculo en medio de una naturaleza exuberante y frente a la masa aplastadora de los rascacielos, de los templos, de los palacios y las fábricas, signos del ingenio artístico o mecánico puestos al servicio de la ambición y del orgullo humanos. A esto lo llamamos progreso, y nos quedamos satisfechos. "¡Virgen del Mundo! ¡América inocente!"

En todas partes surgen, con pequeñas diferencias impuestas por las características locales, cuestiones de tierras, conflictos y tragedias suscitados por la porfía de la ocupación y explotación del suelo en regiones que son de todos, porque, en realidad, no son de nadie; en todas partes se ve al Estado, bajo la acción de costumbres que ya a nadie alarman ni arrancan una expresión de protesta, poner la fuerza pública al servicio de la especulación y la aventura, más dignas de favor, en el concepto gubernativo, que el hombre que se ha envejecido en el combate con los elementos tratando de sumar su prosperidad personal a la grandeza patria; en todo instante se está corriendo el riesgo de una guerra de fronteras en países como éstos en cuyos mapas oficiales (escolares, técnicos y aun militares) figuran enormes extensiones de territorio con la inscripción de "desconocido" e "inexplorado"...

¡Americanos! ¡Sudamericanos! ¡Hispanoamericanos! Bien veis que el mundo, el Viejo Mundo a quien por convencionalismo tradicional seguimos considerando civilizado, está ganado por el imperialismo. Bien veis cómo de todas partes nos viene la amenaza de esas doctrinas feroces, canibalescas, cavernarias, a cuyo avance caen—con los principios a que deben la vida—pueblos y países que se acostumbraron a creer que si había

algo respetable, algo inviolable en el mundo, eran el derecho y la justicia. ¿Qué nos queda, pues, que hacer? ¿Seguir jugando a las Pequeñas Potencias? ¿Seguir buscando arteramente en un vano tira-y-afloja de Cancillerías la prepotencia propia y el debilitamiento del vecino? ¿Seguir, en una palabra, imitando simiescamente al europeo, que ha hecho escuela en el Japón y en Norteamérica? ¡No! Sería suicida. Nuestro camino es otro, nuestro destino nos impone otros medios, otra finalidad, otro ideal.

Y ya que nuestra condición de tributarios, de subalternos, de mediatizados, no nos permite dictar fórmulas de procedimiento, imponer nuestra voluntad, orientar la política del mundo, reaccionemos de dentro a afuera, de abajo a arriba; reconstituyamos, por medio de una acción inteligente, totalmente contraria a la que la codicia y el egoísmo nos han venido señalando hasta hoy; vayamos a la Aufición de los Estados Hispanoamericanos, y que esta nueva Sociedad de Naciones Hispanoamericanas—cristalización póstuma del gran sueño de Bolívar—nos abroquele y nos ampare, no sólo contra el imperialismo de las viejas sociedades y de las viejas naciones, sino contra los pujos de imperialismo que se vean despuntar en cualquiera de los ángulos del Nuevo Continente.—¡El ángel contra el bruto! ¡Ariel contra Calibán! ¡Las alas del espíritu contra los apetitos de la bestia!



CAPITULO SEGUNDO

El conflicto del Chaco y los problemas de Bolivia: El separatismo de Santa Cruz.

Bolivia, impropiaamente llamada "el país del Altiplano" (puesto que tiene valles, yungas, selvas y llanadas bajas de área mucho mayor que su planicie occidental), siéntese afectada por problemas que pudieran denominarse genéricos, es decir, comunes a todos los países americanos de ascendencia latina. Con cortas diferencias, su historia se parece a la del resto de las Repúblicas hermanas.

Pero tiene también sus problemas específicos, derivados de sus características raciales y telúricas, y hasta, si se quiere, del proceso sui géneris de su advenimiento a la vida política. Ningún país sudamericano tan variado, y aun contrapuesto, en su conformación; ningún pueblo tan dispar en la diversidad de sus castas y en cuyo desarrollo haya debido influir tan profundamente el elemento autóctono.

Geográficamente, por su aspecto, por su fauna, por su flora y por su clima, sería ocioso buscar analogías entre las comarcas tórrido-orientales (El Beni, Santa Cruz) con sus grandes ríos, sus selvas o sus tierras bajas, de una vegetación exuberante; los anchos valles agrícolas de Cochabamba y Chuquisaca; los inmensos matorrales y páramos del Chaco, las hondonadas de los Yungas, y la gigantesca y escueta altiplanicie, de una riqueza mineral inagotable, tajeada por la cuenca de los torrentes y dominada por la mole de montes ne-

vados que figuran entre los más altos de la Cordillera de los Andes.

Etnográficamente, el mosaico no es menos coloreado. El número de blancos propiamente tales es tan reducido que podría citarse a Bolivia como la comprobación irrefragable de la superioridad intelectual del europeo o de su progenie, por sus condiciones de adaptabilidad al medio y su indisputable dominio sobre las otras razas.

Hay allí pocos negros, en realidad, pues sólo sobreviven descendientes de esclavos africanos en las cálidas comarcas yungueñas. Pero los aymaras y los quechuas, agarrados aún a su suelo nativo y aferrados a sus costumbres y a su lengua, pululan en tal número que desequilibran la masa de la población total. A lo que debe agregarse la fuerte proporción de mestizos ("cholos") introducidos, por obra de los hábitos políticos de un siglo, en todos los órdenes de la vida nacional. El "problema del indio", en el cual va, naturalmente, envuelto el "problema del cholo", ha pasado ya a ser una muletilla de escritores y de políticos en Bolivia.

Nadie con más autoridad y tampoco nadie con más valor que el ilustre Alcides Arguedas para afrontar a realizar el análisis psicosociológico de su pueblo. Aunque no puedo ser tan pesimista como él en sus conclusiones, tampoco puedo dejar de reconocer que, hecho el balance del primer siglo de vida republicana, Bolivia tendría derecho, como los hijos de Sion, a cubrirse los cabellos de ceniza y sentarse bajo un sauce a llorar sus desventuras.

Y séame permitido aquí, sin que esto signifique aminorar en un ápice la admiración que me inspira la labor del gran escritor boliviano, deplorar la acción depresiva, y a ratos corrosiva de la mayoría de sus libros

en el carácter de sus compatriotas. Arguedas ha hecho, desgraciadamente, escuela en su país, y cada región de Bolivia cuenta, por lo menos, con un escritor que siente y saborea la satisfacción algo masoquista de declarar que pertenece a un pueblo enfermo y que en los males que aquejan a su patria hay no poco de irremediable y de fatal. En el curso de mi permanencia en Bolivia me cansé de hacer el optimista. Gran parte de la juventud me pareció exageradamente disolvente y negativa.

No soy de los que le tienen miedo a la verdad. No he de reprochar, pues, a Alcides Arguedas el valor de que ha dado muestra para trazar, por ejemplo, las más crudas páginas de "Pueblo Enfermo" o de la "Danza de las sombras". Tampoco he de censurar al Dr. Landa Lyon la franqueza con que señala en alguno de sus libros ciertos vicios heredados y arraigados en las costumbres de su pueblo y que él desearía ver extirpadas a breve plazo y definitivamente.

Pero, refiriéndome especialmente al primero de estos autores, tengo que decir que la lectura de "Pueblo Enfermo" ha inducido a error a mucha gente bien intencionada. Cuando Arguedas escribió y publicó su libro, no conocía más que el Altiplano; éste fué su modelo, éste su campo de experimentación y sólo a él pudo referirse en sus observaciones: se ha generalizado, sin embargo, injustamente, y los enemigos del pueblo boliviano han sabido aprovecharse de ello a su capricho y para su provecho. Y por lo que hace a sus volúmenes de historia o de crítica social y política, nadie que los lea con ánimo desprejuiciado negará que los abusos, errores o vicios que el autor exhibe para fulminarlos, no son patrimonio exclusivo de Bolivia. Toda la política de América—y seguramente del mundo—nos

presenta, antaño como hogaño, tipos y casos del mismo juez. En realidad, lo que ha faltado en los demás países de Hispanoamérica ha sido un escritor, que, como Arguedas, sienta aversión y hasta repugnancia por esa forma de la patriotería que consiste en proclamar la superioridad de todo lo que se produce fronteras adentro.

Al recibir el soplo del *¡fiat!* arrancado al Libertador, Bolivia contaba con un territorio de más de dos millones de kilómetros cuadrados de superficie; hoy, contando el Chaco, ya entregado a la vigilancia de una policía internacional, su extensión territorial no pasa un millón doscientos mil. Todos sus vecinos, por la violencia de las armas, como Chile y el Brasil; por la acción del arbitraje, como el Perú, o por habilidosas añagazas diplomáticas, como la República Argentina, la han recortado sin compasión. Ahora, el diminuto Paraguay pretende crecer a su costa en una magnitud mayor que la de su propio territorio. Todos los procedimientos le han sido funestos a Bolivia: con el Perú la alianza y el arbitraje, con nosotros y con el Brasil, la guerra; con la Argentina, las concomitancias de Cancillería a Legación y viceversa... ¿Con el Paraguay? ¡Quién sabe! Empleando una imagen gastronómica, podría decirse que los países limítrofes han sido para Bolivia una rueda de alegres comensales, y ella el substancioso queso en medio de la mesa (1).

Los fatalistas que, como he dicho ya, no son pocos en Bolivia, atribuyen el fenómeno a la circunstancia

(1) Bolivia abunda en "doctores", es decir, en juristas. Muchas de sus causas, acaso todas, han sido brillantemente defendidas ante los Tribunales de Derecho. Pero Bolivia ha olvidado tal vez que al litigante suele convenirle llevar, además de los papeles en la izquierda, un duro garrote en la derecha.

desventajosa de la posición geográfica, a su configuración, que la hace ser como una inmensa pirámide truncada a la que circuyen por el oriente y por el sur, selvas, llanuras, sierras y chacos de difícil acceso. Estiman otros que la causa estribaría principalmente en la extraña composición étnica que acondiciona a este pueblo en un conglomerado heterogéneo de castas indígenas irreductibles y mestizos subalternos dominados por una reducida oligarquía blanca o semiblanca a la que nada ni nadie habrá conseguido liberar de las influencias hereditarias o telúricas.

Yo me resisto a aceptar, sin muchos distinguos, esa fatalidad. Desde luego, como conclusión, me parece demasiado simplista. Me inclino más bien a responsabilizar de las desventuras de Bolivia a esa exigua minoría culta, de ascendencia étnica superior, que recibió en sus manos la herencia de Bolívar y de Sucre y que se sintió, naturalmente, llamada a gobernar y dirigir el país. En la vida de relación de los pueblos ocurre como en la de los hombres: sólo se respeta al que se hace respetar. Brasil, inmensamente más extenso que Bolivia y relativamente tan despoblado como ella, con indios, negros y mulatos en su población, no ha perdido en un siglo una sola pulgada de fronteras: por el contrario, las ha ganado sacándolas de cada uno de sus vecinos. México ha dejado, hace ya mucho tiempo, de sufrir los tarascones del vecino del norte, aun cuando gravita sobre él, como sobre Bolivia, el problema del indio.

Salvadas las excepciones que la justicia obliga a hacer, preciso es convenir en que Bolivia no les debe más que daños a sus gobernantes, a sus políticos y a sus diplomáticos. Después de cien años, Bolivia, país proverbialmente rico, no logra resolver ni uno solo de

sus dos más grandes problemas: el de su *vialidad*, llamada a acabar con el aislamiento y el regionalismo; y el de la *dignificación* (adaptación a la vida civilizada) de la *porción indígena de su población*, que es la más numerosa y la que hasta ahora aparece impermeable a las influencias de la cultura. Los "doctores", en opinión de muchos, han sido la ruina de este país sin ingenieros (1): los "doctores" y... los generales.

Acaso sea una condición o una predestinación de los países mediterráneos ésta que pesa sobre Bolivia. El Paraguay, con ser tan pequeño y tan pobre, no se libró de la agresión e invasión simultánea de tres de sus vecinos, de los cuales dos, por lo menos, eran inmensamente más poderosos. El Perú y Colombia, enredados en líos de frontera, acabaron por arreglarse... a costa del vecino intermedio, el Ecuador, que ha venido a quedar reducido a su litoral marítimo. Bélgica, aunque no es, precisamente, un "interland", pagó harto caro el privilegio de estar situado entre dos grandes e irreconciliables adversarios. El caso de Polonia es proverbial, como que ha llegado a popularizarse el vocablo "polonizar". Suiza, con sus seiscientos años de vida republicana, es, a pesar de la diversidad de sangres, lenguas y religiones de su población, una prueba palmaria de nuestro aserto anterior: en el mundo no se respeta más que al que se hace respetar. Por algo la República Helvética es la cuna de la Cruz Roja y la sede de la Sociedad de las Naciones.

Lo que parece evidente es que en Bolivia los gobernantes y caudillos, así civiles como militares, han

(1) En las Universidades bolivianas no existe la Facultad de Matemáticas. No hay en Bolivia escuelas ni institutos de ingeniería. Los ingenieros y técnicos que ahí ejercen son extranjeros o bolivianos titulados en Europa, Buenos Aires o Santiago de Chile.

carecido, en general, de la grandeza de alma que lleva a los hombres a sacrificar sus pequeñas pasiones, sus emulaciones personales o partidaristas en aras de un ideal común, más alto y más vasto, como es el de la Patria. De otro modo no se concibe que no pasen todavía del terreno de los enunciados, que se hallen enquistados en los programas de los partidos y en los discursos de los candidatos, problemas como el de la viabilidad, que mencioné antes, y que en Bolivia tiene, además de su alcance económico como factor de progreso material, un aspecto moral y político no menos importante como antídoto del inveterado regionalismo boliviano. Creo no exagerar si digo que en ningún país hispanoamericano ha hecho tanto daño, como en Bolivia, el espíritu localista de sus habitantes. De ello es una prueba, entre otras, la traslación de la sede del Gobierno (Poderes Ejecutivo y Legislativo) como resultado de una revolución triunfante. No se me dirá que no es anomalía la de un país con dos capitales: una histórica, Sucre; otra efectiva, La Paz.

Lo primero que le llama la atención al chileno que visita Bolivia es este exacerbado localismo. Es algo que entre nosotros no se concibe, y que en política no cuenta ni significa nada. En Chile, sólo por mera curiosidad, o porque viene al caso, se le pregunta a uno por su ciudad o comarca de origen. Es un dato que no interesa más que al biógrafo, o al funcionario del servicio de estadística. En mi país no recuerdo haber visto jamás que, entre los reproches que se le hacen a un magnate de figuración nacional, aparezca el de la región o lugar de su nacimiento.

Creo que el típico regionalismo boliviano no se acabará sino con los caminos. Aislada en medio del Continente, Bolivia ha visto también sus departamentos se-

parados, casi hostiles, el uno frente al otro. Entre todos sus males—que no son pocos—se me ocurre que a la reciente guerra le va a deber un bien, y es el de haber visto a todos sus hijos, sin distinción de procedencia geográfica, mezclando su sangre en la hora del sacrificio, del heroísmo y de la gloria.

El otro problema—el de las castas—me parece de mucho más difícil solución. La India ha envejecido con sus parias; los Estados Unidos no hallan qué hacerse con sus negros, y los linchan; no sé cómo irá a componérselas Bolivia con su formidable proporción de indios, razas—tanto la aymará como la quechua—definitivamente vencidas, demasiado viejas para evolucionar al ritmo de la civilización moderna, demasiado numerosas y prolíficas para ser absorbidas.

Lejos de mi ánimo la pretensión de señalar soluciones para un problema tan antiguo, tan intrincado y tan complejo. En otros países—Chile, Argentina, Uruguay—por destrucción o por trasfusión sistemáticas, el elemento autóctono ha desaparecido por completo o está a punto de extinguirse. En Bolivia no. Allí su número, y la propia pasividad de su carácter, (que le ha permitido pasar de un dominio político y social a otro sin sufrir más que alteraciones imperceptibles), justifican la permanente preocupación del blanco y del mestizo cultos frente a esa masa de individuos, si no inferiores, de todo punto retrasados. Por de pronto, la legislación ha fracasado: como cosa, como res, recibió al indio la Conquista, y en la misma calidad pasó de la Colonia a la República. No se podrá decir que en Bolivia no hay esclavitud mientras exista para el indio la servidumbre del "pongaje".

De generación en generación el indio es el mismo. Ha cambiado sus mitos milenarios por los de la religión

católica; es fino, es prolijo, actúa, siembra, teje, esculpe, compone y ejecuta música exactamente como hace cuatrocientos años, al arribo de los españoles, o como hace un milenio, frente a la pompa del poderío imperial. Viste y habla a la usanza arcaica, y estoy seguro de que piensa y siente de la misma manera. ¿Hemos de extrañar así que en Bolivia, más que en país alguno de América, resulten una ficción la democracia y sus procedimientos funcionales, tales como el sufragio popular?

La chola, el tipo intermedio—más que el cholo—es eminentemente tradicionalista y rutinaria. Luce el traje introducido por los españoles—siglos XVI y XVII—y no sueña abandonarlo. En Oruro, dos mil cholos, armadas de largos alfileres, se amotinaron contra un Prefecto demasiado modernista que pretendía obligarlas por decreto a repudiar las polleras ampulosas, el sombrero barnizado y las zapatillas sin tacón. Y el audaz funcionario, para librar los ojos, no tuvo más remedio que claudicar. Sin embargo, se está produciendo un nuevo tipo: la "birlocha". La birlocha es la hija de la chola rica—que las hay muchas—que viste y se toca a la europea, como la dama de familia blanca, y repugna la servidumbre doméstica y el oficio manual.

Frente al problema del indio, unos dicen: "¡Escuela!" Otros reclaman: "¡Inmigración! ¡Inmigración europea!" Yo no digo nada, porque ambos medios me parecen bien, aunque no suficientes. La prolificidad de las clases bajas—fenómeno universal—es en Bolivia inmensamente superior a la de la minoría blanca, donde pesan, mucho más que en los hogares humildes, las consideraciones de orden económico.

He oído a disertadores de mesa de café preconizar el exterminio del indio. Otros, un poco menos bárbaros,

se inclinan por la esterilización. Frente a ellos, se alza la tendencia indianista, que afecta abominar de la cultura europea acarreada por la Colonia y la República y volver, en artes y aun en política, a la fuente incaica primitiva. Algo hay que hacer —como decía el gran Sarmiento—, aunque las cosas no resulten bien desde el primer instante. Nada se saca con aplazar u escamotear la solución de los problemas nacionales. He ahí la gran responsabilidad de la raza blanca en el antiguo Alto Perú. Hay cosas que no admiten modificación (como, por ejemplo, el fenómeno del encarecimiento de la atmósfera a medida que se asciende); pero las hay también que reclaman la acción de un esfuerzo consciente y renovado de la colectividad. El problema del indio no es insoluble, ni tampoco lo es el aislamiento de Bolivia.

¿Escuela? ¿Inmigración?

Bueno (1). Pero, al mismo tiempo, si tienen conciencias, las clases dirigentes deben—a ejemplo de los japoneses—mandar a la flor de sus vástagos a los grandes países de Europa, de donde, si no todos, la mayoría ha de volver con otras ideas y otros gustos, ensanchando su horizonte mental y posesionados de una cultura técnica o general que les será de gran provecho a ellos y a la colectividad.

Como todos los pueblos acosados y aislados, el boliviano es xenófobo: repugna, precisamente, aquello de que más necesita. Y, sugestionable a límites extremos, se ilusiona fácilmente con todo lo que puede halagar

(1) Pecaría de injusto si no me refiriese aquí, para rendirle todo el tributo de mi admiración, a la Escuela de Indígenas de Wari-Sata. El esfuerzo es hermoso y su realización ha sido puesta en buenas manos. Pero, piénsese que por ahora, sube de un millón el número de indios que hay que redimir.

su amor propio nacional (1). Por eso mismo, se descórazona con facilidad. Y es contra esto, ante todo, contra lo que debe reaccionar, porque la solución de sus problemas fundamentales no depende de la voluntad de un hombre ni de la magia de una ley, sino de la acción tenaz e inteligente de muchas generaciones.

El regionalismo, debilidad nacional, toma en algunas partes caracteres verdaderamente inquietantes. De más está decir que aludo al Departamento de Santa Cruz, la hermosa zona sudoriental, en el ánimo de cuyos habitantes habría prendido—al decir de los enemigos de Bolivia—la chispa del separatismo. ¡Santa Cruz de la Sierra! Ya antes de visitar Bolivia, había oído hablar mucho de esta ciudad, y con diversos motivos. Había leído también mucho en textos geográficos e históricos, en revistas y periódicos. Tenía, mucho más que curiosidad de turista, interés fervoroso en visitar la ciudad oriental y recorrer el departamento a que sirve de capital. ¿Tendré necesidad de manifestar que gran parte de ese sentimiento eran las versiones difundidas sobre la belleza y la hospitalidad de Santa Cruz y también sobre los propósitos secesionistas de sus hijos?

A lo primero, no tengo necesidad de referirme, ya que, como los axiomas matemáticos, no necesita demostración. Pero no estará de más que explique en qué consiste y cómo se realiza la hospitalidad cruceña.

Es un fenómeno que, como que salta a la vista, se explica por sí solo. Dos son sus principales y casi únicos factores: la ascendencia española de la casta y el aislamiento en que allí se ha vivido. La hospitalidad es evidentemente una virtud española. Yo os juro que, des-

(1) Debilidad es ésta—hay que decirlo—de la que no está exento ninguno de los pueblos neolatinos, ni siquiera los que creen haber distanciado, en todos sus aspectos, a los demás.

pués de haber vivido cinco años en España, los mejores amigos que he dejado allí, los que recuerdo con mayor afecto y sé que me recuerdan a su vez del mismo modo, son relaciones hechas al pasar, en la charla del tren, o durante una excursión cualquiera por los pueblos. Me diréis tal vez que todos los sudamericanos descendemos igualmente de españoles, como los cruceños: es verdad. Pero es que aquí entra en juego el otro factor, el factor aislamiento, eso que la gente cursi califica de "atraso", y que también censuran a la Madre Patria, eso que hace la vida fácil y que cierra el paso al egoísmo, fruto fatal de la decantada "civilización" contemporánea. Yo no puedo ni debo ser un renegado de la civilización y del progreso; pero no puedo tampoco desconocer que si el ideal sumo del esfuerzo humano es la felicidad, más cerca, mucho más cerca del logro de ese ideal se hallan los viejos villorrios tranquilos que me ha sido dado visitar en España y Portugal, tan semejantes a vuestras ciudades orientales, donde el extranjero puede echar de menos muchos de esos signos de adelanto a que la edad moderna nos tiene acostumbrados, pero donde sobra lo que la civilización parece empeñarse en extirpar del corazón del hombre: la hospitalidad, la simpatía humana. Lo primero que le llama a uno la atención en las calles de Santa Cruz, no es la falta de pavimento, no: es el hecho de que lo saluden a uno con amable cortesía personas que no ha visto nunca. Lo mismo que en las provincias españolas y portuguesas; lo mismo que recuerdo aun haber observado hace cuarenta años en mi Patria, y lo que seguramente ha ocurrido en toda Hispanoamérica antes de que sucesivas y diversas inmigraciones, y el carácter violento que ha llegado a asumir la lucha por la vida, haya hecho desaparecer costumbres tan hermosas.

Nadie, y yo mucho menos, se atrevería a censurar a los cruceños, el que aspiren a salir de su aislamiento. Tienen amplio derecho a quejarse de que, después de más de un siglo de vida republicana, el ferrocarril que ha de vincularlo al Altiplano (o como ellos dicen al "Collado") se halle todavía a muchos kilómetros de la capital del departamento. Pero, realmente, cuando se viene del mundo ruidoso y cosmopolita de Europa, de Buenos Aires, de Santiago, de La Paz misma; cuando se ambula por la tierra con los nervios destrozados por la áspera lucha cotidiana, por el tumulto fatigoso del tráfico cotidiano, harto de dar y recibir codazos y pisotones, con el gesto siempre avinagrado y el ánimo receloso, se llega a desear que aquello no cambie nunca, que Santa Cruz sea siempre Santa Cruz, la ciudad de la Sierra, es decir, de la naturaleza paradisíaca, de la gente amable, del ritmo de la vida apacible, donde, sin perjuicio del trabajo, se duerme la siesta en el péndulo de la hamaca, se besa a la andaluza junto a la reja bajo los soportales y se cantan serenatas a la criolla por las calles dormidas.

He escrito la palabra "andaluza". He aquí el signo del alma regional cruceña. La sangre vándala traída a esas regiones por los Ñuflo de Chaves, los Martínez de Irala, los Mercado, etc., se ha mantenido pura, en un clima, por semejante, adecuado, y con escasas contaminaciones. Allí se aspira la J como en toda Andalucía; allí se forman los diminutivos en "ingo", como en Extremadura; allí se lleva todavía por las mujeres el negro mantón terciado sobre los hombros, como en Las Islas Canarias (y como en propia tierra, hasta hace algunos años); allí se trabaja cantando, como en casi toda España... y allí, para legítimo orgullo de sus hombres y de todos los hombres de Bolivia, domina el tipo

femenino clásico del Meridión hispano; la que he visto y celebrado en Murcia, y en Málaga, y en Córdoba, y en Granada, y en Sevilla; grandes ojos oscuros, pelo de azabache, andar elegante que se diría melodioso, la línea exuberante; el tipo, en suma, que ha hecho famosa en toda Europa y en el mundo entero a la mujer española. Llama la atención, *prima facie*, el cutis de la mujer cruceña; un cutis terso, pálido, mate, general-gente trigüeño. Remota herencia árabe tal vez, transmitida por progenitores andaluces. Otros aseguran que esto se debe a que en Santa Cruz, para los usos del tocado se emplea sólo el agua de las lluvias recogida en los algibes; pues bien, sería otra coincidencia más, porque, en el Norte del Africa, como en el Sur de España, subsiste todavía el algibe, que es palabra, entre otras muchas, introducida por los árabes en el idioma castellano.

La misma tradición andaluza se observa en la arquitectura. Los soportales que en Cochabamba y Sucre, por ejemplo, lo mismo que en Santiago y otras ciudades sudamericanas, sólo se conservan ya alrededor de la plaza principal, son en Santa Cruz un detalle arquitectónico obligado en casi todas las calles. Esto le da a la ciudad un aspecto típico, es cierto, pero se halla impuesto por el rigor del clima tropical. Los que creen que el progreso consiste en imitar ciegamente todas las innovaciones que se vulgarizan en los Estados Unidos o en Europa, piensen un poquito en lo espantoso que sería vivir en Santa Cruz sin el grato refugio que en su sombra y en su fresco brindan los soportales. Cada ciudad, más bien dicho, cada región debe tener su arquitectura; y así no es raro que La Paz, en algunos de sus barrios, y Potosí todo entero, nos recuerden a las viejas ciudades de la meseta castellana: el Madrid antiguo, Toledo, Segovia, Avila, con sus calles estrechas y tor-

cidas, que suben y que bajan, y sus recios portones claveteados de cobre coronadas por un escudo de piedra. También es español, es decir andaluz, el uso de ciertas prendas femeninas que ya he mencionado: por ejemplo, el manto o mantón, no sólo entre gente de modestos recursos, sino entre personas de indiscutible abolengo y posición social. Y no sólo para asistir a ceremonias religiosas (que fué en Chile el último período, el período agónico del manto) sino para actos de sociedad. En la recepción que me ofrecieron en los salones del club, y en la cual estaba representado, como es natural, lo mejor de las familias cruceñas, tuve ocasión de ver llegar a muchas respetables damas cubiertas con esa prenda, que tanto agracia la fisonomía.

Pero más que en la arquitectura y en la indumentaria, vive España, vive Andalucía en Santa Cruz, en el carácter. Ya he hablado de la hospitalidad. Voy a referirme ahora a la imaginación cruceña, tan viva, tan activa, tan alerta siempre, en contraposición a la pereza física, que es general. General, y explicable, porque, en realidad, se necesita, más que valor, verdadero heroísmo para rebelarse allí contra las leyes de la inercia. El cruceño sueña y canta, como el andaluz y el napolitano. Pero tiene a su favor, como excusa de la nonchalance en que hasta ahora ha estado dejándose mecer, no sólo la belleza de su cielo y su paisaje, no sólo el rigor del clima tórrido, sino la exuberancia de su naturaleza tropical, la modicidad del standard de vida, como se dice ahora, o, como se decía antes, el privilegio de tenerlo todo a la mano. Es fama que antes en Santa Cruz se ha vivido con nada, es decir, con el fruto espontáneo de la tierra. Puede ser que haya sido así, allá en tiempos de entonces, como dice el fabulista; en la actualidad no lo es. Se nota la pobreza en aquella tie-

rra que fué de promisión y donde todavía, con acento y ojos nostálgicos, se conversa de la "época de la goma", época californiana de libras esterlinas, de barajas y de champaña que, desgraciadamente, como las golondrinas de Bécquer, ¡ay! no volverán (1).

Sin duda a esta circunstancia se debe el que, de algún tiempo a esta parte, se haga más y más insistente la protesta del cruceño frente a lo que califica de intolerable abandono de los Poderes Públicos. Para el sustento cotidiano, dentro del marco de la vida patriarcal que ha llevado hasta hace poco, el cruceño no necesitaba, en realidad, desplegar mayor ni más intensa actividad. Los términos del imperativo económico han cambiado ahora para él, y el cruceño, dispuesto a producir y a hacer producir a la tierra y a su ingenio, quiere vías de comunicación, salida amplia, fácil y permanente para esos productos. Me han dicho—y creo que es una afirmación justa—que ninguna ciudad ni región alguna de Bolivia han experimentado mayores estragos en el campo de su vida económica con motivo de la guerra del Chaco. "Hasta entonces—agregan—se pudo soportar el régimen de abandono y de incuria en que vegetábamos: ahora ya es imposible. Vengan obras públicas: pozos artesianos, agua potable, desagües, edificación escolar, lo que se quiera; pero vengan, sobre todo, caminos, anchas y fáciles y seguras carreteras que nos vinculen de una vez por todas con el Occidente, que nos permitan vaciar en nuestro único posible mercado, que es el del Altiplano, los frutos de la tierra y de la industria cruceñas".

(1) También se habla en Chile, con un amargo regusto en el paladar, de "los tiempos del cobre y de la plata", y se continúa hablando del "auge del salitre chileno". A los venidos a menos, no nos queda otra cosa.

Y yo creo que tienen toda la razón del mundo.

A propósito de esto, vais a permitirme referir, sin beneficio de inventario, lo que, en plácida noche de tertulia en la plaza principal, mientras los pericos ligeros roían el follaje de los toboroches, plañían las ranas en la fuente y tal cual vaca familiar se metía por los prados a mordisquear la hierba, cierto ilustre político de la antigua escuela—me decía—logró en cierta ocasión, por medio del conocido procedimiento de las dulces promesas hechas a destajo, hacerse elegir Senador por el departamento. De más está decir que no cumplió ninguna de aquellas promesas, y que tampoco volvió a ser elegido. El amigo que más había trabajado por él, se permitió un día reprocharle su inacción, comunicándole que el disgusto hacia él era general, pues por lo menos se esperaba que hubiera conseguido el dinero suficiente para adelantar en unos cincuenta o cien kilómetros la línea en construcción del ferrocarril de Cochabamba, vieja y legítima aspiración de los cruceños. A lo que el ilustre político había contestado, sin inmutarse, lo siguiente:

—Amigo, le diré la verdad: yo no soy ni seré partidario de ese ferrocarril.

—¿Cómo? ¿Qué está usted diciendo?

—Lo que está usted oyendo: yo no soy partidario de ese ferrocarril porque, una vez construido, los cruceños se nos separan, y se nos quedan con el ferrocarril.

—Y usted, ¿qué le replicó?, pregunté yo a mi interlocutor.

—Pensé darle una bofetada, me respondió él. Pero me limité a decirle, dominando los nervios: "Su criterio es el de un marido que no le da zapatos a su mujer, y que la tiene en andrajos por temor de que ella se le

vaya con otro y se le lleve las prendas". Y le volví la espalda.

Como bien comprendéis, yo no respondo de la autenticidad de la anécdota. Bien puede que se trate sólo de un rasgo del buen humor y de la fecunda imaginación cruceña. Suponiéndola real, valdría la pena averiguar de dónde era oriundo aquel ilustre político de la vieja escuela.

Y esto me trae como de la mano a tocar el punto más delicado del presente capítulo: el separatismo de Santa Cruz. Ya he dicho antes y perentoriamente, que se trata de una falsa leyenda, creada y propalada por los enemigos de Bolivia en la reciente guerra, y fomentada y mantenida, desgraciadamente, por el incurable regionalismo boliviano. No existe el "separatismo" en Santa Cruz, ni como idea vaga, ni mucho menos como propósito político definido. No existe, siquiera, el sentimiento separatista: lo que existe, sí, y no tengo por qué negarlo, es un "resentimiento" profundo con sus compatriotas de Occidente, un gran dolor de hermano abandonado, preterido e injustamente juzgado. Ese resentimiento, ese dolor, referíase antes, y por mucho tiempo, únicamente al paceño, ya que La Paz era la sede del Gobierno, y de allí les venía el agravio de un olvido injusto, de un menosprecio inmerecido; pero últimamente el estado de ánimo pasional que señalo se ha extendido y envuelve a todos los bolivianos del Occidente, a todos los hijos del Collado.

En los mismos días de mi permanencia en Santa Cruz, apareció allí un interesante folleto original del Dr. D. Rómulo Herrera, Diputado por el departamento, bajo el título de "El sentimiento boliviano de Santa Cruz". La cito, porque creo que él interpreta honradamente la

situación de ánimo y la aspiración genuina de la gran mayoría de sus conterráneos.

Exactamente las mismas ideas y apreciaciones he escuchado en labios de las personas más autorizadas de aquella ciudad y de otros pueblos: escritores y poetas de la talla de Agustín Landívar y de Raúl Otero Reiche; profesionales como el Dr. D. Melchor Pinto; abogados, periodistas, maestros, comerciantes, industriales, agricultores, funcionarios públicos. En un discurso vibrante acaba de declarar lo mismo el periodista Ortiz Reyes, frente al micrófono de la Radio Illimani, y su palabra se ha difundido por todo el territorio. Lo que quiere Santa Cruz, no es separarse ni mucho menos anexarse a ninguna otra potencia vecina; sino simplemente salir de su situación secular de abandono y de atraso con respecto a las demás regiones de Bolivia; dejar de ser ya, una vez por todas, la Princesa del Bosque Dormida; surgir, prosperar como sus hermanas de Occidente, por la iniciativa propia y, por la atención providente del Estado; sentir que llega hasta ella, no la lluvia de promesas nunca cumplidas de delegaciones oficiales o de candidatos, como el de la anécdota antes relatada, sino la acción inteligente y fecunda que, traducida en obras reproductivas, en caminos, en vías ferroviarias o de motor liviano, la saque a luz con todo el esplendor de sus riquezas naturales: de su azúcar, de su algodón, de su goma, de su petróleo, de sus frutas y de todos los productos de su incipiente industria. El Oriente, sin contar el Bení, que es como un vástago de Santa Cruz, no es el Chaco inhospitalario y de valor problemático, no: se trata de una extensión de 367.000 kilómetros cuadrados de tierra ubérrima en la que alienta el alma de una raza homogénea, territorialmente boliviana desde los tiempos heroicos de la Conquista

y la Colonización, boliviana por el sacramento de bautismo de la Independencia con los Warnes, los Mercado, y los Vaca-Diez, y boliviana, finalmente, por su admirable actitud frente al invasor, por el sacrificio sin ejemplo de la flor de su mocedad en los campos de batalla. Como dice el ilustre cruceño Dr. don Mariano Zambrana en sus "Plumadas Centenarias", publicadas con motivo del primer centenario de la independencia nacional: "No está lejano el día en que el silbato de la gran máquina de Stephenson nos saque de nuestra somnolencia e inedia canicular, mostrándonos nuevos y amplios horizontes. Entonces, como si despertásemos de un profundo sueño, nos frotaremos los ojos diciendo con el alma en los labios: ¡Salve, oh Patria!, y nos apresuraremos a dar en persona un abrazo fraternal a nuestros compatriotas de la meseta andina y a todos los pueblos de la América. Tengamos fe en el porvenir, y dispongámonos a esperarlo grandioso y noble".

No hace mucho tiempo ha aparecido en Buenos Aires un libro, de autor argentino, naturalmente—don Enrique de Gandía—, con el sugestivo título de "Santa Cruz de la Sierra, un nuevo Estado en Sudamérica". En lugar de comentarios, que no los ha menester, puesto que en la sola frase transcrita hay todo un vasto programa de política internacional, voy a estampar, como réplica, otra frase esculpida en bronce por los cruceños en el pedestal de la estatua de Warnes, en la Plaza de Santa Cruz. La placa cuadrangular colocada allí, por el Regimiento Campero N° 5, está sujeta al monumento por tres clavos: en el cuarto ángulo se ve sólo el orificio, alrededor del cual se puede leer, en círculo, la siguiente inscripción:

*Este recuerdo se complementará el día en que se una
Oriente con Altiplano por rieles.*

Lo cual revela sobradamente la importancia vital que los bolivianos del Oriente atribuyen a la intercomunicación como signo y motor de progreso y de unidad nacional, y revela que no es ningún país del sur al que les interesa quedar cuanto antes abrazados por vínculos de acero.

Puedo, pues, afirmar que el separatismo cruceño es una idea extrínseca. Se la ha fomentado desde el exterior; primero el Paraguay, estimulando el viejo resentimiento regionalista en procura de una segregación que, efectuada en plena guerra, habría sido decisiva en favor de sus armas, y luego la Argentina, que ve más lejos y que no pierde oportunidad de sacar de su condición larvada de simple teoría política la idea de su misión tutelar, han estado y siguen echando leña al fuego. El señor de Gandía, a quien acabo de citar, como el señor Rojas, el de "La Argentinidad", como el señor Ingenieros, de quien reproduzco en otro capítulo un fragmento concluyente de su "Sociología Argentina", o como el señor Lugones, el de "la hora de la espada", podrán tener en su patria contradictores (1), gen-

(1) Compláceme citar en primera línea a mi distinguido amigo el distinguido escritor don Walter Jaime Molins, que no ha desperdiciado medio ni oportunidad para hacer, en la tribuna, en la prensa y en el libro, una amplia y eficaz labor, no de propagandista de Bolivia (como se ha dicho en su desmedro), sino de convencido americanista, incapaz de concordar con los *chauvinistas* del Plata, plaga no menos excesiva ni menos peligrosa que la de la langosta. Debo también hacer justicia a la actitud de escritores y periodistas como don Juan Andrés Cuello-Freire, autor de "¿Por qué estamos con Bolivia?", libro encomiable por su intención y por su forma, en cuyas páginas he tenido el agrado de encontrar una nómina no inferior a cincuenta artistas y literatos argentinos que él presenta como ami-

tes a quienes repugna sinceramente el imperialismo; pero no cabe duda de que interpretan un sentimiento general, pues para algo el argentino medio viene siendo educado, desde hace años, en la escuela del predominio o, como dicen en la otra banda, "de la prepotencia".

He de insistir acerca de esto más adelante, en los capítulos que consagro a rememorar el finiquitado pleito de los Andes y a analizar la situación de nuestra zona austral: el saldo de la liquidación hecha en julio de 1881.

gos de Bolivia y afectos, en el espíritu, a la causa de esta República frente a la agresión del Paraguay. ¡Dios sea loado! Aun quedan, a las orillas del Plata, quienes piensan que no es el más alto de los deberes defender a sangre y fuego los intereses de los capitalistas que están repartiéndose el territorio del Chaco...

CAPITULO TERCERO

*La aspiración de Bolívar.—Los Estados Unidos del Sur.
—El Bloque del Pacífico.*

Tengo a la vista y a la mano un rimero de libros americanos sobre América. Somos aficionados a estudiarlos, a analizarnos y a describirnos a nosotros mismos, los de este lado del mundo.

Entre las ya clásicas obras de Sarmiento y Solberdi, de Lastarria y Montalvo, lucen sus lomos las más modernas de los Ingenieros y los Alvarez (Agustín), los Bunge y los Ramos Mexía, los Waldo Frank y los Arguedas, los Carrión y los Vasconcelos, los Palacios y los Encina.

Y hasta veo por allí, con cierta timidez, como azorado entre la balumba de tanta solemne pedantería, la cubierta de *Ariel*, del inefable *Ariel* de José Enrique Rodó. Etnología, historia, economía política, alta política, estadística, sociología... ¡Bah! Entre lectura y lectura, prefiero la del gran maestro uruguayo, porque me da siquiera la miel de divina poesía que destila su prosa.

No me interesan ni han logrado interesarme jamás esas divagaciones pseudo-científicas en que se trasluce patente el procedimiento. El autor ha viajado y ha leído. Le son familiares los autores europeos en boga, y con la lente de Taine, de Le Bon, de Sergi, de Novicow, o de quien sea, se entregan a la tarea de examinar su América.

Lo primero, la raza; lo segundo, el suelo y el clima; lo tercero, el peso muerto de la tradición, la reli-

gión, la cultura... Y así. Ya sabemos demasiado el cuento. Pero de allí no se pasa.

No han sido los libros, sino la acción personal, múltiple y dinámica de Sarmiento lo que ha influido tan hondamente en el desenvolvimiento portentoso de su patria. No por lo que escribió—apenas un tomo de sabrosos *Recuerdos*—sino por haber iniciado la colonización austral con inmigrantes germanos, es por lo que merece una estatua nuestro ilustre don Vicente Pérez Rosales, a quien los beatos de su tiempo, mentecatos al servicio de intereses privados, pretendieron hundir bajo la acusación de hereje y de masón. El decreto por el que el General Bulnes—Presidente de Chile en 1843—creó la colonia de Punta Arenas en los desiertos páramos magallánicos (donde había fracasado, trágicamente, siglos antes, el genio de Sarmiento de Gamboa) salvó para Chile, junto con nuestra dignidad, 180.000 kilómetros cuadrados de territorio. Don Diego Portales que, sin haber escrito un libro, ha llegado a inspirarlos por docenas, ejerció en su patria una acción que se siente vibrar a través de las generaciones.

¿Qué sacamos con revolvernos contra el determinismo histórico?

Somos como somos, y de esta sola substancia es de la que tenemos que arrancar la América de mañana. La Raza... ¿Qué raza? Ya era producto de veinte mestizajes el español cuando se trasplantó al Nuevo Mundo, y aquí vino a mezclarse y transfundirse con todas las castas del cobrizo y del negro, amalgamadas a su vez entre ellas.

Natural me parece el predominio del blanco, cualesquiera que sean sus males, sus ventajas y sus inconvenientes, en la dirección de los negocios públicos en nuestro Continente; pero algo más que serrín tienen que

haber guardado en la cabeza mestizos como Murillo y Santa Cruz, indios como Juárez, mulatos como Rivadavia y Maceo, negros puros como Toussaint Louverture.

La divagación es estéril y el análisis negativo. Hay que obrar, darse a la acción, a ejemplo de los creadores de las nacionalidades neocontinentales. ¿Qué habría sido la epopeya de la emancipación si San Martín y Bolívar (para no citar sino a los más grandes) se hubiesen puesto a considerar que sólo contaban con la masa de pueblos en formación, con muchedumbres analfabetas o de cultura rudimentaria, de sangre obscura, dominadas por la superstición clerical y monárquica?

¡Simón Bolívar! ¡Los Estados Unidos del Sur! No se puede ensayar el tema que informa este capítulo sin rendir previamente el homenaje de recuerdo—de mínima justicia—al poderoso forjador de naciones, cuyo corcel de guerra—como dice Vicuña Mackenna—había de beber del Orinoco, del Amazonas y del Plata, y que hombre de pensamiento y de palabra al mismo tiempo que de acción, lanzó el primero la simiente de la Confederación de las Repúblicas recién emancipadas de la metrópoli española.

A este gran sueño, a esta suprema aspiración, a esta sublime quimera del Libertador, quiero referirme, y no porque crea que haya dejado de ser difícil su realización, sino porque creo que ha llegado—por lo menos para los países del Pacífico—el momento de rectificar severamente las desviaciones, las desorientaciones y los errores de esta etapa de más de un siglo que ya llevamos recorrida, y de preguntarnos si tenemos en realidad derecho a seguir defiriendo el cumplimiento de la última voluntad del Genio.

Grande en su iniciación del Aventino, enorme en su delirio sobre el Chimborazo, titánico en sus luchas contra el despotismo secular, olímpico en su crucero continental, superior a Alejandro Magno y a Napoleón, puesto que no es lo mismo agitarse por un ideal de conquista que por el de libertad y de justicia; magnífico y polifacético, con la radiosa multiplicidad de facultades del genio, a un tiempo improvisador y previsor, inspirado y pertinaz, orador y poeta, caudillo militar y legislador, Bolívar, no sólo rescatador sino creador de naciones, es más grande que nunca, llega a su culminación cuando, ya rotas las cadenas coloniales de la mitad de un mundo, se empeña en combatir y anular las banderías, en suprimir los regionalismos fronterizos, y en cimentar, sobre la base de la unidad racial, religiosa e idiomática, la unidad política del Nuevo Mundo. Más alto que en su travesía de Los Andes Colombianos, se le ve ahora al soñar, como otrora, en la cúspide del Monte de Roma o en las faldas del Monte del Ecuador, en una *Gran Confederación Continental*, alma y garantía de la América Libre e Indivisible, formada por las Repúblicas que, del Río Bravo al Estrecho de Magallanes acababan de desprenderse de la Real Corona de España, o, lo que es lo mismo, dicho en otros términos, acababan de pasar de la servil condición de factorías o colonias a la alta categoría de Repúblicas Libres y de Estados Soberanos.

¡Qué corazón y qué cerebro! No le bastaba ya la realización del sueño romántico de la libertad de su América, y llevado de esa insaciable sed de gloria, de esa inconmensurable ambición de grandeza y esplendor para la tierra que le vio nacer, y que era no sólo su ciudad de Caracas, no sólo su país natal de Venezuela, sino todo el Continente Hispanoamericano, todo el He-

misterio de Colón, incuba la quimera de la Confederación de las flamantes Repúblicas, traza los planos de un gigantesco Congreso o Asamblea Internacional que tendría por sede la capital del Istmo de Panamá, centro de América y del Mundo, y ve en la Anficción hispanoamericana la salvación y el cumplimiento de la obra emancipadora, y, con cien años de anticipación, con la imaginación de un profeta y la tenacidad de un titán de la leyenda, se entrega a su tarea, propia de semidioses más que de hombres, ajeno a todos los desmayos, ciego a todos los inconvenientes, sordo a la voz de todas las vacilaciones, superior a todas las mezquindades y a todos los egoísmos que le salen al paso.

Es un Quijote sin desequilibrio; es la pasión del Genio puesta en marcha. Por eso, ¡cuán profunda y luminosa amargura hay en las palabras que la ironía arrancó de sus labios frente al estruendo de las olas y del viento en las playas de la isla de Santa Marta, en la hora triste del crepúsculo! "Tengo la convicción de haber arado en el mar". Y también: "Sólo ha habido dos grandes majaderos en el mundo: don Quijote... y yo".

He aquí cómo pinta y juzga nuestro ilustre don José Victorino Lastarria aquel inmenso momento histórico de Europa frente a América, que abarca los quince primeros años del siglo XIX, antes de los vituperables manejos reaccionarios de la llamada *Santa Alianza* (1):

"Los dos últimos años del Imperio Napoleónico, que ven descender a su ocaso el astro radiante del despotismo militar, son también testigos de los primeros rayos que despide una nueva estrella que se levanta en las comarcas de la América del Sur, para guiar su independencia. El nombre de otro guerrero ha resonado ya en las selvas del Nuevo Mundo; pero es un guerrero que, a imitación de Washington, sólo viene a conquistar la independencia y los derechos de la Humanidad.

(1) "Historia Constitucional de Medio Siglo", por J. V. Lastarria.

"La espada de Napoleón iba a pegarse en la vaina con la sangre de los pueblos, cuando la de SIMON BOLIVAR vibraba radiante sobre los opresores de los pueblos.

"SIMON BOLIVAR era aclamado por su patria con el título de LIBERTADOR el 14 de octubre de 1813, precisamente en los momentos mismos en que los pueblos de Europa maldecían a Napoleón y en que cuerpos enteros de ejército abandonaban sus filas".

Después dice:

"En este movimiento que sacaba al Nuevo Mundo de su quicio de tres siglos, el combate social era más portentoso, más imponente que el de los campos de batalla. La sociedad mudaba de vida; regeneraba sus ideas, sus creencias; reformaba sus hábitos; pero el principio de autoridad desaparecía del Estado, de la religión, de la moralidad, y la individualidad recobraba sus fueros para convertirse inmediatamente en egoísmo, en ambición; para elevar el señorío de las pasiones: el fanatismo religioso dejaba su imperio a la incredulidad: las falsas costumbres sociales iban a convertirse en una escandalosa desmoralización. No bastaba vencer a los ejércitos del Rey: era necesario vencer a la sociedad vieja y crear, desde luego, la nueva.

"El primer trabajo estaba para completarse en 1820. La obra de la regeneración social principiaba. Su personero era Bolívar, y su artífice el principio democrático adoptado en la forma de Gobierno. La REPUBLICA debía completar lo que las balas habían principiado. El Gobierno republicano fundado en la soberanía y en el interés de la nación, era el único medio de restablecer de un modo legítimo y conforme a la dignidad humana el principio de autoridad en el Estado, en la religión, en la moralidad. Sólo el Gobierno republicano podía restablecer la unidad social, encaminar y ennoblecer las ambiciones y fundar la nueva sociabilidad americana sobre bases fijas, en ideas exactas y verdaderas.

"La revolución americana es, pues, doblemente grande, porque no sólo venció con heroísmo a los antiguos conquistadores, sino porque, además, una vez vencedora, proclama la REPUBLICA como su expresión más propia y natural. Los americanos necesitaron mucho valor, no sólo para las batallas, sino para hacerse republicanos, cuando el mundo entero era monárquico, cuando allí se miraba la MONARQUIA como la última expresión de los progresos de la Humanidad, cuando la ciencia misma creía hallar sólo en la MONARQUIA la única fórmula de los principios más aventajados de la política.

"Los Gobiernos de Europa, y aun de Norteamérica, miraron, si no con recelo, al menos con indolencia aquella gran revolución. Los hispanoamericanos comprendían este abandono y tenían razón de quejarse de él después de estar ya constituidos".

Contra esta situación de injusticia—agrego yo ahora—hubo de rebelarse el genio del Libertador. Por más de un lustro, en medio de la inquietud de sus expediciones y cruceros, entre el fragor de las batallas, aun en el regalo del amor y de la gloria, lo vemos preocupado por sus vastos sueños de confraternidad americana, hablar, escribir, ponerse en contacto con los Gobiernos recién constituídos aun en los más remotos países, como Chile y la Confederación Argentina. Libres ya Venezuela, Nueva Granada (a la que rebautizó con el adecuado y justiciero nombre de Colombia); creado el Ecuador; emancipado el antiguo Virreinato del Perú, creada con su nombre otra República, designa como su emisario al patriota General Mosquera y consigue por fin ver coronadas por el éxito sus gestiones de una Asamblea Internacional con asiento en Panamá, cuya sesión inaugural se abrió solemnemente en la mañana del 22 de junio de 1826, con la concurrencia de los Plenipotenciarios de Colombia, México, Guatemala y el Perú.

"Chile—dice un historiador contemporáneo—, colocado al borde de la anarquía, estaba en esa época cruelmente destrozado por las disensiones civiles que desde su comienzo habían turbado al progreso de la revolución. Sin embargo, el General Freire, que nominalmente ejercía la autoridad sin ser más que una forma de Gobierno, convino en la sabiduría de un proyecto que, según sus propias palabras, *"prometía asegurar para siempre la libertad de América, consolidar sus instituciones y dar inmenso peso de opinión, majestad y de fuerza a aquellas naciones que, aisladas, eran insignificantes a los ojos de las potencias europeas, pero que, unidas, formaban una masa respetable tan capaz de contener ambiciosas pretensiones como de intimidar a la antigua metrópoli"*. El Gobierno de Buenos Aires—agrega el mismo historiador—, imbuído todavía en la política de mezquindades y celos que caracterizaron la administración del Presidente Rivadavia, aun cuando este personaje no hacía ya parte del Gobierno, miró o afectó mirar el proyecto con menos favor que el Director de Chile".

Pero no he de pasar adelante sin reproducir, aunque sea fragmentariamente, la circular pasada por el

Libertador a todos los Gobiernos de las Repúblicas de América, con fecha 7 de diciembre de 1825, o sea, la tarde misma de su entrada a la antigua ciudad de los Virreyes, y en que las invitaba a enviar sus representantes al Istmo de Panamá, manifestándoles la urgente necesidad de acelerar la reunión de la Gran Dieta:

"Después de quince años—decía—de sacrificios consagrados a la libertad de América por obtener el sistema de garantías que, en paz y en guerra, sea el escudo de nuestro destino, es tiempo ya que los intereses y las relaciones que unen entre sí a las Repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos Gobiernos. Entablar aquel sistema y consolidar el poder de este gran Cuerpo político pertenece al ejercicio de una autoridad sublime, que dirija la política de nuestros Gobiernos, cuyo influjo mantenga la uniformidad de sus principios y cuyo nombre solo calme nuestras tempestades. Tan respetable autoridad no puede existir sino en una Asamblea de Plenipotenciarios nombrados por cada una de nuestras Repúblicas y reunidos bajo los auspicios de la victoria, obtenida por nuestras armas contra el poder español".

Concluyeron las conferencias el 15 de julio firmando los Plenipotenciarios en nombre de sus respectivos Gobiernos:

1º Un tratado de unión, liga y confederación perpetua entre los cuatro Estados representados en el Congreso, a cuya Confederación podrían incorporarse las potencias de América cuyos Plenipotenciarios no habían concurrido al Congreso, si dentro de un año después de ratificado el tratado, querían adherir a él.

2º Un concierto que ampliaba lo estipulado en el artículo segundo del tratado, sobre la renovación de la Asamblea con el fin de hacer cada vez más fuertes e indisolubles los vínculos y relaciones fraternales por medio de frecuentes conferencias.

3º Una convención que fijaba el contingente con que cada uno de los confederados debía contribuir para la común defensa, y

4º Una convención militar cuyo objeto era fijar las bases para el empleo y dirección de los contingentes.

Obligábase, además, cada Estado a socorrer al aliado cuyo territorio fuese invadido con un subsidio de 20 mil libras esterlinas, y fijóse en 25.000 hombres

el contingente de tropas auxiliares que se daría al Estado invadido, y éste pondría en campaña el doble número de las tropas invasoras.

No es éste el lugar ni la ocasión, ni tengo yo autoridad bastante para pronunciarme sobre la practicabilidad de semejantes conclusiones. Lo que hay de verdad, de cruel verdad, es que las estipulaciones del Congreso de Panamá no tuvieron más vida que la del papel sellado que se guarda y cubre de polvo en los archivos.

Desgraciadamente, llegó para el héroe el eclipse, llegó para el caudillo el ostracismo, llegó para el genio el crepúsculo, llegó para el hombre la muerte, sin que haya alcanzado a cristalizar la idea que germinaba y agitábase como una crisálida en el alma del Libertador y Creador de naciones.

Y fué una pena y una desventura, porque yo estoy seguro que ninguna de las tragedias políticas que han ensangrentado el suelo del Nuevo Mundo y obscurecido las banderas de las jóvenes Repúblicas se habría producido, si hubiese sido una realidad esa Gran Confederación con que él soñaba y cuyo primer aleteo se vió en el frustrado Congreso de Panamá. No hay más que recordar cuál era el sentimiento predominante en las Cortes europeas por aquella fecha, el menosprecio con que se habían observado las insurrecciones de las diversas colonias, la facilidad con que se hablaba de intervenciones y aun de invasiones con el propósito de establecer en nuestro suelo dinastías reinantes, como si al emanciparse de la metrópoli las colonias no hubiesen, por ese solo hecho, pasado a su mayoría de edad o como si fuesen bienes mostrencos abandonados a merced del primer aventurero bastante audaz para extender la mano y declarar con énfasis: ¡ESTO ES MIO!

De existir la Confederación, no habría sido posible que se tomase en serio la tentativa de doña Carlota Joaquina de Borbón, ni habría habido en España una Reina María Cristina ni un Ministro servil capaces de secundar los temerarios planes de un General Flores, empeñado en recuperar por la fuerza el sillón presidencial del Ecuador; ni se habría producido el absurdo del Imperio de Iturbide en México, ni los disturbios civiles y la anarquía consiguiente de esa República habrían ocasionado la desastrosa guerra con la poderosa vecina del Norte y la penosa desmembración del territorio mexicano; ni habría entrado a gozar de su falso prestigio la famosa doctrina Monroe, a la que no debemos, después de todo, provecho positivo alguno; ni habríamos tenido que presenciar y soportar los horrores de la guerra de emancipación de Cuba, ni la esclavitud de Puerto Rico y Filipinas; ni habría tenido oportunidad el plan de Confederación del Mariscal Santa Cruz, ni los recelos de Chile y la Argentina habrían provocado la funesta guerra de 1837, primera semilla de discordia sembrada entre las naciones del Pacífico; ni habrían ofrecido todas estas Repúblicas a lo largo de todo un siglo el cuadro interminable y vergonzoso de sus cuartelazos, de sus motines y de sus guerras civiles; ni habría tenido que contemplar estupefacto el mundo la trágica odisea del Emperador Maximiliano, abandonado cobardemente por los mismos que lo empujaron a la aventura, y rigurosa pero justamente ejecutado en Querétaro; ni habría degenerado en una guerra tan estéril como insensata la expedición enviada al Pacífico por la Corona de España y que terminó, como había empezado, sin gloria y sin provecho; ni nos habríamos visto, peruanos, bolivianos y chilenos, envueltos en esa desgraciada guerra del 79, puesto que, co-

mo ha quedado demostrado, el pensamiento fundamental de Bolívar era el de establecer un Alto Tribunal Arbitral que fallase en derecho e inapelablemente todas las cuestiones surgidas entre una y otra de cualesquiera de las Repúblicas adherentes a su Liga Anfictiónica.

Ved cómo el genio se anticipa a su medio y a su época.

Lo que se tomó como quimera en 1826 y como quimera hubo de abortar, se realiza casi un siglo más tarde, como resultado de las laboriosas gestiones del pensamiento universal representado por los hombres más cultos de las más cultas naciones del mundo que se llama a sí mismo civilizado y que ha tomado a su cargo la tutela moral y política de la Humanidad. El Tribunal de La Haya y la Sociedad de Naciones, ¿qué son si no la ampliación del pensamiento del Libertador, que con genial perspicacia veía, por una parte, las revueltas intestinas de las nuevas y jóvenes naciones, sus reyertas de límites y, sobre todo, la natural codicia de los pueblos viejos, para quienes tendría que ser presa tentadora un Continente nuevo, formado por pueblos inexpertos, en pleno aprendizaje de la democracia, anarquizado y desunido?

Hasta 1847, o sea hasta veintiún años más tarde, no se renueva—y sólo a medias—la tentativa del Libertador. He aquí cómo nuestro ilustre historiador don Diego Barros Arana narra ese interesante episodio de la historia constitucional de América:

"El Congreso abrió sus sesiones en Lima el 11 de diciembre de 1847. En él no estaban representadas más que cinco de las nuevas repúblicas hispanoamericanas de la América del Sur, es decir: Bolivia, Chile, Ecuador, Colombia y Perú. Aunque algunas de las restantes habían prestado su adhesión al pensamiento de una Confederación americana, habían omitido el enviar sus representantes. La Asamblea, sin embargo, a pesar de hallarse incompleta, desplegó

una actividad febril y, después de algunas sesiones, aprobó, en 8 de febrero de 1848, cuatro tratados diferentes, algunos de los cuales exigían larga meditación y estudio.

"Versaban estos pactos sobre las materias siguientes: Confederación; navegación y comercio; convención de correos y convención consular. En esa misma fecha los Plenipotenciarios allí reunidos acordaron comunicar inmediatamente esos pactos a los Gobiernos de los Estados americanos que no habían concurrido a su celebración, y a los cuales se excitaba a que les prestasen adhesión, representándoles que con esta sola firma quedarían incorporados a la Confederación como si hubiesen concurrido a la Asamblea. El canje de las ratificaciones de esos pactos se haría en la misma sede de Lima en agosto de 1849, donde las partes contratantes o adherentes podrían enviar sus representantes al Congreso, y aun adicionar y reformar esos pactos y hasta formar otros. Los Plenipotenciarios dieron por terminados sus trabajos el 1º de marzo de 1848."

Y todo no pasó, desgraciadamente, de ahí. El expediente, con todas las actas de las sesiones del Congreso y las estipulaciones acordadas, fué pronto y definitivamente a parar al mismo sitio oscuro, al mismo rincón de polvo y olvido donde yacía y yace el del Congreso de Panamá. Si es verdad que el infierno está empedrado de buenas intenciones, ya sabemos cuál es el sitio a donde, si Dios no lo remedia, van a tener que dar al fin esos papeles que el tiempo hace amarillear y que la polilla agujerea con su diente insaciable.

Ahora yo me permito preguntar: "¿Debemos, con estos antecedentes, abandonar por completo, como se abandona una ridícula utopía, el pensamiento de Bolívar? ¿Debemos renunciar a la generosa ilusión de unos Estados Unidos del Sur, tan grandes, tan cultos, tan fuertes, como los del Norte? ¿O es nuestro deber de ciudadanos de una América Libre y democrática dar nuevo aliento a aquella sublime aspiración del más grande de los genios políticos de Hispanoamérica, resolviendo de una vez por todas nuestras diferencias internacionales (ninguna de ellas más importante ni más sagrada que el destino de cada uno de estos pueblos) y orien-

tando cada vez más nuestra política en un sentido francamente americanista? Yo creo que el ideal no debe abandonarse jamás; yo creo que debemos mantener como un postulado incommovible el pensamiento de Bolívar, convirtiéndolo en el *Evangelio de América* (1).

Y sentado esto, y, puesto que no tardará mucho en hacerse convicción en la mente y carne en el espíritu hispanoamericano la renuncia a todo procedimiento de fuerza, la obligación de entregar todos los problemas internacionales a tribunales de derecho; puesto que en este hemisferio antes que en el otro, será conciencia individual y nacional el horror a la guerra, yo creo, que si no es el momento de pensar en una Confederación Hispanoamericana, es la hora de trabajar seriamente por la organización de vastos grupos o bloques de naciones, a las que acerque y amalgame no sólo la simpatía (la que puede ser circunstancial) no sólo la comunidad de origen, de religión o de idioma, no sólo la proximidad geográfica (que hasta suele ser perjudicial) sino, lo que cada día se hace más considerable, la reciprocidad de los intereses, el espontáneo intercambio de energías productoras, el equilibrio económico al par de la armonía política.

(1) Bilbao, nuestro errante y proscrito filósofo, y muchos otros pensadores latinoamericanos, han insistido en la posibilidad de esta Confederación, a lo largo de un siglo. Acabo de leer, en una encuesta de "Zig-Zag", la popular revista santiaguina, opiniones de americanos eminentes, del todo favorables a esta idea que ya cumplió largamente su primer siglo de edad. Nombro a los señores De Negri, Embajador de México; Hernández Catá, Ministro de Cuba; Vargas Nariño, Ministro de Colombia; Chiriboga, Encargado de Negocios del Ecuador; Barros Jarpa, ex Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, y Montaner Bello, profesor de Derecho Internacional de las Universidades del Estado y Católica. La quimera saltó ya del cerebro de los ideólogos a la mesa de los diplomáticos y de los profesores. ¿Cuándo tardará en hacerse acción en manos de los políticos?

Yo no dudo de que algún día la experiencia, maestra de los hombres como de las naciones, nuevas y poderosas corrientes de ideas venidas del otro hemisferio, o surgidas en el seno de este mismo Continente, han de lograr abrir paso y hacer prosperar el pensamiento de Bolívar. Pero las ideas no siempre marchan con la celeridad que uno desearía, y acaso transcurra un siglo más, antes de que, tras la última conquista del derecho escrito y tras un último impulso del sentimiento colectivo, llegue aquel pensamiento a ser una realidad positiva. Pero no puede negarse que, por la vía de la inteligencia y de la buena voluntad y si no en una Confederación sobre bases semejantes a las que se establecieron en las fracasadas asambleas internacionales de Panamá y de Lima, podría y debería pensarse en una política aduanera de la más amplia puerta abierta, en una *Lovereign* que barriese, ya que no con las fronteras nacionales, sí con la oprobiosa y nociva barrera de los impuestos internacionales.

Hubo una época de grande auge para el Panamericanismo, movimiento que ha dado lugar a convenciones celebradas en diversas capitales americanas. Confieso que siempre he mirado con escepticismo estas actividades, que me parecen un simple vástago del anti-guo monroísmo (1) ya tan dejado de mano.

No es prohibiéndose bajo la tutela de una gran república anglosajona que jamás ha hecho reserva de

(1) Recomiendo a los lectores la formidable obra de resonancia continental, acerca del "Monroísmo" que acaba de publicar en inglés el joven escritor boliviano don Raúl Díez de Medina, quien, con sus cortos años, se ha revelado como un hombre de penetrante juicio y de vasta versación en materias de Derecho Internacional americano. No creo que sea necesario citar ni mucho menos reproducir, los juicios que la famosa doctrina ha merecido a los más grandes y autorizados escritores y juristas de la América Latina.

sus tendencias imperialistas, sino, por el contrario, robusteciendo su autonomía, acentuando su personalidad, y, sobre todo, buscando contacto entre ellas, y afianzándolo por la inteligencia y el ensamblamiento de los intereses derivados de la situación geográfica y de las características económicas, como creo yo que las jóvenes democracias hispanoamericanas han de responder al destino que les dió la vida.

Es posible que alguna vez los pueblos de esta América morena dejen de ser los "Estados Desunidos del Sur"—según la gráfica expresión del escritor y diplomático chileno don Emilio Rodríguez Mendoza—como una etapa indispensable de ese vasto camino por recorrer, considero factible y no sólo factible sino urgente, la formación de conglomerados parciales o zonales, desprovistos de todo espíritu agresivo y sin más finalidad efectiva que la de crecer y vigorizarse por el aprovechamiento inteligente y recíproco de sus respectivas fuerzas económicas.

No son de hoy las tentativas de las pequeñas repúblicas de Centro América en tal sentido. Es un estímulo y un ejemplo. Todo el sector del Pacífico Austral, de Colombia a Chile, podría constituir otro haz. Y estrechando aún más las posibilidades para adaptarlas a las circunstancias, y teniendo en vista los antecedentes y las consecuencias de esta guerra del Chaco—en que no hubo sino vencidos—estimo que se impone con caracteres de urgencia el acercamiento de las tres vastas Repúblicas del Sur occidental: Perú, Bolivia y Chile. No es ya una voz aislada e insignificante la que se deja oír preconizándolo: coinciden en ello los más autorizados representantes de la opinión en las esferas políticas, diplomáticas y puramente intelectuales de los tres países.

Alguien dijo que creía posible la amistad entre dos hombres, pero jamás entre dos mujeres. Yo le agregaría: "Ni entre dos naciones". Es de soñadores cándidos el tomar en serio el oropel de la literatura diplomática. Ni la historia ni la sangre, ni la religión ni la lengua comunes, ni factor alguno de orden espiritual son razones bastantes en la conciencia de los gobernantes para impedir el quebrantamiento de relaciones y la ruptura de hostilidades. En agosto de 1914 Gran Bretaña, Alemania y Rusia tenían, respectivamente, por soberanos a parientes en segundo grado de consanguinidad.

Aunque sea doloroso establecerlo, la verdad es que, si, como lo he manifestado, son los intereses de los pueblos los que encienden los conflictos de armas, también son los intereses los que vinculan y consolidan entre ellos la amistad. La naturaleza, anterior a los pueblos mismos, determina a menudo, más que otras fuerzas o factores, las inclinaciones de aquéllos. La influencia telúrica es ineludible en la plasmación de las razas y es lógico que su acción alcance a la fenomenalidad política.

Creer que un país se va a sacrificar por otro, quijotesca, es razonar en la luna. ¿Quién ayudó al Transvaal, el David boer, en su terrible lucha contra el Goliath británico? La peregrinación del Patriarca Krüger por las casas de Gobierno de la Europa continental hacía recordar la de la Emperatriz Carlota, que se volvió loca golpeando puertas palatinas en demanda de intervención en favor del desventurado Emperador Maximiliano (1).

¿Por qué, si no por su propio interés, se mezclaron

(1) Aunque molesto a algunos, he de insistir en hacer alusión al caso de Italia y Etiopía, en cuyo epílogo ha quedado como nunca de manifiesto la vergonzosa cobardía humana.

los Estados Unidos de Norteamérica en la guerra de emancipación de Cuba? Italia, en la última Gran Guerra, ¿se habría pronunciado por la causa de los Aliados si no hubiese visto que le convenía? ¿Y los propios Estados Unidos...?

Bolivia alimentó durante largo tiempo la ilusión de que la Argentina la ayudaría efectivamente en su sueño de reivindicación... y bien que se la ha visto, con razón o sin ella, probablemente con razón, acusando a la Argentina de haber querido hacer, ante el conflicto del Chaco, el papel del mono de la fábula. Por algo dicen en Bolivia: "La Argentina hizo la guerra cuando le convino y la paz cuando le dió la gana."

¿Confiaba acaso Bolivia en la función mesiánica que se ha arrogado en el Continente la República del Plata? La situación, el clima, el suelo, la raza, el momento de su aparición en la historia, todo, según sus escritores—Lugones, Rojas, Ingenieros, etc.,—conspira a dar a la Argentina una inalienable misión tutelar en Sudamérica. La vasta cuenca del Plata le pertenece. El Uruguay, antigua provincia suya, no puede ser sino su a látere. Remontando el río, se ha apoderado económica y comercialmente del Paraguay—provincia también del antiguo Virreinato—y el Paraguay no es hoy, al fin de cuentas, más que una inmensa posesión argentina, lisa y llanamente una factoría, aunque otra cosa quieran o crean los escasos y recalcitrantes patriotas paraguayos que no olvidan el histórico cuadrillazo del 65.

Lo hermoso es cuando los países no tienen intereses contrapuestos sino correlativos y complementarios. Entonces es cuando se produce espontáneamente el equilibrio; no el falso equilibrio que en determinadas ocasiones y a fuerza de intrigas obtienen los diplomá-

ticos y cuya inestabilidad es manifiesta; no el simple contrapeso de la balanza política, sino la correlación de fuerzas por ser las unas el complemento de las otras. Una paridad demasiado estrecha entre los intereses de dos pueblos puede llegar a favorecer antes que a evitar conflictos. De la igualdad de situación nace la competencia, y la competencia conduce a menudo, si no a disturbios inmediatos, a la ojeriza y al recelo. Dicen que la causa única de la Guerra Mundial debe buscarse en el favor creciente de la industria y el comercio alemanes en el mercado universal, y yo no dudo que así sea. La Argentina ha estado largo tiempo usufrutuando de las consecuencias morales y económicas de la guerra del 79, aunque su campo natural de influencias sea el Oriente y el Noreste antes que el Norte y el Oeste. Se ha dejado querer, y, desde su punto de vista, ha hecho bien.

Los que no hemos hecho bien, somos nosotros los chilenos, que no teníamos ningún motivo especial para secundar en sus propósitos a la Argentina, propendiendo a su engrandecimiento y estimulando su megalomanía, en vez de precipitar la reconciliación con nuestros ex beligerantes, apurando los medios para renovar y afianzar las relaciones de mejores tiempos. ¡Hermosos tiempos aquellos en que la agresión de un país europeo a cualquiera de las repúblicas hermanas era tomada como un agravio nacional, y en que un país como Chile, pobre y casi inerme, no tuvo vacilación en desafiar la cólera de España (1865-66) en nombre de la solidaridad sudamericana!

El reproche que arriba dejo formulado para los gobernantes y políticos chilenos, también alcanza, ciertamente, a bolivianos y peruanos. Podría afirmarse que las naciones del Pacífico Austral han desobedecido a

su instinto contrariando la inclinación de orden casi biológico que les impone la simbiosis política (1).

El gran sueño del Mariscal Santa Cruz—sin duda uno de los hombres de mayor envergadura moral e intelectual de que puede enorgullecerse Bolivia—fué estorbado y frustrado por la previsión de Portales el omnímoda. ¿Hizo bien el gobernante chileno en combatir, hasta por las armas, los planes políticos de un caudillo como Santa Cruz, empeñado en hacer uno solo del Alto y del Bajo Perú? Es ocioso divagar sobre lo que pudo ser y no sobre lo que fué, sobre lo que pudo ocurrir y no sobre lo que ocurrió. Si Paucarpata hubiese sido el punto final de la aventura, ¿qué suerte habría corrido Chile,

(1) Durante los días de mi permanencia en Bolivia, se suscitó más de una vez en la prensa esta cuestión: "¿Quién es el autor de la idea del Bloque del Pacífico? ¿Quién fué el primero en lanzarla al público?" Se designaron muchos nombres. No faltó quien me la atribuyese a mí, que en realidad había hablado de esto en reportajes y conferencias poco después de mi arribo a La Paz. No le di ni le doy a la cuestión ninguna importancia, porque quienquiera que sea su autor, lo que interesa no es dilucidar este punto, sino que la idea se ponga en marcha y se haga realidad. Lo demás es pueril.

Pero, cediendo una vez más al afán de la justicia—irrefrenable en mí—declaro que a mi juicio, los honores de la prioridad en esta materia corresponden al escritor peruano don Federico More, quien (no hoy que somos amigos y procuramos serlo más, sino en 1918, a once años del arreglo de Tacna y Arica), se atrevió, con una franqueza rayana en la temeridad, a afirmar que la salvación de Sudamérica estaba en la solución inmediata y definitiva de las cuestiones de fronteras pendientes entre las tres grandes repúblicas del Pacífico Austral y dedicó a exponer y defender esta tan atrevida como razonable tesis algunas de las mejores y más substanciosas páginas de su obra "Deberes del Perú, Bolivia y Chile ante el problema del Pacífico", llena de atisbos geniales que le valieron la excomunión política y civil de parte de sus compatriotas.

Sólo el temor de dar al presente capítulo excesiva extensión me permite resistir a la tentación de reproducir algunos acápites de la vigorosa obra de More, en la seguridad de que mis observaciones ganarían inmensamente en interés y autoridad.

Relacionado especialmente con el futuro de estas tres Repúblicas, recomiendo a los lectores el Capítulo XIV de la citada obra.

aliado del gaucho Rosas y acompañado de su simpatía? Me atrevo a opinar que la Confederación intentada por Santa Cruz, con ser muy hermosa—o por lo mismo—estaba destinada de todos modos a morir temprano. Salvo que el caudillo altoperuano la hubiese encaminado inmediatamente contra el exterior, que era lo que temía Portales y lo que justifica, en cierto modo, sus empresas bélicas y en general la guerra a que puso término la batalla de Yungay.

Al cerrarse el circuito secular, después de todas las alternativas que conocemos demasiado y sobre las cuales huelga insistir, forzoso nos es llegar a la conclusión—aparentemente paradójica—de que Chile, en vez de oponerse, debió plegarse a la Confederación de Santa Cruz.

Hasta 1842—con la abortada tentativa de una gran Liga de Estados Sudamericanos, cuyas asambleas se celebraron en Lima—no se produce nada digno de nota en las relaciones entre los tres países. El sueño de Bolívar parecía definitivamente muerto e inútiles todos los esfuerzos por hacerlo revivir. En 1865 el peligro común de la agresión española—que se miró a ratos como un solapado movimiento de reconquista—los hace entenderse y estrecharse. Los dos puertos principales del vasto litoral del Pacífico, el Callao y Valparaíso, sufren el bombardeo de la escuadra ibérica. Guerra absurda si las hay, sin objetivo práctico, sin vencedores ni vencidos. Era la gran ocasión que se ofrecía a las jóvenes Repúblicas para vincularse más íntimamente y hasta para iniciar una acción política de conjunto. Pero por esa misma época, resuelto de hecho el conflicto con España, surge en la escena un nuevo y decisivo elemento: la explotación de los yacimientos de nitrato. El problema de límites entre Bolivia y Chile, cuya solución ha-

bía ido aplazándose, se imponía ahora con urgencia. Y comenzó la discusión, se abrió la pugna de intereses, se produjo la doble alianza secreta (que estuvo a punto de ser triple), y sobrevino finalmente la guerra que nunca nos cansaremos de maldecir y lamentar...

Más desastrosa que la guerra misma ha sido su liquidación. El Perú se quedó sin salitre y Bolivia sin salitre y sin costas. Y durante casi medio siglo, con breves y esporádicos intervalos de tregua, los pueblos ex beligerantes no han hecho otra cosa que cultivar pasiones negativas: los unos, el odio contra el vencedor; el otro, su desprecio para los vencidos. He aquí la triste realidad: al grito de "redimir las cautivas", ha respondido Chile: "¡No soltéis el Morro!", y la divisa de reivindicación del litoral ha sido un arma eficaz en la política interna de Bolivia. Callaron los cañones, se envainaron las espadas; pero siguieron funcionando las plumas y las lenguas...

Cada cual tiene su parte de culpa en este error de tan enormes consecuencias. Ninguno de los tres pueblos dió la importancia que tenía, a una rápida y definitiva reconciliación. La guerra cruenta había cesado; pero seguía activa, como un volcán en erupción, la guerra moral, el conflicto de pasiones. Tanteando en el espacio, Chile buscaba acercamiento con países lejanos: con el Ecuador, para contrarrestar la acción del Perú; con el Brasil, sabiéndolo émulo de la Argentina. El Perú y Bolivia, por su parte, sin dejar de menudear, desde la escuela misma, su artillería de adjetivos para el enemigo de ayer, halagaban—con ilusión tan explicable como vana—las aspiraciones mesiánicas de la Casa Rosada. El momento actual es, a mi juicio, decisivo. Frente al conflicto del Chaco, la Cancillería del Plata ha hecho esfuerzos inauditos por atraer a Chile

a su órbita de acción. Por fortuna este país, que al principio dió muestras de no atreverse a modificar su pauta de complacencias para con la política internacional argentina, ha reaccionado.

Y aunque no haya podido evitarse que la Cancillería del Plata aparezca haciendo y deshaciendo, con ambas manos, en todas las piezas del tablero, estorbando por un lado el entendimiento comercial de Chile y el Perú, enfriando, por otro, nuestras relaciones ya tradicionales con la Confederación del Brasil, metiéndose bajo un brazo al Uruguay y bajo el otro al Paraguay, tampoco sería justo ni habría por qué desconocer que se han producido, de parte de Chile, signos de independencia y entereza que, por venir de quien vinieron y por la hora de su revelación, han debido tener un efecto y una significación decisivos.

Las declaraciones del Presidente de Chile, hechas en vísperas de la anunciada visita del de la Argentina al Santa Lucía y, con posterioridad a las maniobras de la Cancillería del Plata en el Rimac, no son sólo una demostración de que nuestro Gobierno se ha resuelto a no seguir pareciendo atado al carro de victoria de su vecino de ultracordillera, sino que, definiendo en buena hora posiciones ambiguas, convencionales y dudosas, ha venido a resolver la incógnita de la acción política internacional de ambos países—la Argentina y Chile—en relación con su situación geográfica.

De acuerdo con la expresión de don Bernardo de Irigoyen, frase histórica a la que se ha dado por los argentinos el carácter de un postulado inconvencible, hay que decir ahora: a Chile, ni una pulgada en el Atlántico; a la Argentina, ni una pulgada en el Pacífico. Se entiende que no se trata aquí de mensurar tierras o mares sino radios de influencia política.

Por encima de la estricta cuestión de límites entre el Paraguay y Bolivia; por encima de la posesión soberana y exclusiva de un pedazo de territorio inculto cuya inhospitalidad ha diezariado a los ejércitos más que los proyectiles mismos; por encima de la presunta explotación de los quebrachales y de las fuentes petrolíferas de propiedad de una de las partes beligerantes, y, sin perjuicio de la acción que, dentro de su esfera, haya ejercido y habrá de ejercer la Sociedad de Naciones y con su autorización expresa, las Conferencias de Paz de Buenos Aires, surge y se cierne, con caracteres demasiado visibles, la irradiación de influencias de las dos Repúblicas del Sur en el sentido boreal.

Lo he dicho y lo repito ahora: en la guerra del Chaco, no ha importado tanto, al fin de cuentas, establecer la superioridad entre dos países mediterráneos, como la futura hegemonía de Suramérica. *La cuenca del Plata frente a los Andes: el Atlántico versus el Pacífico.*

Eso y no otra cosa es lo que se juega actualmente en las deliberaciones de internacionalistas que se celebran a la sombra de la Casa Rosada. Al silencio de los campos de batalla responde el tecleo de las máquinas de escribir. La guerra, interrumpida en los breñales, continúa sobre el papel sellado. Aun puede haber vencedores y vencidos.

Victoriosa o no, al salir de este trance Bolivia se verá obligada para con sus vecinos del Pacífico, no por gratitud (que eso no cuenta entre naciones), sino por su propio interés. Es la simbiosis de los organismos políticos, en mucho semejantes a las que se producen en el campo biológico.

De todos modos, es decir, cualquiera que sea el resultado de la guerra, veo yo como fenómeno inaplazable el acercamiento de las naciones distanciadas por

el conflicto del 79. A partir de 1929, hay que creer en la amnistía efectiva entre peruanos y chilenos. En cuanto a los bolivianos, por una parte, las duras pruebas de esta guerra les habrán demostrado que no es de la cuenca del Plata de donde pueden esperar cooperación y amparo, y, por otra parte, la presencia de los chilenos en su ejército, debe estar diciéndoles con toda claridad que el instinto de los pueblos no es una cosa vana. Los chilenos adivinaban, y ahora saben quiénes son y dónde están sus verdaderos enemigos... No es del lado del Paraguay, precisamente, de donde ellos esperan la agresión que habrá de producirse en día no lejano y para la cual, so pena de sucumbir, tienen que hallarse preparados.

La presencia y actuación de militares chilenos, movimiento espontáneo que los obstáculos y las intrigas parecen acrecentar en vez de disminuir o entorpecer, tienen ahora significación más importante todavía. Si los hombres, lo mismo que los pueblos, necesitan conocerse para llegar a comprenderse y estimarse, es indudable que de este contacto estrecho de corazones e inteligencias al servicio de una gran causa común, tienen que esperarse muchos y muy hermosos frutos en el orden político de las dos naciones, en no lejano porvenir. Chile debe apresurarse a satisfacer la aspiración de Bolivia a salir de su condición mediterránea y respirar el aire del océano; es una aspiración natural y legítima. Bolivia, por su parte, tendrá que acordar compensaciones en el orden comercial. Lo primero que se viene a mientes es la aspiración de Chile a dejar de ser tributario de la Argentina en el suministro de un artículo tan primordial como la carne. Mientras una inteligente política agropecuaria de fomento de las propias producciones no nos permita contar con dehesas

propias, con pingües campos de crianza, una guerra con nuestros vecinos del Oriente nos colocará siempre a las puertas del hambre y de la inanición. Pues bien, si actualmente, y por la vía Argentina, se introducen en Chile bovinos procedentes de las comarcas agrarias del Oriente y del Sur bolivianos, no veo por qué no podría Bolivia llegar a substituir por completo a la Argentina en el renglón de nuestras importaciones de ganado. Chile, en cambio, y eso es muy sabido, tendría infinitud de productos naturales y manufacturados que importa Bolivia.

Un capítulo de inmensa importancia, es el de las comunicaciones internacionales. Antes o después de obtenida por Bolivia su salida propia hacia el Pacífico, esta importancia es evidente, es axiomática, y desconocerla sería ridículo y absurdo. No bastan las arterias ferroviarias de Arica y Antofagasta. No bastan las intercomunicaciones aéreas, recién establecidas por una poderosa entidad particular, bajo la protección de ambos Gobiernos. Hay que afrontar seriamente el problema de las carreteras. Este es el siglo del petróleo y del motor liviano. Que a ejemplo de Oruro y de Iquique, que desde hace ya tiempo, están tendiéndose desesperadamente las manos, de cada ciudad del interior llegue a cada puerto de la costa, y viceversa, el chorro fecundante de la vida en las ruedas del automóvil y el camión de carga. Hay que acabar en lo interior con la matadora solución de continuidad entre las regiones agropecuarias del Oriente y del Sur, y el Altiplano; pero hay que acabar, también, en lo exterior, con la que hasta ahora ha entorpecido el intercambio del Altiplano y nuestra zona salitrera. ¡Guerra al aislamiento! Sin caminos, no hay fraternidad, y fuera de la fraternidad, no hay salvación...

Respecto al Perú, el problema nos parece para nosotros mucho más fácil todavía. Entre uno y otro país se halla abierto, desde la Conquista y la Colonia, la ancha e incomparable vía del Océano. Ahí sí que es el caso de decir: "todo nos une, nada nos separa". A este propósito, debe recordarse que jamás, ni aun en los períodos de más febril agitación internacional, en el curso siempre lleno de alternativas, del litigio de Tacna y Arica, se produjo solución de continuidad en la corriente comercial de uno a otro país. Es uno de los frutos más claros y precisos de eso que se ha llamado la interdependencia económica de los países.

Recuérdese cuán intenso era ese intercambio hasta los desgraciados días del 79 y se verá si no es justo deplorar, como lo estoy haciendo, un conflicto de tan largas y onerosas consecuencias, y si no es oportuno decidirse a probar el movimiento andando, es decir, a recurrir a las fuerzas vivas de cada una de las tres naciones—a los maestros, a los políticos, a los escritores, a los militares, a los industriales, a los comerciantes, a los obreros (que obreros somos todos de nuestro propio destino)—para establecer una política de conjunto, aunando y armonizando nuestros intereses, correlacionándolos, desentendiéndonos por completo de los países del Atlántico—que allá se las hayan—rectificando la línea y volviendo al rumbo que empezó para nosotros con la aurora de nuestra emancipación.

Sería insensato no aprovechar todas las lecciones de la dura experiencia bélica. Si en el orden social, económico y político la guerra ha servido siquiera para intensificar la vialidad interna y para crear lo que pudiéramos llamar la compenetración territorial, no es menos considerable la visión que a ella debemos de nuestras proyecciones hacia el exterior. Coincido en

ello—y a mucha honra—con hombres eminentes de Bolivia, del Perú y de Chile. La contienda del Chaco, desde sus prolegómenos hasta su desenlace, crea grandes responsabilidades de orden internacional a los gobiernos y a los pueblos del Pacífico. Por eso, con la tregua que ha venido a afianzar la paz, no se ha hecho más que bajar el telón sobre un acto del drama. A la desmovilización ha de seguir la normalidad. Bien, pero ¿y después?

Las peores consecuencias de una guerra entre vecinos estriban en la pasión que siembran y que no siempre, por desgracia, se tiene la nobleza y la previsión de extirpar. Se acaba la tragedia de sangre en el campo feral, se desarman las tropas, se celebran solemnes tratados de paz y de amistad, se reconcilian los Gobiernos; pero la guerra continúa latente en los espíritus, los pueblos siguen odiándose y recriminándose, y no es raro ver a caudillos políticos inescrupulosos estimular en su provecho este estado de morbosidad letal de la opinión. Morbosidad letal que también suele explotarse, con no poca eficacia, desde más allá de las fronteras.

Abisma pensar en la suma de daños que ha significado para estas tres Repúblicas la desinteligencia que han mantenido sus gobernantes y políticos, únicos responsables, al fin de cuentas, del porvenir de los pueblos que a ellos entregan sus destinos.

Bolivia se ha quejado, y no sin razón, en todo el curso de la reciente guerra, de su penoso aislamiento, de no haber encontrado un solo verdadero amigo entre todos sus vecinos. Creo que otro tanto les ocurriría, en caso análogo, a Chile y al Perú. Pero, ¿es que alguno de ellos ha sabido olvidar? ¿Para alguno de ellos ha sido efectiva la amnistía?

Por razones de toda índole, estos pueblos del Pacífico austral están llamados a vincularse estrechamente. Sus intereses, lejos de ser contrapuestos son complementarios. Eso ya se ha dicho y repetido hasta la saciedad. Si hay que renunciar por el momento con un gesto aplazatorio al generoso sueño de Bolívar, nada impide abrir paso a la visión de la unidad de estas tres jóvenes naciones, a las que sólo deplorables divergencias han podido venir a colocar en un plano secundario.

No soy un jurisconsulto ni un internacionalista, ni espero serlo jamás. No soy más que un hombre de buena voluntad, un ciudadano libre de la Libre América. Hago uso en toda su amplitud, de mi derecho a emitir mi juicio de escritor americano frente a la situación que emerge de la paz del Chaco, fenómeno en cuya producción no sería justo desconocer nada de la iniciativa que le ha cabido al Gobierno de mi patria.

Creo que, dejando a un lado la hojarasca literaria y aun jurídica de que se echa mano en editoriales y discursos de ocasión, es tiempo ya de que la política internacional de los países del Pacífico austral se oriente con inteligencia hasta ahora desconocida y en un sentido que nos permita recuperar, a corto plazo, todas las ventajas que hemos, con ánimo ligero, desdeñado. Creo que (no importa el nombre: entente, bloque, alianza, confederación o lo que fuere) existe, en potencia, una gran potencia política: la que nos hizo fuertes frente a España en 1865, y la que nos haría fuertes en lo sucesivo contra toda posible tentativa del imperialismo extranjero.

Han vertido apreciaciones análogas hombres de reconocida preparación jurídica y de bien ganado prestigio en el Continente, como el Excmo. señor Ostria Gu-

tiérrez, Ministro de Bolivia, y más recientemente aun, el político y financiero chileno don Agustín Edwards. No es que yo quiera vanagloriarme de tan ilustre compañía. Mis pretensiones son más modestas, y se limitan a dejar constancia de un hecho demasiado elocuente para pasar inadvertido. Hay ideas que, apenas puestas en marcha, invaden todo el campo de la conciencia pública. Yo estoy seguro de que, cuando las Cancillerías se decidan a encarar la cuestión, su trabajo se reducirá a poco más que a protocolizar lo que ya, en forma de aspiración nacional, palpitaba íntimamente en el alma de los tres países.

Conviene, sí, puntualizar, definir concretamente el alcance internacional del Bloque del Pacífico. Nada se presta tanto a susceptibilidades, a suspicacias y a erróneas interpretaciones como iniciativas de esta índole, cuya trascendencia resalta al criterio del menos avisado. Desde luego, hay que decir que el Bloque de que tanto se comienza a hablar, no importa una amenaza para nadie que esté cerca o lejos, y por excesivas que hayan llegado a hacerse las ambiciones de hegemonía de determinado país sudamericano. No se trata de una alianza ofensiva ni defensiva—y mucho menos secreta—sino de una entente encaminada, en primer término, a rectificar errores en el rumbo de la política seguida hasta ahora, y especialmente después de la guerra del 79, y como una deplorable consecuencia de ella, por las tres naciones del Pacífico austral.

Ya he dicho y vuelvo a repetirlo, que más penosa que la guerra misma ha sido para estos tres países su liquidación. Con respecto a Bolivia, el pacto de tregua se prolongó por casi un cuarto de siglo; y en cuanto se refiere al Perú, nadie ignora que el embrollo de Tacna y Arica sólo ha venido a resolverse en 1929, o sea

cincuenta años después de la declaratoria de guerra e iniciación de las hostilidades. En realidad, la guerra no ha terminado nunca, porque, terminada en los campos de batalla, ha continuado en los espíritus. Y este es, precisamente, el error de que todos debemos confesarnos responsables y que urge corregir y borrar hasta en sus más lejanas y diminutas consecuencias.

Durante cincuenta años, peruanos y bolivianos, de una parte, y chilenos de la otra, hemos estado repugnando la amnistía. Y la paz sin amnistía, sin una abdicación completa de las pasiones engendradas por la guerra, es casi tan nociva como la guerra misma.

No estará de más recordar aquí—ya que es conmovedora su elocuencia—el caso de Alemania frente a tres de sus potencias vecinas, sucesivamente vencidas en otras tantas guerras: Austria, Dinamarca y Francia. El Gran Canciller de Hierro era (imperialista al cabo) partidario de vencer totalmente al enemigo: de vencerlo, pero no de humillarlo. En la liquidación de los dos primeros conflictos logró hacer prevalecer su sistema, consiguiendo con ello, y sin mayor esfuerzo, transformar en amigos y aliados a naciones que le fueron hostiles. ¡Admirable política! En cambio, frente a la Francia vencida del 70, toda su voluntad de no humillar a esta nación hubo de estrellarse contra la ruda terquedad del Emperador y su soberbia camarilla de jefes militares, y se vió obligado a transigir, contentándose con reducir considerablemente la indemnización que, sin ningún sentido político del porvenir, pretendían exigir aquéllos. Y, sin embargo, como es bien sabido, la Alsacia y la Lorena (signos y pruebas de la "revanche") fueron la simiente morbosa de la guerra del 14 al 18, a la que no tengo necesidad de aplicar ningún calificativo.

Falta nos ha hecho a los chilenos imitar más a Bismarck y menos al Emperador.

No basta firmar la paz. Fardos de papel sellado resultan inútiles cuando los espíritus permanecen con el arma al brazo. Es preciso olvidar, no sin dejar de aprovechar, por eso, las lecciones de la experiencia. Pesada y funesta herencia sería la de las generaciones si tuviesen que cargar indefinidamente con los odios que son la consecuencia de los errores del pasado. Ya es sobrado tiempo de que depongamos las pasiones, y de que la amistad se desborde del estrecho campo de las Cancillerías y del intercambio comercial para ganarse el corazón de los pueblos (1).

¿Cuál de los tres países ha ganado con retardar la solución de continuidad que se imponía a esta situación de recelos, de desdén, de atizamiento constante de los odios y de la sed de represalia? Pueda ser que alguien haya sacado provecho de semejante situación; pero seguramente no ha sido ni Bolivia, ni el Perú, ni Chile. Por eso, a treinta años del Tratado de Paz y Amistad con Bolivia, y a seis del arreglo definitivo con el Perú, no es dable que parezcan sospechosas las voces de reconciliación y de nueva orientación, que vienen de Chile, ni a nadie puede extrañar que esas voces

(1) En el curso del presente año ha tenido algún revuelo en la prensa y en otros círculos de la opinión chilena la noticia de haber acordado el Gobierno del Perú invertir no sé qué millonadas de soles en la adquisición de barcos de guerra, aviones y armamentos modernos. No creo que sea Chile quien principalmente tenga que preocuparse por esto. Pero, como quiera que sea y aun en el supuesto de que figurásemos aún en la mente de los gobernantes peruanos en la lista de los posibles enemigos de su patria, mayor oportunidad cobraría mi tesis y mayor contenido de realidad habría en mis expresiones. Querría decir que sobreviven al arreglo de la vieja cuestión de las cautivas los odios y los recelos fraticidas en que se educó a las generaciones y que éstas no han sido capaces de reaccionar contra ellos, a pesar de los acercamientos e inteligencias a que se ha llegado en el terreno de los intereses económicos. Yo no lo creo así.

encuentren eco simpático en la opinión de Bolivia y del Perú.

El punto de vista chileno es el de que, liquidada, buena o malamente, nuestra cuestión de límites con la República Argentina, el Oriente ha perdido todo interés para nosotros. No es que no queramos ser amigos de los argentinos. Por el contrario, nos interesa que lo seamos siempre. Es sencillamente que, al otro lado, desde el Cabo de Hornos hasta Arica, tenemos más de dos mil millas geográficas de costa; es que al otro lado del Océano, nuestro escenario natural, y al Norte y al Noreste, dos grandes naciones a las que todo nos acerca y con las que todo nos obliga.

CAPITULO CUARTO

De dónde viene el peligro

He formulado antes mi voto en el sentido de que ojalá las Conferencias de Paz de Buenos Aires entreguen la solución definitiva de las dificultades de fronteras que han llevado al terreno de las armas al Paraguay y Bolivia.

No necesito esforzarme mucho para que se crea en la sinceridad de ese voto, ya que, por una parte, me llevan a él mis convicciones pacifistas, y ya que, por otra, me asiste la certeza de que, de no alcanzarse allí esa solución definitiva, la inquietud de Sudamérica habrá tenido apenas un compás de espera.

No sólo Bolivia y Paraguay, todos los países neocontinentales que aun mantienen pendientes—aunque sea en detalles de demarcación de líneas y colocación de hitos—sus cuestiones de límites, deben apresurarse a resolverlas, o directa y espontáneamente, con amplio espíritu de solidaridad y de armonía, o entregándolas al estudio y resolución de árbitros autorizados en derecho.

En el caso que me ocupa, se impone una sentencia de carácter neto y taxativo, que no dé lugar a dudas, que serían fuente de nuevas dificultades. Importa poner atajo a la tendencia expansionista de la República Argentina en el sentido boreal—ya ha devorado bastante—y en caso de que esta tendencia no pase de ser un cargo injustamente hecho a su Cancillería, importa

que cesen de una vez por todas las falsas imputaciones y los celos sin fundamento.

A la Argentina la ha dañado profundamente, en su reputación de buena vecina ante el concepto boliviano, la actitud que se la ha visto asumir en todo el curso de la catástrofe recién conjurada. Ante el concepto boliviano, he dicho, y debo agregar que también ante el de otros países, como Chile, a los que la Cancillería del Plata ha promovido, como lo haremos ver más adelante, querellas relacionadas con una cuestión que todo el mundo ha creído definitivamente fallada: la soberanía del Estrecho de Magallanes y la posesión de las islas del Sur del Canal Beagle.

Las declaraciones hechas en marzo último por el Presidente de Chile—que algunos han estimado extemporáneo fruto de un espíritu inquieto o de un temperamento vehemente—demuestran que en la República más austral del Pacífico no se tiene, respecto de la política exterior de su vecina del Oriente, toda la confianza que debe existir entre naciones tradicionalmente amigas. Esas declaraciones, por las circunstancias en que fueron hechas y por la alta investidura de quien las profirió, tienen una importancia y una significación que no han podido paliar ni atenuar las explicaciones que, necesariamente, hubieron de sucederles...

Para la Cancillería del Mapocho no son un secreto los manejos de la del Plata, ni nosotros hemos podido dejar de tomar en cuenta las expresiones altisonantes del Presidente Justo y de los jefes de las fuerzas armadas de la República Argentina, tan en desacuerdo con el alardeado pacifismo de su política exterior y lanzadas en ocasión demasiado memorable para que sea posible desestimarlas.

Sería menester, por otra parte, que fuésemos de-

masiado cándidos si no apreciásemos en lo que valen las manifestaciones, bien poco simpáticas para Chile, que se han dado a conocer con motivo de la visita del Presidente del Brasil a Buenos Aires y en todo el curso de las negociaciones entabladas en esa misma capital para producir, junto con el avenimiento entre los beligerantes del Chaco, la quietud continental.

Chile y sus vecinos del norte no pueden menos de reparar en el visible desagrado con que en el Oriente—especialmente en el Paraguay y en la República Argentina—se ha comentado la formación del Bloque del Pacífico, idea que no es una invención de última hora, pero de la que se viene hablando con insistencia, desde hace ya más de un año, en los tres países que distanció la guerra del 79. ¿Por qué les quita el sueño una tentativa como ésa, que si algo tiene de admirable es que no se haya producido mucho antes?

El Bloque del Pacífico—o, para emplear un modo de expresión convencional puesto ya en boga—el B C P sudamericano, no tiene ni la excesiva amplitud del panamericanismo (que incluye hasta los Estados Unidos) ni la artificiosidad de fórmulas como el A B C, definitivamente y en buena hora desaparecidas de la realidad internacional sudamericana. En el A B C sí que había indudablemente la revelación de un espíritu de hegemonía, una como convicción jactanciosa de supremacía política que no podía ser grata a la generalidad de las Repúblicas.

En el Bloque del Pacífico no se ve otra finalidad que la de la inteligencia entre países vecinos de situación geográfica común y de características económicas complementarias, que—prescindiendo de factores morales, o sentimentales ya anacrónicos—procuran el progreso y

el engrandecimiento total por los de cada una de las partes.

No se trata, en realidad, de una simple fórmula jurídica—de una doctrina, más o menos vacua y pomposa—ni de una combinación de potencias con vistas a imponer su intervención o sus dictámenes más allá de las fronteras. Es simplemente la asociación de tres nacionalidades definidas cuyos intereses, lejos de contraponerse, se completan, y que, respetando exquisitamente la autonomía de cada una, buscan dentro de sí mismas el secreto de la fuerza económica y política que las hará grandes y respetables.

Bolivia, a quien se clausura por el Oriente el desahogo a que naturalmente y en perfecta justicia propendía, lo encontrará, en Occidente, por el mar, de que una guerra desgraciada le desposeyó. Ella y el Perú cuentan en abundancia con las materias primas que Chile, país más industrial, transformará en obras manufacturadas. Tratados comerciales que en su hora han de perfeccionar los que están llamados a hacerlo, proporcionarán a éste productos como la carne, el café, el azúcar, el algodón, etc., o el petróleo, de que su suelo o su subsuelo carecen, relativa o absolutamente.

Políticamente distanciados, como hasta ahora, o simplemente aislados, cada uno de estos tres países serán siempre una tentación para las ambiciones próximas o remotas. Unidos, entrabados, formarán en población, en riqueza y en medios defensivos, una potencia capaz de poner atajo a todos los sueños de hegemonía o de imperialismo, dentro o fuera del Continente.

No es majadería dejar establecido una vez más que tampoco se trata de una alianza, ni secreta ni pública, con propósitos de encubierta o franca agresividad. Eso sería sencillamente incurrir en la inveterada

debilidad, ya reprochada a los sudamericanos, de imitar simiescamente lo europeo. El Bloque del Pacífico, la inteligencia de los tres grandes países australes de la banda occidental, sería la mayor garantía de paz en el Continente, pues definiría el rumbo de las actividades internacionales en conformidad a la situación geográfica.

Poniéndose en el caso remoto—pero de ninguna manera improbable—de una guerra con cualquiera de sus vecinos, salta a la vista la inferioridad de Chile, no sólo en cuanto a población movilizable (que eso no es siempre decisivo) sino muy particularmente con respecto al poder ofensivo—al armamento—y al no menos importante capítulo del aprovisionamiento. A Chile, rotas las hostilidades con cualquiera de sus vecinos, le faltarían dos artículos primordiales: la *carne*, en cantidad suficiente para la alimentación de sus soldados, y el *petróleo* para el servicio de movilización aérea y terrestre.

—Usted se equivoca—me ha dicho alguien, en tono pontifical—, tenemos carne y petróleo en Magallanes.

—Sí, señor. Pero, precisamente, Magallanes es el objetivo absorbente de la codicia transandina. Esos productos magallánicos son, precisamente, los que estimulan más vivamente las tendencias imperialistas de nuestros vecinos. La guerra que en hipótesis contemplo tendría por teatro el Estrecho y toda la región insular y peninsular adyacente. Los gobernantes argentinos, con criterio mussoliniano, creen necesitar de nuestra Patagonia, y ¡ay! de nosotros si cuando estimen elegido el instante de tomar la iniciativa, no nos encontremos en condiciones de resistir y repeler la agresión. En Chile hay todavía muchos que ponen en duda la existencia de petróleo en Tres Puentes y otros parajes magallánicos: los argentinos saben demasiado bien que esa exis-

tencia es efectiva, como sabían también la de los pozos bolivianos, antes, mucho antes de estallar el conflicto del Chaco.

En agosto de 1933, de regreso de España a mi país, tocóme ser compañero de viaje en el "Virgilio" con un ilustre ciudadano boliviano, el Dr. don Manuel Cuéllar, médico eminente que, después de estudiar y recibir su título en París, ha ejercido su profesión y pasado allí gran parte de su vida. El Dr. Cuéllar retornaba a Sucre, su ciudad natal, en compañía de su familia, deseoso de servir a su patria en forma efectiva, con su larga experiencia de facultativo, en los departamentos sanitarios, y hasta con su sangre. Su primogénito, Manuel, le acompañaba, y, naturalmente, apenas restituído al suelo patrio, se dirigió al frente en calidad de suboficial.

Curiosidad de estudioso, y también resabios de antiguo periodista, me llevaron a someter al Dr. Cuéllar a un reportaje a propósito de la guerra ya desencadenada, y sólo conocida en Europa con la deficiencia propia de la escasa importancia que la prensa da por allá a los acontecimientos de la política sudamericana. Transcurridos ya casi tres años, desde entonces, hecha la paz entre los ex beligerantes, canjeados gran parte de los prisioneros, las expresiones de mi entrevistado mantienen su valor de actualidad, como puede verse por los fragmentos que reproduzco en seguida:

A fin de desvanecer en su ánimo todo escrúpulo, empiezo por expresarle que me interesaría conocer la cuestión desde su génesis (que es, precisamente, lo que más ignoro) y que no le doy sino una muy relativa importancia a las informaciones cablegráficas sobre operaciones bélicas, pues me doy sobrada cuenta de cuanto hay en aquellas de exageración y aun de invención.

—Y de invención interesada—me replica él—de invenciones de mala fe. Porque no se trata de simples "platos" fabricados por las agencias noticiosas para saciar el apetito de novedades de sus lectores, sino de una acción sistemática, de propaganda parcial, a base

de patrañas, encaminada a engañar a la opinión del mundo. Esta es una labor que Bolivia, segura del derecho absoluto que le asiste, de la clara justicia de su causa, ha descuidado realizar.

—Según eso, el Paraguay gastaría tanto en propaganda como en municiones...

—Paraguay—dice mi interlocutor, como subrayando la frase— o alguna República más poderosa y más rica.

Antes de preguntar, vacilé un instante, tratando de adivinar a qué República puede el señor Cuéllar aludir. La obsesión yanqui me hace pensar fugazmente en la Casa Blanca; pero, desechada esta imagen, se me viene a las mientes la de la Casa Rosada.

—¿La Argentina?—pregunto.

—Efectivamente—me responde—. Ni yo ni ningún boliviano duda de que el Paraguay no se habría metido jamás en esta aventura si no se viese respaldado, excitado y empujado por ciertos poderosos intereses argentinos que codician la posesión de los territorios del Chaco, que son la reserva de toda la Bolivia oriental. Pero, en fin, si a usted le parece, comencemos por el principio, que ya habrá tiempo para que volvamos sobre este punto.

Y teniendo ante los ojos un mapa de Sudamérica que busco y encuentro entre mis papeles, vamos familiarizándonos con la geografía de Bolivia desde antes de la creación de esta República, para llegar a la conclusión de que ni el Paraguay ni nación alguna, aparte de Bolivia, puede ostentar títulos serios, documentos que hagan derecho, sobre territorios que la guerra de emancipación dejó perfectamente delimitados como suyos. Las tentativas del Paraguay no son cosa de reciente data, pero sus intromisiones son, en cambio, absolutamente injustas y abusivas. Siempre se consideró el río Paraguay como el límite oriental de Bolivia, así como el río Pilcomayo es su límite austral; el Chaco boliviano viene a ser, por consiguiente, todo este sector territorial comprendido entre ambos ríos, salvadas las últimas estribaciones de la falda oriental de los Andes. Insisto en que el Paraguay se ha metido en esta aventura contra todo derecho; pero no sólo contra todo derecho, sino también contra toda conveniencia para él.

—¿.....?

—No lo dude usted. Bolivia, que para el Altiplano, o más bien dicho, para toda su parte occidental, tiene asegurada la salida de sus productos por Arica y Antofagasta, creía y cree tener derecho a contar con la vía fluvial del Paraguay y el Plata hacia el Atlántico, para toda su vasta y aun virgen región oriental, a la que la lejanía y dificultades de vialidad mantienen en el aislamiento, pero que una vez entregados a la explotación industrial sus riquísimos veneros petrolíferos, buscará, como el agua, su cauce natural, que es el de la cuenca de aquellos grandes ríos que van a desembocar en el Atlántico. Pero esto, lejos de perjudicar al Paraguay (y ello es de la más elemental lógica), le sería de inmenso provecho económico. Desgraciadamente, en vez de reconocernos el derecho de

acceso al río y el consiguiente aprovechamiento de la vía, se nos meten en casa, y alegando títulos sin base jurídica ninguna, abusando aún de las circunstancias para nosotros desfavorables de tratarse de territorios tan apartados, tan faltos de recursos de vida y de tan difícil acceso, procuran por el doble procedimiento de la agresión bélica y de la propaganda tendenciosa, CREAR un derecho—el de ocupación—, pues demasiado saben que no les asiste otro.

—¿De modo que Bolivia no ha provocado ni desea la guerra?

—A pesar de que tenemos confianza en nuestra superioridad de beligerantes frente al Paraguay, es perfectamente sabido que ni hemos provocado este conflicto ni nunca lo hemos deseado, y desde el comienzo no estamos haciendo otra cosa que tratar de evitar que se haga inevitable, no rehusando ninguna insinuación de neutrales o de amigos, y dispuestos en todo momento a someter la cuestión a un tribunal arbitrador. Sentimos que la obcecación paraguaya, al servicio de intereses aun más poderosos que los del Gobierno argentino, nos hayan obligado a realizar el esfuerzo de movilización más grande en que Bolivia se haya empeñado jamás. Hay que conocer, como yo la conozco, toda esa región, para darse cuenta de lo que significa poner y mantener en el Chaco, más allá de Santa Cruz y de la más remota población, un ejército de cuarenta mil hombres de las cuatro armas, que es preciso amunicionar y avituallar por la vía aérea...

—¿En qué se fundaría la afirmación o la creencia de que los paraguayos no obrarían en realidad por interés propio, sino más bien obedeciendo a maniobras de algún Gobierno extraño?

—La incontrastable influencia argentina en el Paraguay es una realidad que sería pueril desconocer. El Paraguay es ya casi un dominio colonial argentino. Mientras a nosotros nos ha negado el Gobierno argentino, en plena paz y siendo amigos, los medios de atravesar con un oleoducto una faja de su territorio hasta la ribera del río Bermejo, para sacar por allí nuestro petróleo, se ha demostrado públicamente que el Ejército paraguayo cuenta no sólo con armamento, municiones y máquinas de guerra, sino con gente de tropa y oficiales de procedencia argentina, que, en verdad o en apariencia, han dejado las filas del servicio activo en su país. Toda su prensa (salvo la de oposición) se ha mostrado ostensiblemente favorable a la causa paraguaya, y seguramente lo mismo ocurrirá con la opinión pública, que bien sabemos cómo se forma. Y es la Argentina la que, so pretexto de neutralidad a todo trance, ha cerrado para nuestro armamento la entrada por el río de la Plata y ha maniobrado con éxito para que Chile, de cuya amistad no podemos dudar, proceda en análoga forma con respecto a Arica y Antofagasta. Es decir, que mientras los paraguayos, que nos han agredido por sorpresa, siguen manteniendo vivo el conflicto con las armas en la mano, asaltándonos fuertes y clavando banderas en tierras que un derecho secular ha consagrado como nuestras, la guerra diplomática encabezada por una nación pseudo-neutral procura por todos

los medios embotellarnos o bloquearnos. Es como si le atasen las manos a un hombre en el preciso instante en que se prepara a defenderse. La única puerta por donde nos es posible por ahora introducir elementos de defensa es la de Mollendo, en el Perú. Parece indudable que el Gobierno del Rimac ha sido menos dócil que el del Mapocho a las sugerencias de la diplomacia rioplatense. Como quiera que sea, nosotros, que, como ya le he dicho, ni provocamos ni deseamos este conflicto que ya nos cuesta enormes sacrificios de sangre y de dinero, estamos resueltos a demostrar que no es el de la guerra el mejor procedimiento que se podría emplear para amedrentarnos, y demostrar también que en Bolivia hay bastante conciencia cívica como para saber que por encima de todos los intereses extraños, así sean en apariencia los más respetables, están los altos intereses de la salvación nacional. En Bolivia es un secreto a voces el hecho de que en Argentina existen grandes sociedades anónimas en las que tienen participación encumbrados personajes y las cuales han obtenido del Gobierno del Paraguay enormes concesiones radicadas en el Chaco boliviano... Huelgan los comentarios. Esto explica sobradamente la actitud manifiestamente hostil de la opinión argentina hacia nosotros, que hemos creído ser siempre leales amigos suyos. A pesar de todo, Bolivia no ha rehuído jamás la intervención del llamado A B C P, segura, como está, de que un juez internacional no necesitaría ser un Salomón para dictar un fallo en armonía con sus intereses, que son los de la justicia y el derecho. El Paraguay ha llegado hasta a declararnos formalmente la guerra, después de meses de acción bélica y continua y de ofensiva por medio de la más amplia publicidad venal. Verdad es que luego, asustado de la sanción que irrevocablemente había dejado caer sobre él la Sociedad de Naciones, ha vuelto sobre sus pasos.

—De manera que, en definitiva...

—Tengo confianza en que habrá de imponerse la razón sobre la pasión, y los dictados de la justicia sobre los apetitos de la ambición particular. El pueblo argentino no es enemigo nuestro, ni tiene por qué serlo, y no sería extraño que la opinión se llamase a engaño y ante su autoridad incontestable en un gran país democrático, el Gobierno federal argentino depusiese su actitud. Mientras tanto, siempre que no se nos exija (como lo ha pretendido el Paraguay bajo la inspiración de la diplomacia rioplatense) suspender las hostilidades, pues esto sería darle gratuitamente al enemigo ventajas a que no tiene derecho, estamos dispuestos a propiciar toda solución conciliadora, y acatar, haciendo honor a nuestra buena fe internacional, el fallo de todo tribunal de derecho. Nuestros títulos son claros como la luz del día, y si los defendemos con las armas en la mano, es porque nos vemos compelidos a ello. No pretendemos meternos en la casa de nadie; lo que queremos es que nadie se introduzca en la nuestra..., por lo menos sin llamar a la puerta".

En los tres folletos que sobre materia de política internacional le conozco, don Federico More — a cuyo talento de escritor y a cuya valentía, reñida con todo chauvinismo, rindo un homenaje sin reservas — habla a menudo del odio, o de los odios nacionales, recalcando su importancia como factor de nuestros conflictos bélicos. Perdóneme el gran panfletista si no estoy en absoluto acuerdo con él. Yo creo que el odio — fuerza motriz como la de toda pasión individual o colectiva — no cuenta sino a última hora en el proceso generador de nuestras guerras. Antes he dicho que sólo relativamente convengo en la amistad entre las naciones: por idénticas razones, tampoco creo en el odio entre los pueblos americanos. Ni siquiera a los Estados Unidos se odia en Sudamérica, aunque se recele de ellos por la insolencia con que ha solido informar sus procedimientos, por sus desplantes de matón continental y su habitual falta de tacto para hacernos sentir su superioridad material y económica.

Recuerdo que en alguno de los poblachos de la Patagonia en que me fué dado residir en virtud de mis funciones consulares, solían amigos chilenos — largo tiempo inmigrados — invitarme a que les ilustrase acerca de la cuestión de Tacna y Arica, periódicamente agitada por las Cancillerías y por los órganos de publicidad al sur y al norte del Sama.

—Yo creo que nos vamos a arreglar, y pronto — les decía.

—¿Sin guerra?

—Por supuesto.

—Y, ¿qué opina usted? ¿Nos quedamos sin Tacna y Arica?

—No llega a tanto mi previsión. Lo que puedo decirles es que un arreglo cualquiera, aun el que nos pa-

rezca más desventajoso, sería preferible al estúpido estado de cosas que el amor propio y la indolencia siguen manteniendo y fomentando.

—¿Aun perdiéndolo todo?

—Sí, amigos míos. Porque no sólo nos ahorraríamos los enormes gastos que impone al Erario la sujeción de ese territorio a nuestro dominio, sino que, a breve plazo, nos repondríamos de ellos, y el restablecimiento del intercambio comercial con el Perú nos demostraría en seguida la magnitud del error que uno y otro país han cometido al no llegar mucho antes a un avenimiento completo. Tengan ustedes la seguridad de que, al día siguiente del arreglo, peruanos y chilenos volveríamos a ser los mejores amigos del mundo.

—¿Los peruanos y nosotros? — objetaba alguno, paseando una mirada y una sonrisa de duda por todos los semblantes.

—Sí, señor, créalo usted. Y al tiempo lo remito.

El tiempo, efectivamente, me ha dado la razón. El odio entre los pueblos de América es un recurso utilizado en circunstancias propicias, por los políticos y los gobernantes, un veneno sutil y poderoso destilado por los órganos de propaganda. La calumnia internacional, la repugnante difusión de mentiras insidiosas sobre la moral del país con quien hay interés en pelear, he aquí la fuente primaria del odio, hijo de la indignación y de la cólera.

El verdadero móvil de las guerras está en el interés, en la codicia, en la necesidad de expansión que, en determinadas ocasiones, se hace una ley suprema (1). Por eso se hace tan peligrosa la presencia del aventurero, buscador de oro, de diamantes, de nitrato, de pe-

(1) Véase, si no, el desenfado con que ha hablado y procedido, antes de la aventura etiópica, Benito Mussolini.

tróleo, en tierras fronterizas cuya soberanía puede, en cualquier momento, parecer dudosa. Recordad el caso del norte mexicano, donde todavía, al cabo de ochenta años, no logra borrarse el suelo del carácter nacional originario. México ha pagado muy caro el honor de su vecindad septentrional. Recordad el Acre. Recordad Cobija... Repito que, sin el descubrimiento de las fuentes petrolíferas de Bolivia, el conflicto de fronteras paraguay-boliviano nunca habría hecho crisis en el campo de batalla.

A nosotros mismos llegó a parecernos, al calor de las polémicas derivadas del pleito de los Andes, que nos odiábamos con los argentinos. En realidad, no creo que nos queramos mucho; pero de allí a alentar recíprocamente sentimientos de aversión capaces de determinar un conflicto, hay una distancia inmensa. Por odio, por simple odio animal, específico, no se ha producido jamás una guerra entre países de América. Se ha odiado al español porque la escuela, los textos de historia redactados por los primeros escritores de la República, nos lo han mostrado aborrecible. Pero en esto mismo se ha reaccionado, y hoy, para la gente cuyo juicio no está obscurecido por el apasionamiento, España, la Madre Patria, es la gran nación progenitora y merece todo nuestro respeto y nuestra simpatía (1).

No recuerdo que, en América, haya habido guerras sino entre países vecinos. Diferendos territoriales, que no se ha sabido o no se ha querido zanjar oportunamente por las vías del entendimiento. Pero no son pocos los casos en que este entendimiento se ha producido para honra y beneficio de las partes: ya los he ci-

(1) Se impone la radical revisión de los manuales de Historia de nuestras escuelas y colegios, no sólo en lo que se refiere a España, sino en lo que toca a la mayoría de las naciones americanas.

tado anteriormente. El Brasil, vecino de todas las Repúblicas de Sudamérica — con excepción de Chile —, ha tenido el tino de arreglar con ellas, pacífica y favorablemente, todos sus litigios de límites. ¿Puede admitirse que haya más odio entre pueblos que son vástagos de un tronco común?

Para que haya guerras entre nosotros es necesario que entre en juego, en primera línea, un interés económico y político capaz, a juicio de sus promotores principales, de compensar los sacrificios del conflicto bélico, o justificar los horrores de una derrota. En el caso del Chaco, no se ha tenido escrúpulos de confesar públicamente que, al prestar su apoyo al Paraguay, la Argentina no ha hecho más que cumplir con el elemental deber de amparar los intereses argentinos radicados en la zona litigiosa. ¿Odia u odiaba la Argentina a Bolivia, o viceversa? De ninguna manera. Tradicionalmente amigas ambas naciones, consciente, la poderosa República del Plata, de la incurable argentinofilia boliviana, no ha titubeado, sin embargo, en manifestarse adversa a la causa de Bolivia, país con el que jamás tuvo choques y a costa de cuyo territorio ha crecido en los sentidos boreal y occidental. En cambio, como es bien sabido, de los tres miembros de la Tríptica que aplastó a Solano López y a su pueblo, le correspondía a ella la acción más intensa, los mayores sacrificios y la mayor porción de gloria.

Pero llega el momento en que el interés económico-político prima sobre todo. Y los factores tradición, delicadeza y concesiones mutuas, rasgos de hospitalidad y hasta de parentesco histórico, desaparecen como si jamás hubiesen existido. Y es que, en realidad, no cuentan. Sin salirnos del grupo de naciones bolivarianas, ¿la comunidad de origen, la confraternidad impuesta por

la fe de bautismo, han impedido alguna vez que se agríen las relaciones entre Venezuela y Colombia, entre el Ecuador y el Perú, entre el Perú y Bolivia? Una vez por todas hay que establecer la nulidad de valor de los tópicos literarios al alcance de cualquier maestro de primeras letras o articulista especializado en cuestiones americanas, frente a los móviles que, dentro o al margen del derecho escrito, orientan a las naciones, acercándolas, distanciándolas o haciéndolas irse la una contra la otra.

Aun cuando no creo ni creeré jamás que existan odios fraticidas entre los pueblos americanos, jamás tampoco me causará extrañeza el estallido de una guerra en este continente. Lo cual, por cierto, no quiere decir que la estime inevitable, o siquiera conveniente, desde cualquier punto de vista, sea el que fuese el objetivo perseguido. Una nueva guerra del Pacífico habría sido, sí, evidentemente, una guerra de odios, y todos debemos congratularnos de que, aun cuando tardó en llegar el día, se haya impuesto a los impulsos de la pasión la inteligencia política. Desgraciadamente, los países vencidos — casi podría decirse aniquilados — y el país vencedor han estado ofreciendo, los unos con su sed de represalias nunca satisfecha, con su explicable esperanza en un desquite que por sí solos no podían tomar; el otro con su actitud amatonada, un campo propicio a los manejos de otros vecinos, a los que tampoco había de convenir nuestro engrandecimiento.

A pesar de estos antecedentes, a pesar de que no es posible desconocer todo el daño moral que se debe al cultivo sistemático del odio en dos pueblos hacia un tercero, y del menosprecio de éste hacia los otros, yo me atrevo a opinar que, en las actuales circunstancias, el terreno se halla preparado para una amplia ac-

ción de inteligencia entre los beligerantes de 1879, y para iniciar y realizar, mediante ella, frente al Pacífico, una política de armonía en beneficio común. Reconozco, sí, que la indispensable reacción moral y sentimental costará más trabajo producirla en los países que llevaron la peor parte. Es humano que el rencor arraigue más profundamente en el corazón del vencido.

Aparte de las conveniencias de un orden económico estricto, que ya se han señalado anteriormente, ¿hay algún motivo que aconseje la simbiosis a que he dado el nombre de Bloque del Pacífico? Creo que sí, y no tengo por qué ocultarlo, ni siquiera disimularlo. Hay un peligro común, que viene del oriente. Los pueblos constituidos en naciones — no importa su denominación típica — no son sino conglomerados orgánicos sometidos en su desarrollo, a leyes cuyo cumplimiento no se puede burlar ni eludir. Los pueblos fuertes colocados por la suerte en condiciones naturales favorables — y este es el caso de la República Argentina —, constituyen siempre un peligro para sus vecinos. Y voy a ceder en este punto la palabra a un autor inmensamente más autorizado que yo, al difunto José Ingenieros, que, como su paisano Mussolini, empezó de socialista-revolucionario para terminar en imperialista. Dice Ingenieros en su "Sociología Argentina" (1):

EL NACIONALISMO ARGENTINO: SU INFLUENCIA EN LA POLÍTICA SUDAMERICANA

"Dos naciones podrían disputar a la Argentina la hegemonía del porvenir latino en Sudamérica: Chile y Brasil.

(1) Edición de Jorro, Madrid, 1913. Otra posterior, que también he tenido a la mano, difiere de ésta, aunque no substancialmente, sino en forma adjetiva, en sus apreciaciones de tendencia imperialista. Yo la he preferido a la otra porque me parece que interpreta con más plenitud el pensamiento del autor... y de sus lectores argentinos.

"Chile es un país intensamente militarizado, con ideales de dominación y de conquista, hostigado por necesidades territoriales premiosas; si la supremacía política dependiera de la voluntad colectiva de un pueblo, nadie, en Sudamérica, podría disputársela al chileno. Pero tan vigorosas energías de carácter contrastan con factores naturales de gran importancia negativa. Su territorio es pequeño, amurallado por los Andes y ahogado por el Océano; la población que allí puede aumentarse vivirá siempre con horizontes limitados y nadie se atrevería a afirmar que el país chileno llegará a ser el más próspero del Continente.

"Por otra parte, su ubicación sobre el Pacífico austral lo mantiene distanciado de los grandes centros presentes y futuros de la vida económica; sus principales recursos, las salitreras, son inseguras y la apertura del Canal de Panamá sólo podrá quitar importancia a sus costas meridionales. Su expansión territorial no es verosímil. Hacia el Oriente no cabe pensarlo, fijados ya sus límites definitivos por un reciente arbitraje que les encuadró en sus límites naturales; hacia el Norte ha efectuado ya las conquistas posibles y todo nuevo ensayo provocaría conflictos internacionales que no le conviene suscitar.

"El Brasil, en cambio, lleva a la Argentina dos grandes ventajas, muy respetables: la extensión territorial y la superioridad numérica de su población. El enunciado de sus ventajas involucra, sin embargo, dudosos pronósticos para su porvenir.

"El inmenso territorio brasileño es, en gran parte, tropical; la formación de grandes nacionalidades es incompatible con las condiciones climáticas del ambiente tropical. La civilización blanca polariza sus grandes centros de cultura y de riqueza en las zonas templadas, tendiendo progresivamente a alejarse de las tórridas. El único Brasil que llena condiciones climáticas mediocres es el austral, lindero con el Uruguay, región que vive en perpetua inminencia de desmembramiento.

"A estos factores geográficos debe agregarse la enorme masa de negros que forman el substratum de su población. Ocupándonos de las razas, hemos emitido nuestro parecer sobre el papel de la raza negra en la formación de los pueblos americanos; si admitimos que la civilización superior corresponde actualmente a la raza blanca, fácil es inferir que la negra debe descontarse como elemento de progreso. Un país donde lo corriente es el negro, o el mestizo, no puede aspirar a la hegemonía sobre países donde el negro es un objeto de curiosidad. Tal es el caso de la Argentina, libre ya, o poco menos, de razas inferiores, donde el exiguo resto de indígenas está refugiado en territorios que de hecho son ajenos al país; recientemente, ilustres extranjeros que han visitado el país, Root, Ferrere, France y Ferri, se sorprendían de no haber visto negros entre el millón 300 mil habitantes de la ciudad de Buenos Aires.

"El problema de la hegemonía sudamericana puede plantearse en términos concretos. Sus factores naturales son cuatro:

"1º La extensión.

"2º El clima.

"3º La riqueza natural.

"4º La raza.

"Chile carece de extensión y de fecundidad. Al Brasil le faltan el clima y la raza. La Argentina reúne los cuatro factores: territorio vasto, tierra fecunda, clima templado, raza blanca.

"Estas cuatro condiciones se traducen ya por una superioridad de progreso y de enriquecimiento. Puede calcularse la rapidez con que crecen los diversos países sudamericanos, las cifras de la población, de los presupuestos, de la producción, de la exportación, del capital bancario, del movimiento de aduanas, de la valoración de la propiedad urbana y fundiaria, del kilometraje de ferrocarriles, de la edificación, del capital industrial, de todo, en suma, lo que puede ser un índice de progreso nacional (1). Comparando el Brasil y la Argentina, según la marcha de su desenvolvimiento actual y atendidos sus factores climatérico y étnico, se advierte fácilmente que en un porvenir no remoto la superioridad argentina será real en todo ese orden de manifestaciones.

"¿Debe inferirse de estos hechos la posibilidad de una guerra continental por la hegemonía?

"No conviene a Chile; sus espíritus claros son francamente partidarios de la paz con las dos naciones mayores. El Brasil puede sostener sus derechos a la hegemonía fomentando su engrandecimiento económico, a cuyo efecto le bastaría civilizar sus vastos territorios vírgenes, poblándolos, lo que es tarea para mucho tiempo; no es verosímil que se decida a jugar de otra manera esta partida. Es de toda evidencia que el ideal del pueblo argentino debe estar en la paz, siempre propicia a los que crecen más rápidamente; sólo necesita dejar transcurrir algunos lustros para que su influencia se agigante en una progresiva penetración moral y material. Su extensión, su fecundidad, su raza blanca y su clima templado la predestinan al ejercicio de la función tutelar sobre los pueblos neolatinos del Continente".

Como si todo esto no bastase, el autor, en las Conclusiones del capítulo, insiste sobre el tema, y, sintetizando sus apreciaciones, vuelve a poner en evidencia, por las razones ya apuntadas, la función tutelar que le está reservada a la Argentina en el continente sudamericano.

Creo que no se puede ser más explícito, ni en un

(1) El autor reproduce al pie de la página cuadros comparativos de las cifras de la importación y exportación de todos los países llamados latinoamericanos. A pesar de su antigüedad, ya son bastante sugestivos.

lenguaje más claro, dejar establecido un principio. Ingenieros no era argentino de nacimiento, pero sí lo fué siempre por el corazón y por la mentalidad, que es lo esencial. Su *Sociología Argentina* es obra de erudición y también de madurez. No se podría, sin incurrir en ligereza, atribuir a ligereza su doctrina del mesianismo argentino, que, por lo demás, no cesa de confirmar en artículos, ensayos y conferencias. Que los argentinos hayan aprobado la doctrina con su aplauso o su silencio, no me parece extraño. Lo que sí me asombra es que hasta ahora ningún escritor sudamericano se haya decidido a ponerla en tela de juicio.

Porque una cosa es creer que ciertos pueblos están llamados, casi por razones biológicas, a imperar en medio de sus vecinos, a hacerse el núcleo de una gran nacionalidad a costa de pueblos menos idóneos para la lucha por la vida, y otra cosa es aceptar que uno de esos pueblos sea, necesariamente, en Sud América, la República Argentina.

No es este el momento de discutir la tesis, ni de entrar a rebatirla. Lo que quiero dejar establecido es que la orientación de la política internacional argentina, en el curso de los últimos años, si no inspirada por ella, aparece en perfecto acuerdo con ella. Bien en claro ha quedado expuesto a lo largo de estas páginas. Menguada, pues, sería nuestra actitud y torpe nuestro proceder si desoyendo el alerta del instinto de conservación continuásemos ciegos al resplandor del rayo y sordos al renor del viento imperialista que sopla desde las márgenes del Plata.

El peligro viene del Oriente. La República Argentina — olvidada de su compromiso de no mirar hacia el Pacífico — ha sabido aprovecharse sin reservas de nuestro distanciamiento con el Perú y Bolivia. No satis-

fecha ni con la parte del león que le correspondió por el tratado transaccional de 1881, jamás ha perdido oportunidad de hacérselo saber. Codicia secretamente (y no tan secretamente) la posesión de Punta Arenas — sobre la que, a regañadientes, nos concedió derechos— y es evidente que sólo la improbabilidad de vencernos en un conflicto armado le ha impedido hasta ahora corroborar con la espada las pretensiones del difunto doctor Zeballos y los de su escuela.

Abrigo la convicción profunda de que la Argentina — cuya función mesiánica creada por sus escritores, es realizada a su manera por diplomáticos y gobernantes — no se decidirá jamás a afrontar las responsabilidades de una agresión a Chile sino cuando lo juzgue absolutamente oportuno y ventajoso. No he de recordar su cuasi-participación de 1873 en la Triple Alianza que —a ejemplo de la urdida contra el Paraguay — se fraguaba contra nosotros por los más tarde vencidos de la Guerra del Pacífico. No. Lo que Argentina espera es el momento en que — por decadencia nuestra y progresión suya—, sea tan incontestable su superioridad, que tengamos que darnos por vencidos antes de pelear. Y ese momento, si Dios y nuestra voluntad no lo remedian, tendrá que sobrevenir.

¿De dónde, entonces, la aparente confraternidad chileno-argentina, sólo perturbada por tal o cual gesto de destemplanza de parte de nuestros vecinos? Es que no se les ha presentado aún la ocasión de dejar establecido que les estamos enturbiando el agua.

En primer lugar, la sola labor de poblar y colonizar la Patagonia les ha demandado el esfuerzo continuo de muchos años, en el que han emulado, por igual, europeos y chilenos. Había que esperar y han esperado.

En segundo lugar, la vía marítima internacional de

Magallanes perdió súbitamente gran parte de su importancia a raíz de la apertura del Canal de Panamá.

En tercer lugar, ni el petróleo había pasado a tener el enorme valor que, por razones harto conocidas, ha alcanzado en los últimos tiempos, ni, hasta el descubrimiento de los yacimientos de Tres Puentes, a este lado del límite se sabía que hubiese hidrocarburos en el subsuelo de Magallanes.

En cuarto lugar, nunca había azotado a Chile — en los campos de su política y en los de su economía y finanzas—, una crisis tan profunda como la de que aún está sufriendo los efectos.

Y, finalmente, nunca, hasta hace poco tiempo, se había puesto en tela de juicio la perfecta unidad racial y regional de Chile: nunca se había hablado de la aspiración de Magallanes a la autonomía, del sentimiento "separatista" de nuestro Extremo Austral.

Frente al portentoso desenvolvimiento integral de la República Argentina, a su riqueza agropecuaria, a su potencialidad económica, comercial e industrial, a su capacidad militar, a su población y cultura en pleno crecimiento, y aun a sus ínfulas de hegemonía continental. ¿qué opone Chile?, ¿qué opondrá mañana? Un pueblo enfermo, desengañado y abatido; la unidad monetaria a menos de un penique; la miseria en los hogares aplastados por un régimen tributario inconcebible, una Escuadra inútil, un Ejército desmoralizado, un Gobierno sin orientación y sin popularidad, la lucha de clases desatada por el egoísmo de los que creen que el dolor es el privilegio de los pobres, una oligarquía sólo atenta a satisfacer sus apetitos y sin ningún sentido de la responsabilidad: el cuadro completo de una desorganización a la que no se le ve término posible.

Sin odio y sin rencor, persiguiendo sólo fines de alta

política internacional, se ha visto a la Argentina manio-
brar hacia el norte. En su provecho exclusivo se han
trabado en cruenta lucha dos de sus vecinos débiles,
a cuya costa ha de crecer y enriquecerse aún más. Del
mismo modo se dejará caer sobre nosotros y se apode-
rará de Magallanes, que le interesa política y econó-
micamente.

¿Que Magallanes es nuestra única región pecuaria
y petrolera? Tanto peor para nosotros, si no somos ca-
paces de defenderla. Argentina se expandiría hacia el
sur y hacia el oeste, como está haciéndolo hacia el nor-
te y el oriente, sin ningún motivo de orden moral ni sen-
timiento alguno de venganza, desquite que satisfacer,
sólo por la razón mussoliniana de que lo va a necesitar,
de que Magallanes queda fatalmente dentro de la pe-
riferia de su desarrollo concéntrico y de su zona de irra-
diación en el extremo austral.

* * *

¡Y pensar que es de las márgenes del Plata de donde nos vienen
con mayor intensidad las acusaciones de imperialismo a nosotros los
chilenos! En 1911 dejé demostrado que, en proporción a su territorio
y población, Chile es el país más mal armado de América.

He aquí ahora lo que, acerca del armamentismo ar-
gentino, dice el autor boliviano don Luis Terán Gómez
en su interesante obra *"Bolivia frente a los pueblos del
Plata"*.

"Sin hacer hincapié en la preocupación armamentista que viene
caracterizando a todos los pueblos del globo que imploran la paz
con el fusil en la mano, vamos a referirnos por ahora a la nación
argentina, donde gran número de diarios y revistas conceptúan a
Bolivia como al pueblo que vive en pie de guerra, y que por la ob-
tención de territorios latos y despoblados, como son los del Chaco,
quiere perturbar la tranquilidad americana.

"No sin antes expresar que la renovación de fuerzas en las
guarniciones fronterizas del Chaco Boreal y las pequeñas adquisi-
ciones de armas que ha llevado a efecto Bolivia, alarman extrema-
damente a sus vecinos, vamos a demostrar que la República Argen-
tina—cuya supremacía militar en mar y tierra está a la par con la
Tempestad.—5

del Brasil y Chile, sin que Bolivia se asombre por ello—realiza erogaciones fantásticas cuando se trata de la defensa de su soberanía. Don Lisandro de la Torre, ex candidato a la Presidencia de la República y Senador de la Provincia de Santa Fe, ha hecho un estudio circunstanciado de la situación financiera de su patria, y, al referirse a los presupuestos de Guerra y Marina, compra de armamentos, fábrica de pólvora, pensión y retiro militares, cuyo monto global asciende a \$ 188.677.323.00, dice:

"El proyecto del Gobierno provisional para 1932 elevó los efectivos militares y civiles de guerra y marina a 59.762 hombres, y los gastos reales directos e indirectos relativos a las fuerzas armadas, en 1932, a 188.000.000.00 de pesos. El país se extenua. En 1916 regía un presupuesto de 28.000.000 en Guerra; 23.000.000 en Marina, y 6.000.000 en pensiones y retiros y cerca de 400.000.000 en armamentos.

"Pues bien—continúa—es de todo punto grave imponer a un país laborioso y pacifista, que no tiene un solo conflicto con potencia alguna de la tierra que mantenga 50.000 hombres en el Ejército y la Armada y gaste en razón de ello 188.000.000 de pesos cada año. ¿Es acaso mucho pretender que se reduzca este gasto en 1932 a 126 millones de pesos? Sería apenas el comienzo de la política del desarme; aspiración sincera y sana de todos los argentinos, cuyo criterio no está perturbado por devaneos peligrosos".

"De la Torre, al recalcar que el Gobierno argentino no es armamentista y que ya en otra oportunidad se había afirmado que el presupuesto sostenía dos maestros de escuela por un soldado, expresa que: "Los gobiernos argentinos han comprendido siempre que dentro de las corrientes modernas no podían profesar públicamente ideas armamentistas y han simulado, los que no eran pacifistas, una posición contraria en todos los congresos y conferencias a que han enviado delegados. Sus declaraciones han sido insinceras y han estado en contradicción abierta con sus actos. En el Congreso Panamericano de Santiago de Chile, hace ocho años, la delegación argentina faltaba a la verdad asegurando que nuestro presupuesto sostenía dos maestros por cada soldado y pocos meses después el mismo Gobierno que autorizaba las declaraciones antiarmamentistas de nuestra delegación enviada al Congreso, para ser tratado en secreto, el proyecto de armamentos por 618.000.000 que suscribía el General Justo y formaba parte integrante de los proyectos por pesos 1.000.000.000 de gastos militares y navales de la administración Alvear".

"Han pasado ocho años—prosigue—y en Ginebra el doctor Ernesto Bosch, ex Ministro del Gobierno provisional, acaba de repetir la misma invención de los dos maestros por un soldado. Encomió también los anhelos antiarmamentistas del Gobierno en momentos en que las fuerzas armadas eran elevadas a 50.000 hombres y en que se disminuía en 24 millones el anexo de Justicia e Instrucción Pública para 1932, a fin de dar lugar al aumento de 17 millones en los de Guerra y Marina".

"Enfoca también su atención el señor de la Torre en el exagerado aumento de cadetes en la Escuela Militar, y su opinión es ésta:

"He recibido una información, que, de comprobarse, causará asombro. El número total de cadetes de la Escuela Militar fué en todos los presupuestos anteriores al 6 de septiembre de 350. En 1932, por obra y gracia de la política militarista, se había elevado a 700. Sólo en el primer año de 1932, habrían ingresado 320. Es fácil advertir lo que representaría para los presupuestos futuros el ingreso anual de 320 cadetes y 150 o más aspirantes de marina".

En cuanto a la conscripción militar, dice así: En 1916 se llamaba bajo banderas menos de 15.000 conscriptos. La leyenda del presupuesto decía: "hasta 15.000 conscriptos". Y era raro que se completase el número. Los gobiernos radicales elevaron la conscripción. En 1924 subió a 21.000; pero se mantuvo inmutable hasta 1929. Fué esa la cifra del último presupuesto sancionado por el Congreso en 1928. Pero llegó el Gobierno provisional y su primera medida fué mantener dos conscripciones bajo banderas durante un tiempo y aumentar permanentemente los efectivos. Ahora, en el presupuesto de 1932, se autoriza el llamamiento de 26.296 conscriptos y la admisión de 4.500 voluntarios más o menos. En el caso de aprobarse el anexo de guerra, tal como viene, el Ejército se compondrá en 1932 de 36.920 hombres de personal militar y 2.854 de personal civil: total, 39.774. Por su parte, el anexo de Marina para 1932, autoriza la existencia de un personal militar y civil de 18.988 hombres. El personal completo de ambas instituciones armadas se eleva a la cifra antedicha de 58.762 hombres. ¿Es posible, en una hora de profunda perturbación económica, en la cual el Gobierno no puede "ni pagar los sueldos a los empleados", que gaste 188.000.000 de pesos por año en sostener fuerzas excesivas y en adquirir materiales bélicos innecesarios?"

"Después de algunas consideraciones de fondo sobre la fábrica de pólvora, que el Gobierno contrató por ocho millones de pesos, de la Torre concluye: "El cotejo de los presupuestos de guerra y marina de 1929 y 1932, inciso por inciso, no revela economías, sino aumentos, en el segundo. Así, por ejemplo, la partida de gratificaciones a los jefes en servicio activo, sobre los sueldos, gastos de representación, diferencias de sueldos a oro, premios de constancia, etc., sube de 5.500.000 de pesos a 7.250.000, y el número de conscriptos sube de 21.000 a 26.296 y 4.500 voluntarios. Hay, pues, motivos sobrados para seguir creyendo que tras la sanción del gasto de 78.000.000 vendrán los acuerdos que lo eleven considerablemente. Si el Ejecutivo actual, con el apoyo del Congreso, no fuera capaz de restablecer de inmediato la conscripción de 15.000 hombres, no respondería a las aspiraciones de la opinión pública".

"Las sugestivas revelaciones formuladas por el senador Lisandro de la Torre demuestran de modo palmario e indudable que la Argentina, sin embargo de proclamar el pacifismo más acendrado y no tener divergencias fronterizas con sus vecinos, tal como lo de-

claran sus gobernantes, sostiene un Ejército de 58.000 hombres en tiempo de paz. ¿Contra quién se arma la Argentina?"

Esta pregunta, honrada e ingenuamente hecha por el señor Terán Gómez, es un magnífico remate de capítulo, y yo aprovecho la oportunidad para pasar a otro. Pero no será sin que me repita como él: "¿Contra quién se arma la Argentina...?"

CAPITULO QUINTO

Los saldos de un viejo litigio.—La revelación del Aysen

Si — como reza el adagio — no se puede hacer andar los ríos para atrás, tampoco se puede rehacer la historia. Nada tan necio como decir, por ejemplo, que el Nuevo Mundo habría sido muy distinto si, en vez de Colón a las órdenes y por cuenta de los Reyes de España, llega a descubrirlo él mismo o cualquier otro marino de acuerdo con el Gobierno de otra gran nación. Ello es obvio.

Pero las cosas han ocurrido así porque han debido ocurrir, y fuerza es someternos a su imperio y acomodarnos a sus consecuencias.

La guerra llamada por nosotros del Pacífico — la de 1879, entre las Repúblicas del Perú y Bolivia, por un lado, y Chile por el otro — terminó con la victoria de las armas de esta última y le permitió crecer geográficamente en el sentido boreal.

Suponiendo que esa guerra no se hubiese producido, no es difícil deducir que, hostigado Chile por la parte oriental y obligado a resolver el problema de su soberanía en la Patagonia y Magallanes, el *casus belli* con la República Argentina no habría podido evitarse. Vencido, Chile habría perdido no sólo la región discutida sino toda su zona austral, pasado Chiloé; vencedor, sería ahora una potencia con litoral en el Atlántico. De todos modos, el proceso político y económico de estos países habría sido muy distinto. El caso de Colón y del descubrimiento.

Yo no he de incurrir en la propia necedad que señalo. Ni mucho menos en la de enredarme en un alegato que podría calificarse de póstumo, toda vez que se trata de un asunto perfectamente finiquitado por los que tenían autoridad para ello y sancionado, además, por los dos pueblos que quedaban representados en la solemne frase: "las Altas Partes Contratantes".

No están fuera de lugar, sin embargo, algunas consideraciones acerca del largo y laborioso pleito de Los Andes, no por el absurdo y anacrónico afán de volverlo a poner sobre el tapete, si no porque, en realidad, y aunque sea contrariando la expresa voluntad de los negociadores, la liquidación no ha sido completa. Queda un saldo pendiente, hay aspectos de la cuestión en que las supradichas Altas Partes Contratantes no parecen guardar un absoluto acuerdo.

No es, pues, en modo alguno, impertinente, remozar un poco la memoria de las actuales generaciones, totalmente desinteresadas ya de problemas que agitaron a las anteriores, ilustrarlas acerca de ellos y orientar su criterio. La experiencia, aunque a menudo dolorosa y muchas veces tardía, es una gran maestra, y sería insensato no aprovechar de sus lecciones.

El Archipiélago de Magallanes, la Patagonia chilena, menos un pedazo de la Isla Grande de la Tierra del Fuego y unas cuantas islitas del extremo plus-austral, es lo único que, después de sesenta años de litigio entre las Cancillerías de Buenos Aires y Santiago de Chile, vino a quedar para nosotros.

El inmenso Reino de Chile, las provincias de la Nueva Extremadura—así bautizado patrióticamente por el genio inquieto y audaz del gran soldado extremeño Pedro de Valdivia — no es hoy más que la larga franja de tierra tendida de Arica al Cabo de Hornos, entre la

Cordillera de los Andes y el antiguo mar del Sur. Por la voluntad imperial, dueña y señora de las Indias, Tucumán, que hasta 1563 formaba parte del corregimiento de La Serena, pasó a pertenecer a la Audiencia de Charcas, y desde 1776 la provincia de Cuyo, a petición expresa de sus propios habitantes, a anexarse al Virreinato del Río de la Plata. La vasta zona del extremo austral, toda la reserva de tierra de nuestro Oriente histórico había de corresponderle perderla a la República.

Pero así como el tratado transaccional de 1881 no resolvió en absoluto la cuestión de límites — la dirección precisa del muro medianero — y, una vez en el terreno, hubo necesidad de recurrir al arbitraje de S. M. Británica para que dictase su fallo salomónico (1902) de la parte contraria se nos han movido, posteriormente, distinguos de interpretación encaminados a suscitar dificultades. ¿Acaso el difunto, ya oleado y sacramentado, no estaba bien difunto?

A sendos decretos del Gobierno de Chile, relacionado el uno con la soberanía de las aguas del Estrecho, y el otro con la propiedad de tres islas de poca importancia — la Lenox, la Picton y la Nueva — situadas al sur del Canal de Beagle, han seguido a breve plazo la reclamación argentina y la inevitable hemorragia de tinta de imprenta en diarios, revistas y folletos. A la cabeza de esta movilización civil — tan belicosa como si lo fuese militar — se ha destacado el celeberrimo jurista y profesor de Derecho Internacional don Estanislao Zeballos, que murió impenitente de su ojeriza a todo lo chileno.

De lo que se deduce que no es tan ocioso traer a cuento y hacer una exposición del pleito de los Andes.

En la historia del mundo no hay caso semejante. Los Estados Unidos, para arrebatarle a México sus inmensos

territorios septentrionales, necesitaron trabarse con su vecino en una guerra desigual, pero no por eso menos costosa y cruenta. Otra guerra aún más desigual acabó con la autonomía de las Repúblicas arcadianas fundadas por los boers en el corazón del Africa Austral. Tarapacá y Antofagasta han sido el fruto de otra guerra, que costó a vencedores y a vencidos incalculables sacrificios y toda una serie de batallas campales. La Argentina para quedarse definitivamente dueña de más de 600.000 klms. cuadrados de tierras, que nunca fueron suyas, no hubo menester siquiera de poner en el platillo de la balanza ni su dinero ni su espada. Preciso es reconocer la superior habilidad y, sobre todo, la superior audacia de sus abogados. De todos los tratados o convenios a que llegaron ambos litigantes antes del definitivo no hay duda que el más desastroso para nosotros fué el de 1881, arrancado a nuestros diplomáticos en circunstancias que absorbían por completo todas las fuerzas vivas de la nación.

Detalle es este último que atenúa la responsabilidad de nuestros diplomáticos. Con todo, se hace preciso reconocer que el tratado de 1881, al que se llegó por transacciones directas y prescindiendo de lo estipulado en el artículo 39 del de 1856, fué el signo inequívoco de nuestro fracaso. De ahí en adelante la competencia o diferéndum deja ya de ser por la soberanía de una inmensa fracción de territorio para convertirse en una mera cuestión de demarcación de líneas fronterizas. Y aún en este aspecto relativamente mezquino, no puede negarse que la victoria sigue inclinándose abiertamente del lado de nuestros adversarios.

No son estos el momento ni el lugar apropiados para hacer una crítica de la defensa de los derechos de Chile en el litigio que estamos recordando. Muchos lo

han hecho ya, cumplidamente, y con mayor autoridad y ciencia que el autor de estas líneas. Creo, sí, y vuelvo a afirmarlo, que si tuvieron los gobernantes y políticos chilenos bastante fe en la justicia de su causa acaso no la tuvieron en la capacidad militar de su pueblo; creo que si llegaron a tener esta última, tenían al mismo tiempo una noción errada, mezquina y pesimista con respecto al valor integral de los territorios en disputa.

Cuando se registran los empolvados volúmenes consagrados por ambas partes en la defensa de sus respectivas causas, cuando se vuelve a rastrear en la densa marea de papel impreso a que dió lugar la histórica pendencia, asombra la debilidad de la actitud chilena, siempre vacilante y tenue, frente a la acción decidida y vigorosa de la defensa argentina. Asombra, porque jamás se ha visto, por lo menos entre dos naciones, una inutilidad mayor de tan gran acopio de títulos históricos por una de las partes, y una mayor eficacia en los procedimientos por lo que a la otra parte se refiere.

Y asombra, además, la inmensa disparidad de espíritu entre uno y otro contrincante: de un lado toda contemporización, del otro todo destemplanza; de un lado exhibición de documentos, del otro afirmación rotunda, amenazas, audacia en las palabras y en los actos. Una demostración más de que, cuando se discute, suele acabar por imponerse no el que tiene la razón sino el que grita más y con más fuerza.

La altanería y la insolencia de una de las partes no se explican sino cuando es incontestable su superioridad con respecto a la otra, y este no era, en modo alguno, el caso de la Argentina frente a Chile. Y por la inversa, la moderación excesiva, el espíritu conciliatorio llevado a los extremos suele ser indicio de que no

se tiene confianza plena en los propios derechos o de que teniéndola se carece de pruebas suficientes, y este no era tampoco el caso de Chile frente a la Argentina. Como dice el señor Morla Vicuña, refiriéndose a ciertas contraproposiciones de nuestros adversarios, se podría "suponer que el Gobierno argentino no sólo estaba convencido de nuestra carencia de todo título, sino que supiera que tal era también la convicción del Gobierno de Chile".

¿Cómo pudo cambiar a tal punto el criterio de nuestros hombres de Estado, que en 1843 fundan una colonia en las riberas del Estrecho y que 40 años más tarde, después de sucesivos alegatos y contraalegatos, llegan a renunciar a todas sus pretensiones a la posesión de más de 600.000 kms. cuadrados de territorio y, por consiguiente, a toda esperanza de reivindicación? ¿Cómo y por qué dejaron de pesar en la mente de aquella generación los documentos, que en forma tan incontrovertible nos habían hecho considerar la Patagonia Oriental, y el Estrecho de Magallanes y la Tierra del Fuego como una parte inalienable del patrimonio nacional desde los días remotos de la conquista y la colonización española?

Imposible dudar del patriotismo de aquellos hombres que por espíritu de solidaridad americana se habían trabado con España en el deplorable conflicto de los años 65 y 66; sacrílego pensar que no poseyesen en alto grado esa virtud los gobernantes que ante la hostilidad de dos vecinos secretamente aliados no vacilaron en declararles la guerra y en continuarla hasta obtener una cumplida victoria sobre ambos.

El 23 de julio de 1881 — fecha de la infausta transacción, que nos ocupa —, hacía justamente seis meses que nuestra bandera flameaba victoriosa en el Palacio de los Virreyes de Lima. Pero iniciada ya por los cau-

dillos peruanos la guerra de montoneras, había aún que vencer la última desesperada resistencia del enemigo refugiado en las sierras. Debían aún transcurrir tres años antes que se firmase la paz y que nuestros soldados, vencedores en tres campañas, pudiesen retornar a sus hogares. Al Gobierno de Chile le urgía acallar el fuego de papel sellado que empezaban a menudear nuestros vecinos de Oriente, y su Cancillería capituló. Para apretar en el norte, tuvo que cejar en el sur y en el Oriente. Conquistó las provincias salitreras, que ocupaba desde el principio el enemigo vencido, y abandonó, en cambio, a su contrincante toda la inmensa y rica zona austro-oriental, que todavía figuraba en los mapas como el sector más extenso de su territorio. No puede negarse que si tal fué el precio de su neutralidad, la Argentina supo hacérsela pagar muy bien.

De todos modos, es harto sugestivo que, de un momento a otro, hayan, los chilenos, sancionado un arreglo que importaba nada menos que la demostración de un error jurídico sostenido con evidente sinceridad a lo largo de cuarenta años. Porque no es de convenir, así no más, en que nuestros estadistas y nuestros diplomáticos y nuestros escritores, al defender su tesis frente a la de sus colegas argentinos, hubiesen procedido de mala fe.

Todo cambió de pronto para nosotros en la actitud argentina a partir de 1879. Nuestros vecinos, que no habían vacilado en acusar injustamente al Ministro de Chile en Buenos Aires, en 1866, sindicándolo de querer sacar provecho de la situación de guerra en que se encontraba la confederación, cuando nos vieron con ambas manos ocupadas en combatir con un enemigo que aún se creía poderoso y abocados a una situación que, para hombres menos férreos que los de aquella gene-

ración nuestra, habría podido llegar en ocasiones a parecer aflictiva.

Pero no todo debe atribuirse a la superioridad de nuestros vecinos o litigantes, ni a su falta de escrúpulos para agitar y remover la cuestión cuando en peores condiciones nos hallábamos para defendernos. En realidad parece que ya antes de decidirse por nosotros la suerte de las armas en la guerra del Pacífico, la opinión pública en Chile miraba con cierto menosprecio las "estepas inútiles" de la Patagonia. No es de extrañarse así que frente al tratado del 81 el patriotismo chileno, siempre tan sensible, no haya reaccionado como habría sido de esperarlo (1).

Selladas ya las bases de paz, aunque no de reconciliación, con los adversarios del Norte y del Noroeste, en posesión de los yacimientos de nitrato descubiertos y por descubrirse en Tarapacá y Antofagasta y orgullosos de nuestras recientes glorias guerreras, acabamos por desinteresarnos del todo de la Patagonia, "tierra improductiva y de dudoso valor" y ni siquiera aparentamos advertir la importancia del golpe que nos asestaban nuestros vecinos del Oriente al establecer la neutralidad del Estrecho, declarado vía internacional. Eramos ricos, éramos opulentos y podíamos darnos el lujo de dejar en sus manos un extensión de tierra casi tan vasta como el resto de nuestro propio territorio.

A partir de 1881 el litigio — y era de esperarlo — se hace más y más ventajoso para nuestros vecinos. Libres ya de toda oposición se entregan activamente a

(1) No se ha divulgado aún, y acaso nunca llegue a conocimiento público (cosas hay que no pueden salir de los archivos), el verdadero carácter y alcance de la espontánea iniciativa tomada en la gestión de estos arreglos por los señores Thomas A. y Thomas W. Osborne, primos carnales y Agentes Plenipotenciarios en Santiago y Buenos Aires, respectivamente.

explorar y a colonizar los territorios tan hábil como incruentamente conquistados. Ya la guerra no podía ser para ellos con nosotros sino con los indios aun no domados que poblaban los desolados parajes patagónicos o merodeaban en éstos. Y mientras el mauser hacía su obra de penetración la inmigración realizaba la suya. El gringo, conforme a las ideas de Alberdi y de Sarmiento, tenía que hacer en el sur lo que ya había hecho en el norte, y en el centro. Sólo faltaba establecer a lo largo de los Andes australes la línea fronteriza, como quien dice el muro medianero entre los dos países, y a ellos se dirigió sin vacilar el esfuerzo de los gobernantes argentinos, seguros de obtener una nueva victoria.

El viejo pleito de la tierra no era ya más que una simple controversia alrededor de la ubicación de linderos fronterizos, un tiquis-miqui doctrinario entre peritos: el divortia-acuarum o la línea de las altas cumbres. ¡Cuán lejos habían quedado mientras tanto las cédulas reales, las reales órdenes, el archivo de Indias, las cartas geográficas de la época, etc., y cuán lejos, sobre todo, los miles de kilómetros de tierra y de aguas comprendidos entre el Río Negro y la punta austral de la Tierra del Fuego! De eso no había que hablar. ¿Punta Arenas? Había sido un abuso del Gobierno de Bulnes fundar esa ciudad en territorio argentino, y sólo por una concesión propia de la longanimidad argentina no pasaba de una plumada a su poder. El estrecho era argentino, como todo el litoral Atlántico y para la Argentina lo había descubierto y cursado de parte a parte Magallanes por cuenta del Gobierno de España a principios del siglo XVI. Para la Argentina había ampliado Carlos V en favor de Pedro de Valdivia la Gobernación de Chile, que le fuera concedida por el pa-

cificador La Gasca, ampliación que confirmó más tarde el mismo Emperador a Jerónimo de Alderete y el Virrey del Perú a don García Hurtado de Mendoza y a Francisco de Villagra. Para la Argentina, y de orden de Valdivia exploraron y reconocieron el Estrecho los pilotos Pastene y Ulloa, y la Patagonia Oriental Alderete y los dos Villagra. Para la Argentina, por orden del Gobernador Hurtado de Mendoza, renovó la exploración del Estrecho Juan Ladrillos y contorneó las costas de la Tierra del Fuego, tomando posesión de ella con todas las solemnidades de estilo. Para la Argentina, en fin, ordenó recorrer y ocupar las tierras comprendidas al sur del grado 41 hasta la Tierra del Fuego el Gobernador de Chile Francisco de Villagra, por medio de su hijo Pedro de Villagra y de su yerno Arias Pardo Maldonado.

¡Sólo que tan repetidos actos de ocupación, posesión y jurisdicción se realizaban en una época anterior al nacimiento de la Confederación Argentina, anterior a la formación del Virreinato del Río de la Plata, anterior aun a la fundación de la ciudad de Buenos Aires!

Hemos anticipado que el litigio de límites habría de significar para nuestros vecinos una nueva resonante victoria. Como siempre, las circunstancias les fueron favorables: una eventual — nuestra desgraciada revolución contra el Presidente Balmaceda—; la otra preexistente— la liquidación aún pendiente de la Guerra del Pacífico. El tratado definitivo de paz y amistad con Bolivia no se celebró, como es sabido, hasta 1904; y respecto al Perú, había quedado subsistente, por culpa no se sabe de quien, ese nudo gordiano de Tacna y Arica, que mantenía vivos los rencores de la contienda bélica, y que era para nosotros como esos estados febriles intermitentes que no matan, pero que son siempre una amenaza.

¿Cómo afrontar con franqueza y valentía, en tales condiciones, las dificultades con nuestros vecinos del Oriente? Bolivia les regaló la Puna de Atacama y en más de una ocasión llegó a tomar todos los aspectos de una seria amenaza la intervención de la Argentina en el embrollo de Tacta y Arica. Por otra parte, no faltaba quien recordase que en 1873 — seis años antes de la ruptura de las hostilidades con el Perú y Bolivia — había estado la Argentina a punto de agregar su firma al famoso pacto secreto de alianza ofensiva y defensiva que fué, después de todo, el vértice neurálgico llamado a precipitar el deplorable conflicto del Pacífico. Más aún: se decía — y ello posteriormente ha llegado a comprobarse —, que la Argentina había ayudado con armas y pertrechos de guerra a los aliados.

Chile incurrió en el error de no propiciar todos los medios a su alcance para apresurar la reconciliación con los enemigos de ayer. Estuvo siempre en posición desventajosa frente a su contrincante y la victoria de éste, antes y después del arbitraje, podía darse por descontada. Esa victoria no puede haber sido más completa y más rotunda.

Porque, si no consiguieron que el arbitraje les favoreciese hasta entregarles la ciudad y puerto de Punta Arenas y con ella todo el dominio del Estrecho; si quedó para nosotros una porción de la Tierra del Fuego, debe recordarse que, ya desde 1881, la presión de su Cancillería nos obliga a neutralizar e internacionalizar aquella vía marítima y nos prohíbe artillarla o fortificarla.

Insisto una vez más en que los chilenos, tan valientes con las armas en la mano y tan afortunados en los campos de batalla, dieron muestras de debilidad, de ignorancia, de imprevisión y hasta de derrotismo en

todo el curso de aquel largo y contrincado embrollo de fronteras; en cambio, la Argentina, su Gobierno, su Parlamento, sus geógrafos, sus jurisconsultos, sus peritos, los voceros de su prensa, en fin, procedieron con un fervor unánime, con una pasión patriótica, que no merece sino plácemes. En realidad, a pesar de la copiosa, de la formidable documentación histórica aportada por los chilenos — que tienen debilidad por la historia —, cada arreglo, cada acuerdo, cada pacto provisional no fué más que un nuevo triunfo, un nuevo avance de las pretensiones argentinas. Hay constancia de que, a última hora, ya no les imponía respeto la valla de los Andes, y dentro de su tesis también afirmaban derechos a recibir el soplo de las brisas del Pacífico, *L'appétit vient en mangeant*.

El histórico abrazo del Estrecho entre los Presidentes Roca y Errázuriz — comparado por algunos al abrazo de Maipo entre San Martín y O'Higgins — coronó la victoria argentina y, con las burbujas del champaña y la oratoria del banquete hizo a los chilenos olvidar las amarguras de la derrota. Es mejor, mil veces mejor que no haya habido guerra. Sobre todo para los argentinos, porque (poniéndose en el caso que nos hubiesen también reducido por las armas) nunca podrá alabarse demasiado la fortuna de alcanzar, sin disparar un tiro, lo que constituye el objetivo de nuestras ambiciones (1).

Pero la gran victoria argentina ha sido, en realidad, otra. La guerra, aún en el caso de buen éxito, habría sido desastrosa para ellos, por que se encontraban en el período de arranque de una etapa de incontenible

(1) ¿Será necesario recordar la cesión hecha a título gratuito por Bolivia, de la Puna de Atacama, convertida hoy en el territorio argentino de los Andes? No sé qué pensarán al respecto los estadistas bolivianos de la presente generación ni cómo calificarán a sus antecesores...

avance. Un acuerdo amistoso por la vía de la inteligencia, como el que se hizo, le era providencial. Apenas producido esto, la Argentina, con la vía libre, emprendió una marcha vertiginosa y nos distanció, ya definitivamente. El ritmo nuestro era, y sigue siendo, mucho más lento.

Ya desde antes del fallo arbitral, y de las consiguientes efusiones de la reconciliación, los progresos realizados por uno y otro no se pueden comparar.

Chile ha continuado su crecimiento paulatino, aumentando en poco más de un cuarto su población. La Argentina, por su parte, ha más que duplicado la suya, y su territorio, que casi se duplicó a su vez, en superficie al anexarse definitivamente la inmensa zona contenciosa de la Patagonia y la Tierra del Fuego, es hoy el segundo en extensión de la América latina y puede contener sin peligro una población muchas veces superior a la de once millones que hoy posee, si no hiperbolizan sus estadísticas. Chile, en cambio, no llega aún a los cinco millones de habitantes; su inmigración sigue siendo reducida, y seguramente su población no alcanzará a los diez millones cuando nuestros vecinos del Oriente hayan pasado de los treinta (1).

A pesar de todo, dictado el último fallo y desvanecidas las últimas gratas efusiones de la reconciliación, Chile se ha conformado plenamente a la nueva situación creada y jamás ha planteado a su vecina la menor querella o diferendo relacionado con la antigua y ya archivada cuestión territorial y de límites.

Por el contrario, convencidos su Gobierno y su pueblo de la sinceridad de la otra parte, han puesto en evidencia sentimientos de amistad no exentos de ad-

(1) "Problemas sociales y económicos de la América Latina", por don Moisés Poblete Troncoso, obra ya citada.

miración hacia la Argentina, y su política exterior puede decirse que, si no ha seguido servilmente el puntero de la Casa Rosada, se ha orientado siempre con vistas al otro lado de los Andes.

No es que haya aspirado en todo caso a obtener la anuencia del Areópago platense — ni tenía por qué — pero no cabe dudar de que Chile, interesado en liquidar pacífica y convenientemente con sus vecinos del Norte las dificultades emergentes de la Guerra del Pacífico, ha creído necesario contar con la amistad de sus vecinos del Oriente. No sólo ha creído necesario contar con ella sino que ha creído, en realidad, contar con ella.

Es exactamente los que les ha ocurrido a Bolivia y al Perú: uno y otro han confiado en la intervención del Gobierno y hasta del pueblo argentino — intervención, que ambos estimaban decisiva—, para resolver con ventaja los embrollos de su liquidación con Chile. En cambio, y al mismo tiempo, nosotros recibíamos la seguridad de que a la Argentina no le interesaba mínimamente inmiscuirse en los asuntos del Pacífico.

Los gobernantes argentinos han tenido al talento hasta de hacerse perdonar el engrandecimiento de su patria. Hay que alabarlos sin reserva. Yo, que conozco de visu la Argentina y todos los países limítrofes, puedo responder del claro sentimiento de admiración que, con su progreso integral, suscita la gran República austro-oriental, más acá o más allá de su frontera. En todas las Repúblicas de la vecindad se ha padecido de argentinofilia. Cuando delante de nosotros, un europeo o un norteamericano, nos echaba en cara algún signo de atraso en el orden material, urbano o cultural, inmediatamente pensábamos en Buenos Aires. La gran metró-

poli del Plata era, para nosotros el orgullo de Sudamérica.

¿Ya no ocurre lo mismo? Mucho me temo que así sea. El espectáculo de su propia grandeza, la consideración de su superioridad indiscutida, la comprobación constante de su riqueza y su esplendor, las loas de sus poetas, las disquisiciones de sus pedantes, el coro mercenario de los aventureros, los halagos venidos de Europa, las propias muestras de admiración sin tasa rendidas por los pueblos hermanos, han determinado en el carácter argentino la hipertrofia de la personalidad nacional, la megalomanía.

Y la megalomanía, que tiene sus ventajas, tiene también sus graves inconvenientes. La Argentina está convencida de su misión mesiánica en el continente moreno, se siente el eslabón meridional de una cadena cuyo eslabón septentrional lo constituyen los Estados Unidos. Y — sin descartar, por cierto, a Chile, que se estima su amigo tradicional—, nos ha visto tan pequeños, tan míseros, tan poquita cosa a todos sus vecinos, que ha creído poder jugar con nuestra ingenuidad y crecer a costa nuestra indefinidamente. En parte lo ha conseguido — justo es confesarlo — y para ello no ha tenido reparo en emplear con igual eficacia y alternativamente la argucia, el halago, o la presión.

Nosotros los chilenos no acabamos de desengañarnos. El Cristo Redentor, en imagen gigantesca, ha sido puesto en lo alto de la cordillera, en el camino que va de capital a capital; sucédense los cambios de adquisición de palacios para local de las respectivas Embajadas, las visitas recíprocas de profesores, de artistas, de dignidades políticas, burocráticas o eclesiásticas, los torneos atléticos o deportivos, las delegaciones militares y navales. . . ; sí, pero mientras tanto, se nos rega-

tea sin embozo la soberanía sobre la mezquina parcela que nos dejaron la transacción y el arbitraje; se pretende hasta desconocer y desviar la verdadera dirección y extensión dada a un canal por su propio descubridor para discutirnos la propiedad de unas isletas desamparadas que hizo nuestras el mismo oneroso tratado que les asignó a ellos — a los argentinos — 600.000 kilómetros cuadrados de territorio.

No les basta haber crecido así como crecieron — por grados, no por millas ni por leguas — de un estirón, hasta las riberas mismas del gran Estrecho histórico y verse dueños del extremo austro-oriental del continente; no les basta haber conseguido neutralizar esa misma ancha vía interoceánica — nuestra casi desde los remotos días de su descubrimiento — sino que, no pudiendo por el momento declararla suya, tratan de arrebatarnos la soberanía de sus aguas, sentando y afirmando el absurdo jurídico y geográfico de que se puede ser dueño de las costas de una vía marítima sin tener jurisdicción sobre su interior en la extensión prescrita por el Derecho Universal (1).

El señor Zeballos dice — y lo secundan, como es natural, sus corifeos—, que en conformidad a los tratados, el interior del Estrecho constituye un "mar libre", confundiendo a sabiendas los términos "libre" y "neutro", que no sólo no son sinónimos sino que son incompatibles y excluyentes. Y mientras por una parte sientan esa tesis, cuyo alcance se ve venir a la distancia, por la otra alegan condominio, y gritan que Chile vulnera los derechos de la Argentina al no consentir que ella ejerza también jurisdicción sobre las aguas del Estrecho. ¿En qué quedamos?

(1) Julio Escudero Guzmán. "La situación Jurídica de las Aguas del Estrecho de Magallanes". Santiago de Chile, 1930.

Chile afirma, por boca de sus gobernantes y sus internacionalistas, que, puesto que es dueño único y absoluto de las dos riberas del Estrecho, la neutralización signada no restringe su soberanía, sino en cuanto se refiere a la no fiscalización y al libre paso para todas las banderas del mundo. Renunciar a la jurisdicción que le corresponde sobre aquel mar interior sería exponerse a tener más tarde que aceptar que, en nombre de sabe Dios qué peregrinas teorías, se declarase *res nullius* a la ciudad y puerto de Punta Arenas (1).

Pero estos alegatos, a los que la Argentina no manifiesta dar mucho valor, son hechos sobre el papel, y no nos afianzarán de veras en nuestro derecho mientras no se definan en el terreno a que aquella gran potencia parece desear arrastrarnos.

Afortunadamente, al estampar estos conceptos, no estoy solo. Leed lo que dice a este respecto un chileno eminente, el malogrado don J. Guillermo Guerra, admirador de Sarmiento y de otros grandes valores de la intelectualidad argentina.

"Hace diez años, después de la publicación de nuestro libro, *"La Soberanía Chilena en las Islas al Sur del Canal de Beagle"*, anunciamos nuestro designio de escribir una obra concerniente a la neutralización del Estrecho de Magallanes. Nuestro objeto, al publicarla, fué el de probar la falta de fundamento de dos cuestiones internacionales que con respecto a nuestro país formuló, en 1915, el Gobierno argentino. Estas dos cuestiones, y la que concierne a la soberanía sobre las aguas, del Río de la Plata, formulada

(1) A fin de evitar antibologías, casi siempre nocivas, hemos seguido dando a esta ciudad y puerto su primitivo nombre de *Punta Arenas*, y el de *Magallanes*, (que es el actual, por decreto de 1928) a todo el archipiélago y banda de tierra firme que constituye nuestro territorio austral, hoy provincia de Magallanes.

" por el mismo Gobierno al Uruguay, forman la trilogía de aventuras internacionales a que fué empujada la Cancillería de Buenos Aires por el espíritu móvil y camorrista del publicista argentino don Estanislao S. Zeballos.

"El señor Zeballos ya no existe. Pero los problemas internacionales creados por su fértil imaginación subsisten todavía y constituyen una fuente latente de inquietud continental, puesto que ellos inspiran, con respecto a las intenciones del Gobierno y pueblo argentinos, una justa desconfianza en cinco Repúblicas de la América del Sur: el Brasil, Bolivia, el Paraguay, el Uruguay y Chile.

"Estamos sinceramente convencidos de que las intenciones de la Cancillería argentina son rectas y pacíficas. Pero pensamos también que ella se halla dominada por un amor propio intenso, que le impide volver sobre sus pasos y reconocer el triple error que comete al formular ataques que ofenden a la mitad de los países de la América del Sur, y que hacen a la República Argentina sospechosa para la totalidad de sus vecinos.

"La República Argentina, que goza plenamente de la estimación de los pueblos y de los Gobiernos que la rodean, se encuentra, sin embargo, en esta fastidiosa condición de mantener tres cuestiones que amenazan los derechos soberanos de estos países, porque no se resigna ni a confesar públicamente sus errores, ni a recurrir al arbitraje, tan segura está ella de que no hay en el mundo árbitro alguno que pueda aceptar sus pretensiones" (1).

(1) Prefacio de la obra "La situación jurídica internacional de las aguas del Estrecho de Magallanes", por don Julio Escudero Guzmán, ya citada. Traduzco de la segunda edición francesa, que es la que tengo a mano.

Y tócame ahora referirme a las famosas "islas" situadas al sur del Canal de Beagle y al oriente de la grande isla Navarino — la Lenox, la Picton y la Nueva — meros accidentes geográficos, lunares de tierra volcánica de escaso valor industrial, y comercial, pero pretexto magnífico para volver sobre lo pasado y avivar el rescoldo, ya frío, de antiguos diferendos,

El tratado de 1881 dejó establecido, entre otras cosas referentes a la región magallánica, que pertenecían a Chile todas las islitas situadas al sur del Canal de Beagle (Art. 3º). El Canal de Beagle—llamado así por el nombre del barco que comandaba, a la sazón, su descubridor, capitán Fitz Roy, en 1830 — se extiende casi en línea recta, largo, y angosto y erizado de islotes, de occidente a oriente, hasta desaparecer en el Atlántico, al sur de la Isla Grande de la Tierra del Fuego.

Las ya mencionadas isletas — junto con la de Navarino, cuya costa norte forma parte de la ribera sur del canal — quedan también al sur y, en consecuencia, son de Chile. La cosa parece no admitir dudas ni dar lugar a discusión. Pero los argentinos y argentinizantes de la escuela del Dr. Zeballos, han inventado y difundido un sinnúmero de teorías, a cual más extraña y peregrina, para demostrar que el Canal de Beagle no es el Canal de Beagle, es decir, el que descubrió y trazó Fitz Roy y se halla dibujado en todas las cartas náuticas con valor científico, sino uno o unas que a ellos les acomodan, porque torciendo al sur vienen a dejar esas isletas (o dos de ellas por lo menos) al oriente. Al no quedar al sur, no son de Chile; y al no ser de Chile son de la República Argentina... *Et patatis, et patatas*. No hay quién los saque de allí. Nadie más que ellos tienen la razón. Y, continuamente, mientras vivió el imponderable Dr. Zeballos — que perdía el color cuando le nombraban a Chile —,

han estado majadereando con que los chilenos (¡Ah, esos conquistadores!) les ocupamos sus islas y se las queremos usurpar.

Lo curioso es que cada una de estas embestidas ha solido coincidir con la adquisición, por la Argentina, de algún gran barco de guerra, que garantizaba la superioridad de su armada, o con algún signo de debilidad de parte de Chile en el terreno económico, militar o político (1).

Cansado de tanta monserga, consciente de la justicia palmaria de sus derechos—que emanan no de títulos históricos más o menos discutibles, sino del texto mismo de un pacto solemne—, Chile está de acuerdo en entregar al arbitraje la solución de un embrollo que, por lo demás, dados el escaso valor de la prenda y la amistad sellada entre los dos países, le parece baladí.

Pero el procedimiento argentino es, esta vez, idéntico al que empleó siempre a lo largo de todo el pleito de Los Andes: dejar dormir la cuestión para despertarla en el momento propicio a sus intereses. Y gritar, y martillar sus argumentos, alegar por la totalidad, para, llegada la ocasión, sacar la mejor parte.

He dicho que el Archipiélago de Magallanes (la hoy llamada Patagonia Chilena) menos un pedazo de la Isla Grande de la Tierra del Fuego y unas cuantas isletas, es lo único que, después de sesenta años de litigio, vino a quedar para nosotros. Parte de la faja continental de esa Patagonia Chilena más la fracción austral cordillerana de la provincia de Llanquihue (aproximadamente del paralelo 43 al 49) con sus ríos y sus rías,

(1) Quien quiera conocer a fondo esta materia debe leer con detenimiento la magistral obra del profesor señor Guerra, a que él mismo se refiere en algunos de los párrafos antes transcritos y titulada: "La Soberanía chilena en las Islas del Sur del Canal de Beagle", Santiago, 1917. Es concluyente.

sus lagos y ventisqueros, islas, llanos, penínsulas, canales y ensenadas y, sobre todo, con su gran montaña selvática, es lo que hoy se denomina la provincia del Aysen (1).

Obran en la creación de esta provincia (primitivamente territorio) antecedentes de tal modo relacionados con la cuestión a que he venido refiriéndome, que estimo que este capítulo no quedaría completo si no lo cerrase con las líneas que van a continuación.

El 31 de mayo de 1918, aparecía en "El Mercurio" de Santiago—y ya se sabe que el decano de la prensa hispanoamericana, a fuer de viejo, ha llegado a ser el non plus ultra de la ponderación y el equilibrio—un artículo muy interesante, sin firma y bajo el sugestivo título de "¡Cuidado con esa tragedia!"

El redactor del diario de la casa Edwards aludía, semieditorialmente y con una previsión patriótica digna de mejor resultado, a ciertas disposiciones gubernativas evidentemente desacertadas cuyas consecuencias podrían muy bien llegar a ser desastrosas: se había procedido a subastar sigilosamente el arrendamiento de determinadas extensiones de tierra en la región del Lago Buenos Aires, en la parte más austral de la antigua provincia de Llanquihue, sin haber tomado en cuenta a los colonos libres que las ocupaban ni resuelto previamente las solicitudes por ellos presentadas en conformidad a derecho.

Comentaba el articulista el envío de fuerza pública ordenado por el Ministro del Interior, a solicitud de su colega de Colonización, con la consigna de desalojar violentamente a los ocupantes en caso de que se resis-

(1) Del nombre de uno de sus grandes ríos (no el mayor) y de la Sociedad Ganadera que, mediante concesión gubernativa, ejerce en la región sus actividades desde hace muchos años.

tiesen a hacer entrega de las tierras a los subastadores, y expresaban sus temores—casi en actitud profética—de que sobreviniese una tragedia, ya que parecía lógico y justo que los colonos (en su mayoría chilenos) no se resignasen de buen grado a abandonar en provecho de un advenedizo el fruto de largos años de ímproba labor y en primer término el usufructo de un suelo que habían valorizado con su trabajo.

La predicción de "El Mercurio" no tardó, desgraciadamente, en realizarse. Tropas de carabineros, al mando de un oficial a quien, por no parecer apasionado, me contento con calificar de excesivamente adepto a la disciplina, pretendió hacer cumplir al pie de la letra la desatentada orden ministerial, tratando a los colonos, compatriotas suyos, como si fuesen súbditos de una nación beligerante. En su desesperación, los colonos recurrieron a las armas, y la suerte de éstas les fué favorable. Con algunas bajas, los carabineros viéronse obligados a trasponer la frontera y acudir en demanda de auxilio a las autoridades argentinas. El regreso de los prófugos a Chile hubo de efectuarse por la vía de Buenos Aires.

Ocurrió esto en los primeros días de julio. El 6 ya había estallado el petardo en la prensa metropolitana. Se hablaba de la matanza del Lago Buenos Aires, como antes se había hablado de la de Forrahue y más tarde se hablaría de la de Ranquil. No era para menos. ¡Una batalla campal entre carabineros y colonos, en la que los primeros resultan vencidos y fugitivos! ¡Qué escándalo! Fogosos artículos en la prensa de oposición. Reportajes sensacionales. Revelaciones hechas por periodistas del sur, ocasionalmente en Santiago. Bravas interpretaciones en las Cámaras. El Ministro del Interior se defiende: la subasta ha sido realizada en con-

formidad a la ley, y la orden impartida por él no fué la de asesinar a los colonos sino la de amparar, con las armas en la mano, los derechos de los subastadores...

En la página editorial de "*El Diario Ilustrado*", su redactor político (hoy senador don Rafael Luis Gumucio) rompió el fuego graneado contra el jefe del Gobierno. No es el caso de reproducir aquí sus expresiones. Conocen demasiado los lectores chilenos el temperamento del periodista católico y los desbordes de su pluma clérigo-vitrolera. Con menos encono, los órganos de prensa de la zona austral, casi sin excepción, condenaron la imprevisión y la obcecación del Gobierno. Igualmente algunos parlamentarios demócratas—el señor Concha, el señor Cárdenas—pasaron por encima de falsas consideraciones políticas y personales para hacer revelaciones capaces de poner en peligro la situación del régimen de Alianza, que imperaba a la sazón. Los grandes rotativos metropolitanos—incluso "*El Mercurio*"—se abstuvieron de pronunciarse editorialmente... El Ministro se esforzó en explicar y aun justificar su actitud. Pero el hecho es que los colonos no fueron desalojados, ni por la fuerza pública chilena, ni por la policía argentina cuyo auxilio se llegó a pedir en un momento de increíble desconcierto mental. La tormenta pasó. Se hizo el silencio. No hubo crisis ministerial. Y en este pueblo esencialmente amnésico (se ha afirmado esto desde muy arriba y debe ser efectivo) se olvidó pronto la tragedia del Lago Buenos Aires y el sindicato como su principal responsable se vió exaltado en 1920—apenas dos años después—al más alto de los cargos políticos y administrativos del país.

Pasó el tiempo. Sobrevino el período de los trastornos políticos y cambios de regímenes iniciado en septiembre de 1924. Y sólo en 1928, casi diez años después

de la tragedia del Lago Buenos Aires, se produjo inesperada y pacíficamente su epílogo. Hemos de ver cómo.

El 28 de enero de 1928 y bajo el número 8.582, aparecía en Chile un decreto firmado por el Presidente Ibáñez. Disponíase la creación del Territorio del Aysen formado por fragmentos de la provincia de Llanquihue y del territorio de Magallanes. A pesar de haberse publicado poco antes algunos reportajes acerca de esto y de haberse tratado la cuestión en la tribuna pública, el decreto aludido fué recibido con sorpresa. Pocos alcanzaron a darse cuenta de los antecedentes que tuvo en vista el Gobierno de Chile para introducir tal modificación en la división política del país.

El autor de estas líneas, Cónsul de Chile en Neuquén, que había sido antes titular de los Consulados en San Carlos de Bariloche y en Dieciséis de Octubre, había traído la idea en su bagaje de funcionario y conseguido interesar en ella al Departamento (1). Un informe y una entrevista bastaron. La creación del Territorio del Aysen respondía a dos objetivos: 1º resolver el problema, ya grave, de la situación de los chilenos emigrados a la falda oriental de la cordillera austral, desviando o atajando razonablemente esa corriente emigratoria; y 2º incorporar al patrimonio nacional, chilenizándola y dotándola de servicios públicos, toda la vasta zona comprendida entre los paralelos 43 y 49, donde, a causa de un inconcebible abandono de parte nuestra, la influencia argentina estaba haciéndose incontrastable.

(1) De toda justicia me parece dejar constancia de que desde el primer momento tuve un valioso y decidido apoyo en el Ministro de Relaciones Exteriores, don Conrado Ríos Gallardo y en el jefe del Departamento Consular, don Luis Feliú Hurtado.

Los que estén capacitados para apreciar el valor económico de esa extensión de tierras forestales no inferior a seis grados geográficos, con costa y cordillera; los que, con un poco de imaginación, puedan compararla con lo que eran antes de la colonización Valdivia y Llanquihue, son los llamados a reconocer la magnitud de una obra como la creación del territorio (hoy provincia) del Aysen y su incorporación definitiva al patrimonio nacional.

Promovido al Consulado de Madrid y ausente desde entonces de aquellos parajes, no sé si se ha conseguido el primero de los objetivos antes mencionados. De lo que estoy cierto es de que, por lo menos el segundo, se ha obtenido con creces.

Un conocido escritor rioplatense—uruguayo de origen y argentino de adopción—, don Juan José de Soyza y Reilly, ha publicado no hace mucho en una difundida revista bonaerense una serie de crónicas de viaje, un poco alarmantes, acerca de la necesidad de "argentinar la Patagonia". Le ha preocupado al señor Soyza y Reilly la abundancia de elemento chileno que observó entre la población de esas comarcas, y como corolario de sus apreciaciones señala un peligro que en realidad no existe.

A mí también me preocupó el mismo fenómeno; pero por razones totalmente diversas. Es demasiado humilde ese elemento, es gente de ambiciones reducidas, ceñidas a su trabajo cotidiano, y resulta temerario y hasta un poco ridículo pensar que llegue a constituir un peligro, ni siquiera remoto, para la nacionalidad argentina. Esa República, que absorbe fácilmente la inmigración europea que se precipita en el estuario del Plata para derramarse por todo el vasto territorio argentino, nada tiene que temer de la presencia de unos

cuantos millares de chilenos, gente de orden y trabajo, radicados allí desde antaño, o de la peonada que acude anualmente a las labores agropecuarias de la Patagonia tras la ilusión de mejorar de suerte. Si la Argentina no logra aún trasfundir en la suya la sangre y el sentimiento de toda esa chilénada, ello debe atribuirse únicamente a la mala calidad de los funcionarios—especialmente los del ramo de justicia de paz y policía—que, por codicia o por simple torpeza, se encargan de hacer poco amable la administración pública en los territorios argentinos.

Y ¿cómo no había de preocuparme el problema de la sangría de nuestra población agraria hacia el Oriente, producida con perjuicio nuestro y en beneficio de un país más rico, más poderoso, más extenso y más poblado? Por otra parte, como chileno hube de sufrir en carne propia los dolores de toda esa pobre gente, sometida a los peores vejámenes y desconocida en sus más elementales derechos. Y no encontré más solución razonable—esa es la verdad—que la de proporcionarle al otro lado de los Andes, en el territorio patrio, el aliciente económico que les empujaba a emigrar.

Entonces (y aunque no me fué posible, como hubiera deseado, traspasar las fronteras) fué cuando, de las conversaciones que sostuve con los colonos libres—extranjeros y chilenos—que desde hace muchos años ocupan tierras y laboran honestamente entre el Aysen y el Lago Buenos Aires, vine a deducir que existía otro problema no menos grave para Chile y al que era preciso dar una solución inmediata: el abandono punible de nuestra administración había ido, paulatina pero persistentemente, aumentando y afianzando la argentinización de esas regiones. La falta de servicios públicos, de escuelas, de policía, de oficinas del Registro Civil,

de correos, hasta de caminos que permitiesen la comunicación regular, constante y expedita de esas regiones con el resto de Chile; y por la inversa, la facilidad de relaciones con la otra banda habían llegado a imponer en ellas, las costumbres, la moneda, el tonillo en el hablar, y hasta—aunque parezca inverosímil—el ejercicio mismo de la autoridad (1).

Todo lo escribí y todo lo dije. Y tuve la suerte, no sólo de ser recibido y escuchado, sino de ser atendido. Hoy el Aysen—llamado así por el nombre de uno de sus grandes ríos, no mayor que el Palena o que el Bák-ker (Las Heras, de los argentinos)—es una provincia de Chile, una de las más extensas y de mayor y más seguro porvenir. Cuenta con todos los servicios que yo echaba de menos y que antes mencioné; y Puerto Aysen, su capital, tiene además Caja de Ahorros, iglesia, hospitales, clubes sociales y deportivos, periódicos y hasta salas de espectáculos. Todo esto tiene y, además, lo que nunca tuvo antes de ahora: el espíritu chileno. Hace apenas diez años aquello estaba tan abandonado por nosotros, que las únicas autoridades chilenas eran algunos empleados de la Sociedad Ganadera del Aysen, y los habitantes de Chile Chico, Balmaceda y Lago Buenos Aires—poblaciones fundadas de propia iniciativa por colonos libres o espontáneos—se veían obligados, para avanzar más hacia Chile con sus productos, a internarse en territorio argentino, y a inscribir sus hijos en los juzgados de paz, y a enviarlos a las escuelas argentinas, y a acudir, en caso de conflictos o desórdenes,

(1) Es demasiado sabido, y hay de ello constancia oficial, que la policía argentina se había acostumbrado a traspasar la frontera sin aviso ni permiso alguno y a intervenir funcionariamente en asuntos producidos en territorio chileno. Ciudadanos chilenos solían, a su vez, trasladarse al lado argentino para los efectos del registro de nupcialidad, natalidad o mortalidad a cargo del Juez de Paz.

a la acción de la policía argentina. Bastante diferencia hay, como se ve, de ayer a hoy.

Se ha conseguido, además, otro objetivo no menos importante: fijar y estabilizar la situación de los verdaderos fundadores y creadores del Aysen, de los antiguos colonos libres y espontáneos, más de una vez desconocidos en sus derechos, como ha quedado establecido, por los propios gobernantes de Chile.

A ellos, a su empuje, a su tesón, a su formidable espíritu de "pioneers", se debe la existencia de pueblos hoy florecientes como *Balmaceda, Chile Chico, Baquedano*, colonia del *Lago Buenos Aires*—de trágica memoria—, y a ellos, que en el sólo bautizo de las poblaciones que fundaban en medio de la montaña, aun no vencida, revelan su chilenidad, rindo en estas páginas (como en las de mi próximo libro *La Revelación del Aysen*) el homenaje de mi admiración y mi respeto.

No es el mejor chileno el que más grita, ni el que más intriga, ni el que más lindo escribe, ni el que escala los más altos puestos, sino el que más hace por su patria (1).

Con respecto a Magallanes... Pero esto, como dice el gran don Miguel de Cervantes, "capítulo aparte merece".

(1) La historia completa de la tragedia del Lago Buenos Aires, a la que aquí, por razones fácilmente comprensibles, no me he referido sino de paso, la encontrará el curioso lector en la obra que publicaré en breve con el título de "*La Revelación del Aysen*".

CAPITULO SEXTO

Magallanes, chileno.—De Colonia-Presidio a Territorio y a Provincia.—El más hermoso triunfo del genio de la raza.

Con respecto a Magallanes, ¿será necesario decir que la antigua colonia penal, más tarde territorio y hoy provincia, de nuestro extremo austral, constituye uno de los más hermosos triunfos de la previsión y del esfuerzo chilenos y uno de los mejores títulos de nuestro país a la consideración universal? ¿Y será necesario, sobre todo, hacer la historia de esa región y del proceso de su desarrollo en todos los órdenes?

Gran previsión, pero sobre todo, gran voluntad la del ilustre Presidente Bulnes, quien—sobreponiéndose a los pesimismos y a las desconfianzas propias de la miopía del vulgo letrado que lo rodeaba — supo ver lo que significaba para nuestro porvenir la implantación de una colonia, signo de vida y posesión, en las riberas del Estrecho. Obsérvese que era allá por los años de 1840, hace ya cerca de un siglo, y cuando todo Chile no contaba con una población—urbana y rural, incluso los indígenas—superior a un millón doscientos mil habitantes. Obsérvese, además, que acabábamos de salir—victoriosos, a Dios gracias y al espíritu militar de la raza — de la aventura bélico-política contra la Confederación del Mariscal Santa Cruz, y que—entonces como hoy—debatíase el país entre el malestar económico (la penuria fiscal nuestra, anterior a la Independencia y concomitante con ella) y las perturbaciones o in-

quietudes políticas, sofrenadas pero no resueltas por el puño férreo de don Diego Portales.

Precisamente en 1840, gracias al genio emprendedor del yanqui Wheelright, hacían su entrada por Magallanes en el Océano Pacífico, el "Chile" y el "Perú"—los dos primeros barcos de vapor que habían surcado sus aguas (1) substituyendo la clásica vela por la rueda aspada... Así éramos los chilenos de entonces: menos en número que ahora; pero más poderosos por la fe; tan pobres como ahora, pero sobrios, inmunes todavía a la desmoralización producida por las vacas gordas del nitrato; más incultos que hoy, naturalmente, encendidos en un optimismo nacionalista que ahora les parece cursi a los barbilindos dignos de la esterilización que pululan en nuestras grandes ciudades. ¡Como que aún no se extinguía en nuestros pechos el fuego de los ideales de Libertad y Patria que habían levantado como un solo incendio del uno al otro extremo de la América Española!

Magallanes, por su proximidad al Mar Antártico, por sus características telúricas y climatéricas, sus vientos, sus nevascas, su frigidez polar, la desolación desértica de su suelo, parecía mucho más aun que la Patagonia continental, ser una de esas comarcas—no escasas en el Globo—que se manifiestan negadas a la colonización, reacias a la acción humana, fecundante y hermoseadora, representada por el ingenio de la industria y el comercio. Una de las epopeyas más terribles que registra la historia de la civilización—la fracasada tentativa colonizadora del grande y malogrado Pedro Sarmiento de Gamboa, a fines del siglo XVI — tiene

(1) Sería fútil tomar en cuenta la tentativa de la "Estrella Naciente", que trajo Lord Cochrane desde Inglaterra en 1818, y que sólo pudo navegar a vapor desde Valparaíso a Quintero.

por teatro las heladas costas y breñales del archipiélago magallánico. Sarmiento de Gamboa—personalidad que no desmerece frente a la de los Cortés, los Ponce de León o los Pizarro—poseía una vasta y clara inteligencia, el ardor y el ímpetu de los grandes hombres de empresa, y un carácter superior a todos los contrastes: nada le faltaba de las cualidades que distinguen al genio. Sólo le falló la suerte. La diosa fortuna fué, más que esquiva, brutalmente despótica con él. Y todo el patriótico celo, la aguda previsión, la tenacidad y la experiencia del fundador de la *Ciudad del Rey Don Felipe* (más tarde, con dolorida justicia, llamada *Puerto del Hambre*) fueron a estrellarse contra una serie inacabable de reveses—naufragios, motines, desertiones, abordajes de piratas, largos cautiverios, no menos largos ajetreos por los pasillos de Palacio—que no terminaron sino con el desastre final, es decir, con la catástrofe: el abandono de la colonia en parajes aislados, lejanos, inhospitalarios, desprovistos de todo recurso, la fuga loca a la ventura, la muerte por inanición, por frío, por desnudez, por hambre, frente al paisaje más maravilloso y más mezquino de la tierra, claveteadas las carnes por las agujas del cierzo polar, frente al mar helado, desierto y avaro como la tierra, por donde no asomaba ni pasaba jamás una vela de navegantes o de pescadores.

De cuatrocientos hombres con sus familias que Sarmiento de Gamboa dejó en tierra en febrero de 1584, el corsario inglés Lord Cavendish, que echó accidentalmente el ancla en la bahía de la abortada Ciudad de Don Felipe, no encontró más que uno, el soldado Tomé Hernández, al que hizo subir a bordo y obligó (porque el tozudo castellano se obstinaba en volver a morir en tierra), a seguir viaje con él en demanda de Valparaíso.

Hasta la de Bulnes, casi tres siglos más tarde, ninguna tentativa de colonización, ni siquiera de ocupación o arraigo, se hace, ni oficial ni particularmente, en toda la inmensa zona subantártica de más allá de Chiloé. Canales, istmos, ensenadas, fiordos, farellones, sólo se ven frecuentados por las manadas de focas y pingüinos, y no hay en aquella tierra hosca y triste más huella humana que la de las tribus vernáculas—los onas y los alacalufes, de piel oliente a sebo derretido y pescado putrefacto—y de tal cual piloto o marinero perteneciente a la dotación de algún barco ballenero (1).

Ni siquiera faltó allí la nota trágica, dada, como se recordará, en 1852, por el oficial de la guarnición teniente Miguel José Cambiazo, hombre de perversa índole, que, sublevado contra su protector y jefe, el Director de la Colonia Capitán de Fragata don Benjamín Muñoz Gamero, hizo asesinar a éste y a muchas personas principales, y, mediante un simulacro de gobierno, robó, incendió, saqueó y se entregó a orgías y desmanes piratescos, y acabó por fugarse y ser traicionado a su vez para caer, en el puerto de Ancud, en manos de los agentes de la autoridad de Chile. Cambiazo y doce de sus secuaces, a quienes se siguió rápido proceso en Valparaíso, convictos y confesos de sus crímenes, fueron pasados por las armas. Mientras tanto, sobre los escombros todavía humeantes, el Gobierno chileno procedía a restablecer la colonia en mala hora deshecha por el furor de un sádico.

(1) Cabe recordar, entre los marinos que, por accidente, visitaron la región del archipiélago, a Lord Byron, guardiamarina de la fragata "Wager", y más tarde almirante de la Escuadra Británica y abuelo del inmortal poeta del mismo nombre. La "Wager" naufragó en 1741, al sur del Golfo de Penas, y el joven Byron vivió algún tiempo en Castro y otras poblaciones chilotas, muy bien tratado por los vecinos, según él mismo cuenta, hasta que pudo seguir viaje a Santiago para ser restituído a su país.

Largo y laborioso fué, pues, el proceso cumplido por la colonia penal para transformarse en colonia civil, en colmena social, para integrarse realmente al país bajo la denominación y en calidad de territorio. Pero la metamorfosis—como la del insecto, que de óvulo apenas visible, de ninfa deforme, de reptante oruga, pasa a brillante y alada mariposa—ha sido completa. Punta Arenas (seguimos llamándola así, aunque su nombre oficial sea, desde 1930, Magallanes) es actualmente, no sólo una de las más ricas sino una de las bellas ciudades de Chile, y es de esperar que sigan su huella e imiten su ejemplo las demás poblaciones plus-australes. Hoy, sin minas ya, sin carne, sin lanas, sin petróleo, preteridos en los mercados de cereales por los grandes países productores; derribado el nitrato por la competencia de los abonos sintéticos; defendiéndonos malamente (malamente, si se toma en cuenta la cantidad, no la calidad de lo exportado) con nuestras frutas, nuestros vinos, nuestras valientes leguminosas (la legendaria lenteja y el glorioso poroto) y con apenas escasos artículos de la industria nacional, la moneda por los suelos, la miseria en los hogares proletarios; el piojo, como un dragón de cuento de hadas, devorándose al pueblo y escalando insidiosamente los palacios; el odio fermentando abajo y la incomprensión y el desconcierto arriba, aún contamos con algo, ajeno a las glorias militares y al oropel barato de cierta oratoria que nos ha hecho tanto daño: con algo de que enorgullecernos legítimamente y calentar los corazones ateridos por el desencanto: ¡el Territorio de Magallanes!

Nada sería tan fácil como ofrecer, en un cuadro panorámico, la historia del desarrollo general de Magallanes desde su descubrimiento hasta nuestros días. Bastaría para ello poner a contribución a la serie de

autores que a ello han dedicado su laboriosidad y entre los que no debo silenciar los nombres de ingenieros como el señor Guerrero Bascuñán, marinos como el señor Maldonado, estadígrafos como el señor Navarro Avaria, militares como el señor Fuentes Rabé, periodistas como los señores Zorrilla y Fagalde, hombres de toga y letras como don Robustiano Vera, etc. Me contentaré con citar, por más reciente, la interesante obra "Bajo el cielo austral", del señor don Claudio Chamorro, a la cual pertenecen los párrafos que van en seguida y que me parecen concluyentes:

"Según cálculos prudenciales, en el Territorio de Magallanes hay más de cuatro millones de hectáreas aptas para la ganadería, una porción muy apreciable de las cuales se puede destinar al cultivo de avena, cebada, papas, arvejas, hortalizas y verduras, como se ha venido haciendo en las estancias y pequeños predios de los tres departamentos. Y, a propósito de lo dicho, es necesario tomar también en cuenta las comarcas inexploradas. La Sociedad Ganadera que se lleva la palma y marca el ritmo en materia económica, en inversiones de capitales, en beneficio nacional, en ampliación de las faenas y en la ocupación de un mayor número de obreros, es la Exploradora de Tierra del Fuego, que es propietaria de 945.000 hectáreas, y es concesionaria de 950.000, que el Ejecutivo le ha otorgado en arrendamiento por un número determinado de años, lo que hace un total de un millón ochocientos noventa y cinco mil hectáreas en la provincia de Magallanes.

"Por el número de ovinos que posee y la extensión de tierras que ocupa, es la primera del mundo: no hay en Argentina, en Estados Unidos de Norte América, Canadá, Nueva Zelandia y Australia, ninguna estancia ganadera que le pueda igualar, lo cual debe considerarse como un orgullo patrio y hace honor al talento de quienes rigen con tanto acierto sus destinos.

"La Sociedad Industrial es concesionaria de muchos miles de hectáreas; y como éstas hay tantas otras, en el territorio, que disfrutan de la misma munificencia gubernativa y han impulsado grandemente el progreso económico del territorio.

"La industria agropecuaria ha adquirido un vuelo inmenso en los últimos años, como lo demuestran las actividades desarrolladas en los frigoríficos de Tres Puentes, Río Seco y Puerta Sara, en el departamento de Magallanes; y en el de Puerto Natales y Puerto Bories, que se hallan en el departamento de Última Esperanza.

"En 1932 se beneficiaron o faenaron: un millón 169,162 ovinos, para la exportación; y 79.156 para las graserías, industria, esta últi-

ma, que produce miles de toneladas de sebo, que se envían al mercado de Santiago, Valparaíso y otros pueblos.

"En 1933 se beneficiaron, en total, 1.161.593 animales lanares, según datos oficiales de la Inspección de Veterinaria y Sanidad Animal de Magallanes.

"El valor de los corderos frigorizados, o carnes congeladas, lanas, cueros, tripas y demás, que fueron enviados al mercado de Londres y otras ciudades europeas, en 1932, sumó lo siguiente: 37.219.843 pesos de seis peniques; en 1933, el valor total alcanzó a 28.754.528 pesos de seis peniques, según informes de la aduana respectiva.

"Los animales lanares, en pie, que había en 1934 en las 114 estancias del territorio, alcanzaban a 2.437.345, de los cuales 1.500.000 pertenecen a la Explotadora de Tierra del Fuego, según informaciones oficiales de la Sociedad Rural, que es el organismo por excelencia que lleva el control de cuanto se relaciona con la industria ganadera de la provincia.

"La que fué triste y misérrima colonia de Magallanes, hoy día se ha convertido en un emporio de riqueza, como lo demuestra eloquentemente el valor de la propiedad rural, por departamento, que alcanza a lo siguiente: 248.865.000 pesos en el departamento de Magallanes; 95.423.600, en Última Esperanza; 179.167.100, en Tierra del Fuego, lo que suma quinientos veintitrés millones, cuatrocientos veintiséis mil trescientos pesos, en total, según el Rol de Avalúo de 1929, que rige en la actualidad".

Sería cosa de hacer un paralelo entre las dos zonas extremas—la septentrional y la meridional—de Chile.

A partir de la guerra del Pacífico y durante cincuenta años, el Norte estuvo gozando de un prestigio mágico y atrayendo a lo más granado de las clases media y popular, no sólo del país sino de los vecinos de esta misma banda del Continente. Ha sido portentoso el progreso de ciudades como Antofagasta, por ejemplo, que en 1879 no pasaba de ser un lugarejo marítimo sin importancia y que hoy tiene (o ha tenido hasta hace poco) sesenta mil habitantes, edificación sólida no exenta de elegancia y todos los elementos de bienestar y de cultura imprescindibles en la vida moderna. Pero si hay algo que se explique por sí solo, es el adelanto, y aun podría decirse el esplendor de los centros de población en la zona salitrera. La riqueza ha estado a la mano, en las primeras capas del subsuelo, y su elabo-

ración era de una sencillez elemental. El clima, ardiente, es verdad, en las horas del mediodía, no tiene nada de riguroso, ni mucho menos de insalubre. Precisamente, de Coquimbo al norte es donde el litoral chileno ofrece uno de los climas más deliciosos del mundo. Si fuésemos capaces de imitar a los yanquis, haríamos allí fácilmente lo que ellos realizaron en California después del broceo de los placeres de oro: transformar el desierto, bajo la acción de la varita mágica de la agricultura, en un vergel inmensurable. Pero para eso será preciso que ya, por uno u otro motivo, haya perdido todo su valor, o se haya agotado ese polvo blanco, o coloreado, o parduzco, de un sabor cáustico, en el que no reparaban los buscadores de metales valiosos; esa substancia aparentemente despreciable que pasó de pronto a ser preciosa y casi insustituible como abono.

Ese polvo extraño, esa substancia rara que los indios veían de pronto arder chisporroteando, fenómeno que ellos atribuían a milagro, produjo realmente un milagro: el de la vida económica creada artificialmente sobre el haz del desierto y en las solitarias caletas, cuyo silencio no habían turbado antes más que la algarabía de las gaviotas y los bajo-profundos de las focas. Al imán del capital, sobrevino la inmigración de brazos; tras las huellas de Minerva, batiendo su caduceo, llegó Mercurio, el de los pies alados, y el inmenso páramo se vió pronto explorado, medido, roturado, concedido y entregado a la explotación de propios y de extraños; estalló la fama de las fortunas colosales hechas en escaso tiempo, de pueblos hormigueantes nacidos de la noche a la mañana; subieron desde los puertos los trenes pujantes con su carga de ganado, verdura, artículos manufacturados, y bajaron de la pampa repletos de sacos de salitre; banderas de todas las naciones flamearon

en los mástiles de los barcos al ancla en las bahías; el sur agrícola iba vaciando su vientre en el norte salitrero... y el Fisco chileno, socio obligado de la industria, iba locupletando sus arcas con el gesto típico del rico improvisado. Se iniciaba para nosotros el sueño faraónico, que había de tener tan doloroso despertar.

En cambio, en el extremo sur, se tenía todo en contra. Como en los remotos días de Sarmiento de Gamboa: lejanía, aislamiento, desolación, temperatura rigurosa, hostilidad de todos los elementos naturales desde la atmósfera con su meteorismo siempre desencadenado hasta los mares rara vez tranquilos entre el laberinto inextricable de sus islas, islotes y penínsulas sinnúmero, y la tierra de vegetación pobrísima, empedernida por el azote de las aguas gélidas, los cierzos y los hielos. No había más que una circunstancia favorable: el tránsito marítimo forzoso del Viejo al Nuevo Mundo, y viceversa, y al favor de esta circunstancia fué cómo hubieron de emprender su lucha los antiguos fundadores del Fuerte Bulnes. Chilenos algunos, cuyos nombres ha conservado justicieramente la historia; extranjeros, otros, francamente adictos al país a que servían, como don Juan Williams y don Bernardo Philippi, dos apellidos que habían de tener más tarde notoria figuración. A poco andar, se vió que la flamante colonia estaba desfavorablemente emplazada, y fué así cómo nació a la vida, merced, por una parte, a la previsión tutelar de los gobernantes, pero sobre todo a la aptitud colonizadora del genio de la raza. Hoy, de puro sabida, es ya cosa vulgar que las más grandes y sólidas fortunas de Chile son las de Magallanes; pero la verdad es que ha costado por lo menos medio siglo de esfuerzos sostenidos y renovados alcanzar los primeros presagios ciertos de prosperidad y de bonanza. Sería injusto y torpe desca-

nocer la eficacia de la acción oficial: medidas legislativas y administrativas inteligentes llegaron a hacer de Punta Arenas, como único puerto del Estrecho, una gran plaza de tránsito; pero es también indudable que la salvación definitiva, el portentoso florecimiento de la primitiva colonia, se debe a su transformación, y que esta transformación no se habría producido jamás si no se hubiesen sabido aprovechar en su momento las magníficas condiciones del suelo y del clima para la ganadería menor. Junto al de Magallanes y al de Bulnes debe haber en Punta Arenas un monumento a la memoria del introductor del ovino de calidad en la región.

Este ha sido—y no lo digo con la pretensión de hacer un descubrimiento—el gran factor de la prosperidad y la riqueza magallánicas. De los antiguos "pioneers" ya van quedando pocos; ya están lejanos los días en que allí llegaron a pelear bravamente con las inclemencias de la naturaleza, al amparo que les brindaba la bandera de nuestra República; han triunfado, y sus familias tienen entroncamiento en la sociedad de tres capitales suramericanas. La veintena de hombres que en 1843 fueron desde Ancud en un pequeño velero a tomar solemnemente posesión de todo Magallanes en nombre del Gobierno de Chile y fundaron Fuerte Bulnes tres días después de haber echado anclas en la bahía de Puerto del Hambre (teatro del macabro desastre de Sarmiento de Gamboa) es ahora un núcleo de población no inferior a treinta y cinco mil habitantes, a los que hay que agregar aun los de otros centros de actividad y los que mantiene la industria regnícola diseminados por los campos. El día que un feliz ensayo demostró la aptitud de Magallanes para el pastoreo y la crianza del lanar, ha sido el día fijado con el gran signo por los dioses protectores de la zona y de todo el país. Me encojo

de hombros cuando oigo decir que por allá se han descubierto placeres o lavaderos de oro; me sonrío, aunque sin grande entusiasmo, cuando ante mí se asegura que en Tres Puentes, o donde sea, está saltando a chorros el petróleo; pero se me inunda el alma de una felicidad sin reservas cuando las estadísticas me dicen que nuestras fábricas de paños tejen sólo las lanas de Magallanes, o cuando, en los puestos del mercado de abastos, observo que la gente se atropella por comprar la carne de cordero procedente de los frigoríficos australianos.

Esos españoles, esos ingleses, esos portugueses, esos yugoeslavos, esos alemanes, esos franceses, esos italianos que se han establecido allí, formando allí su hogar y contribuyendo, con su éxito personal, a elevar el tono de la economía regional y nacional, son gente de incontestables méritos, y yo no tengo reparo en dejarlo así establecido en estas páginas.

Pero tampoco se podría silenciar sin incurrir en palmaria injusticia, la parte que en este admirable proceso de metamorfosis ha debido corresponder al esfuerzo del genio chileno representado no sólo por sus gobernantes, no sólo por sus funcionarios civiles, militares o navales, sino por sus primeros y sucesivos colonos y—quírase o no se quiera—por sus aventureros, por esos adelantados de la migración, aun cuando en la lucha económica hayan venido, a lo largo, a resultar vencidos por los individuos de otras razas.

No, no sería justo, al referirse a la previsión de un Bulnes y a la atención y perseverancia de los Gobiernos que le sucedieron, desconocer que toda providencia y toda tuición tutelar habrían acabado por estrellarse—tan lamentable y acaso tan trágicamente como la empresa del remoto y genial precursor Sarmiento de

Gamboa—si no se hubiese contado con la cooperación del carácter y la inteligencia prestada por hombres patriotas como los Philippi, Dublé Almeyda, los Sampaio, los Bories, los Señoret, etc.—¡y tantos más!—cuya gestión administrativa, a veces combatida y otras puesta en tela de juicio, ha recibido más tarde los honores del reconocimiento general. Indudablemente, la justicia póstuma es la única a que habría derecho a aspirar.

Pero también hay mucho que decir del elemento chileno nativo, de la eterna "carne de cañón" de toda aventura y toda empresa, de ese marinero hecho poblador y colono, de ese isleño mariscador o hachero hecho esquilador y ovejero, de ese ciudadano oscuro cuyo nombre figuró entre los fundadores de la primera colonia y que ya ha desaparecido hasta de las estadísticas oficiales, de ese hombre cuyos herederos—si existen—ni siquiera a título precario son dueños de un pedazo de tierra magallánica, pero cuya planta sobre ella es como el sello de la propiedad y la soberanía chilenas, establecidas, afirmadas y mantenidas—allí, sí, puede decirse—contra viento y marea y por los siglos de los siglos.

Ese es el elemento que cuida los rebaños, los baña, los cura, los esquila, los beneficia; él el que lucha cuerpo a cuerpo contra el frío, y las nieves, y las ventiscas, y todos los flagelos meteóricos; el que hormiguea en los frigoríficos, en los saladeros, en las graserías, en los muelles; el que tripula los barcos y acuchilla a los lobos y harponea a las ballenas; el que, tan hábil en las faenas de la tierra como en las del mar, se encarga de demostrar lo que vale el trabajo como auxiliar del capital. Todo eso está muy bien; pero no es todo: lo principal para el chileno en Magallanes, es permanecer allí, luchar allí, procrear allí, vivir y morir allí, para que

eso, que fué chileno desde antes de Magallanes, de Ladrillero y de Sarmiento de Gamboa, desde antes de Drake, de Cavendish y de Fitz Roy, siga siendo chileno después del laudo de Holdich y a pesar del Dr. Zeballos y de los herederos (que aún quedan, por desgracia) de su chifladura antichilena.

Porque—hay que decirlo, para evitar malentendidos y sofrenar un poco ciertas jactancias no siempre discretas—no pertenecen a ninguna raza ni a nacionalidad alguna en exclusivo, ni siquiera en particular, la obra y la gloria de la prosperidad magallánica. No desconozco—por el contrario, la he proclamado obedeciendo al impulso de un espíritu justiciero—la eficacia del esfuerzo extranjero, ni su contribución efectiva a la realización de esa maravilla que ayer nos envidiaron y que hoy se nos codicia.

Pero, ciertamente, no se nos podría regatear a los chilenos el derecho de sentir ante el Magallanes de hoy el mismo legítimo orgullo con que los norteamericanos contemplan los opulentos vergeles en que se han convertido los antiguos desiertos californianos, exhaustos ya de sus placeres de oro. Magallanes, por lo demás, es hoy un desmentido rotundo a los que, en su hora y para desgracia nuestra, atribuyeron escaso valor económico a los territorios de la Patagonia Continental; y un desmentido también a los que se obstinan en negar a nuestra raza la capacidad colonizadora, que es como negarle lo que es en ella atávico y consubstancial: el genio aventurero (1).

En los últimos años, y cada vez más acentuadamen-

(1) No se vea en esto una contradicción a las críticas antes formuladas a nuestras tentativas colonizadoras oficiales. Los desiertos gubernativos nada tienen que ver con las cualidades innatas de la raza. El genio colonizador del chileno está patente en nuestro extremo austral, en la faldía oriental de la cordillera de los Andes.

te, se ha venido hablando del "separatismo" magallánico como de un fenómeno cuya crisis podrá aplazarse pero no evitarse. Para mí, como para todos los chilenos, la unidad territorial y la homogeneidad racial y política del país, son dos artículos de fe. A este lado de los Andes, cuesta tomar en serio semejante amenaza o presunción.

Sin embargo, como quiera que estas páginas son de periodista, y el periodismo es hijo del viento de la calle, se me permitirá que ponga oído al rumor y que trate, por lo menos, de contrastarlo y de fijar su origen.

La verdad es que—lejos, por cierto, del grado de intensidad de los cruceños—los magallánicos se manifiestan quejosos del olvido en que se les tiene de parte de los Poderes Públicos, del menosprecio con que se les mira, "como si fuesen—dicen—una colonia extraterritorial y no una fracción de la Patria común, con su misma alma, aspiraciones y derechos".

La verdad es también que, absorbido por las preocupaciones de la política partidista y—*a partir de la Guerra del Pacífico*—por los problemas de la frontera norte (1) o, sencillamente, porque la antigua colonia austral no tuvo (sino hasta hace pocos años) personero ante las Cámaras y gestor legal de sus intereses en las esferas administrativas, el Gobierno descuidó—*esa es la palabra*—muchos detalles relacionados con Magallanes en el orden de los servicios públicos.

La queja está, pues, justificada. Pero, ¿existe, siquiera sea en germen, entre los habitantes del archipiélago sureño un sentimiento de animadversión a Chile,

(1) En su folleto "¿Tacna y Arica para Bolivia?", el escritor peruano don Federico More, ya citado, asegura, a este respecto, que la opinión chilena recibiría con *relativa indiferencia* la segregación o pérdida de Magallanes... Me permito dudarlo.

o una tendencia antichilena, o el deseo de formar casa aparte, o la convicción de que les aprovechará cambiar de soberanía y de bandera? En dos ocasiones he visitado Punta Arenas—en 1911 y 1919—y tengo que confesar que, si he podido tomar nota del creciente progreso de la población en todos sus aspectos, no alcancé a advertir ningún síntoma de inclinación secesionista, ni mucho menos de anexionismo a ningún Estado extranjero, próximo o remoto. Soy provinciano, he recorrido muchas veces el país, y puedo decir que ese vago presentimiento contra la capital, y esa tendencia anticentralista, no son en Chile característicos de ninguna región ni tampoco dignos de quitar el sueño al más receloso de nuestros nacionalistas.

Lo que se observa, sí, en Magallanes, es—por razón natural y fácilmente explicable—una gravitación cada vez más pronunciada de las actividades hacia el lado oriental. ¿Es esto fomentado y estimulado artificialmente y con determinada intención? Probablemente no. La materia atrae a la materia. El capital va al capital. La mayor potencialidad argentina es ya por sí sola como un poderoso imán. Sería necio pretender que, por espíritu patriótico o nacionalista, los inversionistas de nuestro Magallanes cerrasen los ojos ante las expectativas que les significan una moneda muy superior y un campo de actividades mucho más intensas.

Nada tiene que ver en esto el sentimiento. Nadie puede dudar del patriotismo de nuestros hombres del pueblo, de su bravío orgullo de ser chilenos, y, sin embargo, no ha habido medio de atajar la emigración de trabajadores sureños a la Patagonia Argentina. En bellezas naturales, en clima, en costumbres, son muy superiores las comarcas del sur de Chile a las correspondientes del lado argentino. A pesar de esto, y de ser

"sus" tierras y las de sus padres, el campesino chileno las abandona para arraigarse, muchas veces, en un suelo que es extranjero, donde no se le quiere mucho pero donde le pagarán, en buena moneda, mejor jornal y se alimentará mejor.

En cuanto a Magallanes, debe tenerse presente, además, el carácter internacional de sus capitales, de su comercio y de su industria, y la inevitable atracción de una cosmópolis como la de Buenos Aires donde al antiguo emigrado transatlántico, le es fácil hacerse, sin salir de América, la ilusión de que vive en Europa.

A todo esto agréguense detalles como el de que, durante más de treinta años, Magallanes careció de comunicación telegráfica directa con la capital y con el resto de Chile: los mensajes tenían que partir y volver por la vía de Buenos Aires. Todavía se dice en Magallanes: "Voy a Chile", "Vengo de Chile", en lugar de "Voy al norte", "Vengo del norte"; y esto, fruto inconsciente de la costumbre, como todos los idiotismos de expresión, no significa en modo alguno que el magallánico reniegue de su nacionalidad chilena o se mire a sí mismo como un extranjero dentro del país, sino que, debido a las dificultades e irregularidades tradicionales de la intercomunicación, ha acabado por considerarse habitante de una colonia insular.

La implantación del servicio regular de movilización aérea de pasajeros, correspondencia y carga—iniiciada recientemente y con el éxito más lisonjero—demuestra que, por fin, el Gobierno se decide a considerar que los territorios del extremo austral valen—para la integridad nacional, que es deber suyo defender—por lo menos tanto como los del centro y los del norte. Nunca es tarde para reaccionar. Nuestro Gobierno está obligado a buscar, por todos los medios a su alcance, compensación a las desventajas que para nosotros im-

porta la ubicación geográfica de Punta Arenas y demás centros de actividad magallánicos, situados a centenares de millas del último puerto continental—Puerto Montt—y separados de él por el laberinto de un archipiélago que ha sido cementerio de naves, mientras que hacia el Oriente, hacia los territorios de la Patagonia argentina y rumbo a Buenos Aires, no existe para ellos ni la barrera de los límites naturales: no hay allí solución de continuidad alguna, orográfica ni topográfica.

A medida que prosperan, los territorios lejanos tienden espontáneamente a su independencia, dejando sentir anhelos de autonomía más o menos determinados, sobre todo cuando, cerca o lejos, surgen o se producen motivos de estímulo para aquellos sentimientos o inclinaciones. El caso de Panamá es elocuente y el de Manchukúo escandaloso.

Permítaseme—puesto que con ello sé que doy mayor interés y mayor autoridad a mis afirmaciones—terminar el presente capítulo reproduciendo íntegro un artículo que acabo de leer en "La Hora". Titúlase: "Magallanes toca a rebato" y lleva la firma de don Emilio Rodríguez Mendoza, a quien tantas veces y no sin motivo he debido citar a lo largo de estas páginas. Dice así:

I

"MAGALLANES TOCA A REBATO"

—¡El Estrecho, general! — le escribía O'Higgins a Bulnes desde el destierro. Y en cuanto pudo, el vencedor de Santa Cruz y su Confederación peregrina, mandó ensillar un barquito de treinta toneladas que puso al mando del capitán Williams, progenitor del de Papudo, y en el cual se embarcó muy contento don Bernardo Phillips, futuro amigo de Pérez Rosales.

El 17 de septiembre de 1843 la pequeña embarcación, que parecía cualquier cosa, menos un buque fundador, disparó dos polvorazos con su artillería de juguete, izó la bandera y estalló un ¡Viva Chile! (y lo demás), que fué a perderse en los ventisqueros de Puerto del Hambre.

Veinticuatro horas después llegó un buque, y éste sí que era

de guerra, que iba en plan de desplegar el tricolor francés y de tocar la Marsellesa en esas regiones. Pero llegó tarde, porque le había ganado el quién vive el barquito chileno.

—Se chingó — habría dicho don José Joaquín Pérez, antecesor criollo de don Ramón Barros y de don Emiliano Figueroa.

Con el Estrecho, nuestro país tendía un cordón umbilical entre el Atlántico y el Pacífico y contó con una vía propia aunque algo excéntrica, para comunicarse con el Viejo Mundo.

—Al ocupar Magallanes — me decía, hace poco, el ilustre autor de "La Guerra del Pacífico" — Chile prestó un servicio incalculable a la América, porque si no se hubiera anticipado a ocupar el Estrecho, lo habrían hedho Francia o Inglaterra, a lo cual la Argentina no habría podido oponerse, porque en esos momentos estaba con el cuchillo de Rosas puesto en el cuello.

—Demás está decir — continuó el señor Bulnes — que la gran potencia que hubiera ocupado el Estrecho, no se habría contentado con quedarse en Puerto del Hambre, y entonces tanto la Argentina como Chile y la América habrían quedado tomadas por la parte austral de su territorio y de sus mares.

II

Por lo demás, una vez efectuada la ocupación, nunca fijamos en ella una mirada penetrante y comprensiva y esas regiones fueron dejadas a la buena de Dios: Punta Arenas fué un presidio siberiano y después las tierras magallánicas empezaron a entregarse a los que llegaban de ultramar — dicho sea en su honor y en el de la verdad — sin más capital que una boina, una bufanda y una voluntad de hierro, como la de los conquistadores hispanos.

Magallanes era, pues, algo nevoso y emponchado de pellejos de lobo o de oveja emplumados de nieve.

—Tierra para lobos, perros y patagones — se dijo en el centro del país. Y nadie clavó en ella la vista a fin de que después no se nos motejara de tontos o de ciegos.

No tardó en saberse que ahí se habían levantado ciertos fortunones escandalosos con los cuales iban surgiendo de entre la nieve unos nuevos reyes de las carnes y las lanas. Pero mientras otros "hacían" la América en forma tan egoísta y suculenta, Magallanes empezaba a sentirse atraído hacia el Viejo Mundo y hacia Buenos Aires, que se había puesto a crecer y agigantarse.

El pacífico Chile, Santiago con su política, su mentidero, sus gestores, sus comilonas, sus pujos europeos y sus negocios de tarasca, fué siempre para aquellas tierras y, sobre todo, para aquellos ovejeros omnipotentes y tan ensoberbecidos, algo tan lejano, casi festivo y sin atracción económica alguna. Y para remate, una vez abierto el Istmo de Panamá, después del manotazo del primer Roosevelt, empezó a paralizarse el antiguo tránsito de uno a otro océano.

Había que hacer algo; se hizo, como de costumbre, un disparate y se abrió una aduana magallánica en lo que hasta entonces había

sido un próspero puerto libre.

Como consecuencia inmediata, Magallanes continuó inclinándose hacia el imán argentino y sus atracciones de todo orden. Y sigue inclinándose en ese sentido, lo que nos alarma, no porque un organismo nacional más poderoso está en visperas de estirar la mano para coger esa región, sino porque lógicamente los intereses comerciales y, por consiguiente, biológicos de esos ciento setenta mil kilómetros cuadrados seguirán gravitando hacia el vecino con crecimiento de toro y que en veinte años más será dueño de una fuerza centrífuga o expansiva, insospechada por los que aquí no han impedido el suicidio colectivo que significan una mortalidad, una incultura y una miseria, que no se ha visto ni entre la morería leprosa, que en el norte del Africa se despioja al sol.

III

Tengo a la vista un estudio publicado hace poco en este diario y firmado por el corresponsal que escudriña certeramente las nieblas magallánicas:

"Magallanes — dice, dando datos que indignan y desgarran — es una factoría en la cual, fuera de la población de cuarenta mil almas, nada es chileno, ni hay nada chileno que valga".

"Hasta la fecha — agrega, acusando concretamente — los que han medrado con las tierras públicas lo han hecho pagando a precio de oro las gestiones administrativas correspondientes para obtener por 20 o más años los arriendos de grandes lotes de cuatro, cinco, diez mil o más hectáreas, en las cuales era necesario una subdivisión infinitamente mayor".

Todo el problema del futuro magallánico está resumido en esas líneas que son un grito angustioso "¡acuse", un último alerta.

Y si el latifundio ha fracasado como instrumento nacionalizador, planteando peligros que ya están a la vista, ¿por qué — se pregunta uno, cerrando los puños — se persistiría en mantenerlo a sabiendas de los riesgos mortales que han planteado a la soberanía actual?

¡Misterio!

Subdivisión del suelo y mantenimiento de la ley petrolera de 1930, acaba de exigir e impetrar un cabildo abierto celebrado en Punta Arenas y que es un toque de rebato, porque significa una advertencia suprema de que esa región sigue yéndose y sigue oscilando entre una influencia débil y desorbitada — la nuestra — y una certera y poderosa — la ajena".

CAPITULO SEPTIMO

La huella perdida.—Indefensión y armamentismo.—Para estar alerta no es necesario ser imperialista.

A pesar de lo que pudiera hacer suponer el título de este libro, el autor no cree que la tempestad esté próxima a estallar. Cree, sí, que acabará por estallar si la previsión de los Gobiernos no lo impide, sofrenando, los unos, las tendencias excesivamente imperialistas de sus jefes de Cancillería; buscando, los otros, para sus países, puntos de apoyo adecuados a la sustentación del equilibrio.

Buscando, he dicho, en el caso de Chile, puntos de apoyo eficaces por medio de acercamientos efectivos con países de los que necesitamos y que necesitan de nosotros; pero, sobre todo, resolviendo con patriótica premura nuestro malestar interno, la crisis casi total que nos aplasta y volviendo por nuestros antecedentes de nación respetable y respetada.

Tengo a la mano una interesante obra, de reciente publicación, "Problemas Sociales y Económicos de América Latina". Su autor, don Moisés Poblete Troncoso, es, incuestionablemente, en Chile y fuera de Chile, uno de los hombres más bien preparados y de mayor crédito en las materias que el libro toca. Resisto, por demasiado fácil, a la tentación de extraer los datos demográficos que él allí reproduce, y hacerlos servir en provecho de la tesis que informa las presentes páginas. Es desoladora la impresión que dejan, por ejemplo, los cuadros comparativos del crecimiento de la población en los tres

países del antiguo A B C. Chile, en este terreno, se ha quedado definitivamente atrás y el distanciamiento tendrá que ser más considerable cada día.

Pero no es sólo en este aspecto en el que, desgraciadamente, nos ha perjudicado la estrechez de nuestro territorio y nuestro desplazamiento geográfico—condiciones de inferioridad que, como se recordará, se encarga de señalar el Dr. Ingenieros en su "Sociología Argentina"—. Industrialmente, comercialmente, económicamente, para decirlo de una vez—y a pesar de que la ola de la crisis universal también ha azotado y azota las playas del Atlántico—, hemos descendido a un nivel irrisorio. Como dicen los argentinos, *no nos queda más que la parada*. El epílogo de la leyenda dorada del nitrato debería arrancarnos lágrimas de vergüenza. ¿Que hay que reaccionar? Sí; pero veamos cómo.

Desde hace mucho tiempo—desde casi toda su vida y al revés de su vecino—Chile ha descuidado su tierra. Una sola empresa de colonización se le conoce—sin contar la de Magallanes que se inició como un simple establecimiento penal y que, como se ha visto, ha sido providencialmente previsor—y es la de Valdivia y Llanquihue por las familias alemanas que atrajo al país el genio inquieto y audaz de don Vicente Pérez Rosales.

No se puede tomar en serio nuestra política colonizadora. La colonización—antes como hoy—no ha sido más que una aña-gaza destinada a disimular—y hasta a justificar—el robo de tierras nacionales en provecho del compadrazgo y el desalojo de ocupantes antiguos que tenían, por lo menos, en su favor el derecho de la prioridad y del trabajo personal. ¿Qué queda, sino enredos tenebrosos, de todas las concesiones fiscales, hechas con fines de colonización? La fiebre de las "gana-

deras", que siguió a nuestro definitivo arreglo de límites, pasó como un simún de escándalo... En Chile, la tierra ha servido más para la especulación y el agio que para la colonización y el cultivo. Bien se sabe el origen de muchas fortunas ganadas en la Bolsa por organizadores de sociedades agropecuarias a base de concesiones de tierras fiscales que sólo conocieron vagamente en la mala copia de un mapa ya anticuado. ¿Y para qué las iban a conocer? El objetivo de la concesión no era otro que el traspaso a una entidad capitalista, individual o colectiva. Y después... a pasear a Europa, y que le cumplan al Gobierno los que puedan o les convenga cumplirle.

El chileno ha sentido, en cambio, secretamente, verdadera locura por las minas; y las minas, si es verdad que han traído riqueza, también han traído la desgracia al país. Hay que declararlo con franqueza: el espíritu chileno se ha encariñado con el azar propio de las industrias extractivas, y ha sido sucesivamente orero en el Centro y en el Sur (1), platero y cobrero en el Norte, y salitrero en las provincias cuya posesión debió a la guerra del 79.

El carácter nacional se ha modificado así, moldeándose por el del minero; emprendedor, pero iluso; afortunado, pero botarate; aventurero contumaz, reacio a la tarea regular, incapaz de aceptar que se brocee la veta de su mina o que saldrá de las alquimias del mundo un competidor a su salitre. En el minero siempre hay algo del tahur.

Por eso no le dimos importancia al valor real, actual o futuro, de las estepas patagónicas. Si en vez de

(1) Véase si no el frenesí producido por los lavaderos puestos de moda por el Gobierno de Dávila, y aprovechados lindamente por los sucesivos.

ofrecer posibilidades al pastoreo y a la agricultura, se hubiese podido dejar entrever que su subsuelo contenía sustancias minerales valiosas, hacia allá se habría dirigido el espíritu de aventura del chileno y habría sabido defenderlas hasta el sacrificio. Pero eran simples llanuras esteparias de utilidad problemática (!) y el Gobierno, y los políticos, y los escritores fueron cediendo, cediendo siempre, hasta dejar en territorio extranjero a los cincuenta mil chilenos desparramados con sus hijos y sus rebaños en la falda oriental de la Cordillera y en toda la extensión de la Patagonia que hoy es argentina.

El argentino, hombre del agro, gaucho enamorado de la bestia, de la tierra, pastor y labriego, nunca perdió de vista la importancia de la Patagonia. Por eso, a pesar de nuestra renuncia a todo derecho en la Patagonia Oriental, o sea, a más de 600.000 kilómetros cuadrados, (1881) la Argentina siguió defendiendo con el mismo calor hasta la última pulgada de tierra fronteriza; por eso neutralizó por lo menos, lo que no consiguió adjudicarse, y por eso nos disputa todavía la propiedad de unas islas o islotes próximos a la Isla Navarino, al Sur del Canal de Beagle. Su tenacidad y sutileza ha podido salvar aun 40.000 de los 96.000 kilómetros cuadrados adyacentes a la línea divisoria.

Chile tiene que reaccionar contra ese espíritu de aventura orientado en un sentido demasiado exclusivista. Su crisis actual—de la que tardará en rehacerse—ha sido motivada por la ruina de su gran industria de cincuenta años: el nitrato. La crisis anterior (que lo sorprendió en vísperas de una guerra larga y costosa) había tenido origen en la decadencia de las minas, decadencia que aun deplora y que amenaza ser definitiva.

Por ahora es en América uno de los pocos países de los que puede decirse que no tienen petróleo (1).

Se le busca con pertinacia, como se labora rabiamente el oro de antiguos lavaderos abandonados. Siempre la ilusión del mineral, siempre la esperanza puesta en los milagros de la industria extractiva. Siempre el sueño de leyenda del minero que pasa de repente a príncipe, no el empeño cotidiano del agricultor que espera de la tierra, regada, arada y cultivada, el grano, la fruta o la res, acaso más modesta pero, sin duda, menos eventualmente remuneradores. ¡Ay!, ni tampoco la política previsora que hace el balance de las tierras colonizables y empuja a los habitantes, hijos del país, a imitar el ejemplo de los emigrados europeos que se enfrentaron valientemente con la selva virgen para enriquecerse enriqueciéndola, para transformarse transformándola. Se prefiere envejecer y morir con la quimera de la fortuna fabulosa que se nos entregará de improviso, a confiar en el éxito seguro, aunque lejano, de la tierra que hay que explorar, roturar, desbrozar, vencer a fuerza de años y trabajos y cuya prosperidad, a lo mejor, no alcanzamos a saborear nosotros mismos. Hasta en las comarcas todavía primitivas del Aysen, del Palena, del Baker, donde están las maderas, y las tierras, y las aguas invitando al esfuerzo del industrial, dando cita al brazo del colono, del agricultor, del criador, del hachero, del empresario de transportes, se andan buscando lavaderos de oro, minas de diamante, yacimientos de petróleo. La maravillosa lámpara de Aladino sigue presidiendo el sueño de la mayoría de los chilenos.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

(1) Ya, después de los informes de inspectores e ingenieros, nadie tiene derecho a poner en duda la existencia de petróleo en Tres Puentes y otros parajes magallánicos.

Yo creo que la restauración económica de Chile está en sus tierras (1); pero no precisamente en el subsuelo. El porvenir de Chile está en sus valles, en sus bosques, en sus llanos, hasta en sus faldeos del norte y del centro, en sus eríos, en sus agros; pero sobre todo en sus montañas y sus estepas del sur que hoy le brindan el tesoro de sus maderas y que, ya taladas por los roces y las aserradoras, se han de entregar, como se entregan, al colono hecho agricultor y ganadero. Su tierra y su mar han de salvar a Chile. Las más grandes fortunas del país son hoy las de las zonas austral y plus-austral, entregadas a la agricultura y a la ganadería. La reserva económica de Chile está en el sur, y su destino en las olas del océano dóciles a la proa de sus naves.

¡A la proa de sus naves! He aquí todo un programa de política nacional. Va a cumplirse pronto—en 1940—el primer centenario de la navegación a vapor en las aguas del Pacífico Austral. El 16 de agosto de aquel año dos vapores de rueda, gemelos, de setecientas toneladas de registro cada uno, hacían su entrada triunfal en la rada de Valparaíso. ¡Y todavía nuestra Marina Mercante está en pañales! Todavía, a pesar de nuestra expansión territorial al norte, a pesar de las aspiraciones dinámicamente nacionalistas del Presidente Balmaceda (que debió a ellas su caída), ese mar que tranquilo nos baña sigue sólo prometiéndonos, y nada más que prometiéndonos futuro esplendor...

El ideal sería que en lo alto de los mástiles flotantes, la bandera de Chile ondeara en todas las bahías

(1) Léase a este propósito la interesante obra de un abogado y político eminente que es, al mismo tiempo, un agricultor ileno de iniciativas: "El Problema Agrario", por don Pedro Aguirre Cerda.

del Pacífico, hasta más allá de San Francisco. Pero ni siquiera es la única en los propios puertos de Chile, ni siquiera es la única en la modesta línea de cabotaje nacional. Por el Oriente nos hostiga el progreso material de la Argentina, nos cierra el paso la enorme mole de la Cordillera y tras ella la potencialidad superior de un pueblo telúricamente mejor dotado y económicamente mejor ubicado. Y por el Occidente, nosotros mismos parecemos empeñados en dejarnos clausurar, embotellar, bloquear comercialmente por las naves de firmas extranjeras, dueñas de nuestras aguas, como también lo son de nuestras tierras.

No se crea por eso que yo menosprecie la minería ni que abomine de ella. No ignoro lo que Chile debe a sus industrias extractivas. Lo que censuro es el abandono del sentido agrario que hizo fuerte, y sobrio, y respetable a este apartado rincón del mundo que todavía, a mediados del siglo XIX, era el granero de la América del Sur. Por otra parte, nadie osaría negar que es la agricultura una riqueza mucho menos aleatoria. ¿Y cómo desconocer que las provincias de la zona mixta Coquimbo y Atacama, y aun las de la zona propiamente minera—Antofagasta y Tarapacá—no pueden esperar su refluorecimiento sino de una política agraria inteligente y tesonera, que nunca hemos tenido? A los embalses de Cogotí, en Combarbalá, y de la Recoleta, en Ovalle, tienen que seguir muchos otros. Yo creo, y creeré siempre, que la ingeniería hidráulica, aprovechando el caudal de nuestros ríos-torrentes del centro y del norte, hasta ahora casi perdidos y en no pocas ocasiones nocivos, acabará por transformar totalmente el aspecto de la naturaleza patria en una enorme extensión y por

sacar a luz una riqueza que hasta ahora ha parecido un sueño (1).

Venidos a menos, y de un momento a otro, como esos mayorazgos despilfarradores a quienes su administrador notifica la pérdida de la última finca, se diría que nos alimentamos con los jirones del viejo orgullo nacional, con el recuerdo de los tiempos en que el nombre de Chile daba la vuelta al mundo en la maciza panza de los sacos de salitre. No pesamos ya nada, no contamos para nada, y en el concierto de las noveles Repúblicas neolatinas sólo nosotros mismos alcanzamos a oír nuestro instrumento.

Siempre se nos ha tenido por un país fuertemente

(1) Duerme en los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores y Comercio un extenso informe que, relacionado con estas materias, envié desde Madrid en 1930. En dicho documento recomendaba el suscrito la introducción o el fomento en el país de muchas especies vegetales y animales que me parecieron y siguen pareciéndome adecuadas a las condiciones telúricas y climáticas de gran parte de nuestras provincias y, por consiguiente, un factor vigoroso de nuestra economía.

Es consolador — y es hacer, además obra de justicia — poder hablar aquí de la hermosa iniciativa en que se encuentran empeñados ciudadanos de notable espíritu público.

Ciertas omisiones, cuando no es dado alegar ignorancia, tienen un carácter odioso. Me refiero a la idea de crear (no es excesivo el verbo) de crear la vida agrícola en pleno dominio del desierto salitrero, de substituir por el cereal, por el árbol, por la hierba forrajera y por la planta florífera, la riqueza mineral del subsuelo, ya agotado o a punto de agotarse. No es esta la ocasión de entrar en detalles, ni cuadraría esto en la índole del presente libro. Pero no he de pasar adelante sin reiterar mis aplausos a los señores Francisco Rivas Vicuña, Lindorfo Alarcón y otros, de cuya labor tesonera y a prueba de dificultades he podido ser testigo y que, gracias a los medios de que dispone la Caja de Colonización Agrícola, han de conseguir lo que para muchos miopes ha sido hasta hoy una paradoja. Justo es que mencione también aquí a los ingenieros don Luis Riso-Patrón, de quien he leído antes interesantes trabajos sobre la irrigación del Tamarugal, y don Alberto Grado, la primera persona en cuyos labios oí frases de entusiasmo sobre lo que pudiera llamarse la vegetalización o, si se prefiere, la agricolización de la pampa salitrera.

militarizado. Nosotros mismos hemos llegado a creerlo así, y es posible que eso nos haya favorecido. En la actualidad, más valdría no tocar el punto, pues nadie que tenga una pequeña noción de lo que es una guerra moderna pretenderá tomar en serio la eficiencia bélica de las Milicias Republicanas (1).

Por muchos motivos de diversa índole, no desearía entrar a analizar las causas de este fenómeno, que por lo demás saltan a la vista. En el curso de los últimos años, debido a factores que prefiero silenciar, la agitación política interna ha constituido en Chile una crisis sin antecedentes en la historia de este país, a no ser en el inquieto período de formación de su vida institucional. Un conocido escritor peruano, especialista en materias militares, y militar él mismo, procediendo por analogía, atribuye este fenómeno a que, solucionados los embrollos de orden internacional, les ha faltado a los dirigentes políticos de Chile el señuelo tradicionalmente empleado para mantener en estado de tensión patriótica a la opinión pública.

Yo creo que hay en esto un error de óptica, muy explicable, por lo demás. A mi juicio, los gobernantes chilenos no han necesitado nunca cubrir la mercadería con la bandera tricolor. La aventura del señor Errázuriz, nuestro Ministro de la Guerra en 1920, golpe audaz destinado por él y los suyos a cerrar el paso a una candidatura presidencial que repudiaban entonces el espíritu de casta y los elementos eclesiásticos de Chile, no es más que la excepción de la regla, y su inmediato y resonante fracaso demuestra lo descabellado y anormal del propósito. Lo penoso del caso es que aquella

(1) Al fin y en buena hora, mandadas disolver. No sólo por ser anticonstitucionales, sino por ser inútiles. Peor que andar desarreado es portar un arma de mala calidad o de anticuado tipo.

movilización, cuyo objetivo oculto se estrelló contra la realidad política del momento, costó al Erario nacional 50.000.000 de pesos.

Y acaso en este punto haya que marcar la iniciación del malestar producido en la institución militar de Chile, en el organismo otrora férreo de sus fuerzas armadas, así en el mar como en la tierra y en el aire. Este malestar, agravado por desgraciadas actividades en el curso de las elecciones parlamentarias de 1924, acrecentado de día en día, a pesar de su presencia y actuación en los más altos cargos del Estado—o tal vez debido a ello mismo—ofrece en la actualidad un cuadro que hiere y ofende nuestro sentimiento de chilenos encariñados con las glorias de la Marina y del Ejército.

Al margen de uno y otro, sin duda, por contagio del espíritu fascista que muchos estiman como un movimiento de reacción civilista, se han organizado las llamadas Milicias Republicanas, fuerza o institución que yo no juzgo como factor político interno, pero que a todas luces resulta deficiente como elemento bélico ofensivo, y hasta defensivo frente al enemigo exterior. Ni siquiera pongo en duda la sinceridad patriótica de esa masa social y de su actitud (1). Lo que digo y repito es que, con todo su espíritu fascista y todo el arsenal de armas y pertrechos de que se les permite disponer, no bastan las milicias republicanas para negar que Chile atraviesa por un período de casi absoluta indefensión.

Me repugna como chileno entrar en ciertos detalles y traer a colación ciertos recuerdos. Pero nadie me negará que los vergonzosos e insólitos acontecimientos de 1930 han producido en nuestra Marina un quebranta-

(1) Demasiado se comprende que está escrito esto en la época en que aún existían y actuaban en Chile los señores del "over-all" y del gorrito.

miento de que le costará muchísimo salvar. Y en cuanto a sus fuerzas terrestres y aéreas... aquí sí que cabe repetir la frase del Manco inolvidable: "Más vale no meneallo".

Nosotros los chilenos no somos, como país, más que una inmensa costa pegada a una inmensa cordillera. ¿De dónde sino de nosotros mismos, de nuestras fuerzas armadas, hemós de esperar la defensa eficaz de nuestro territorio que abarca abierto al oeste y al levante más de 2.000 millas geográficas? De Arica al Cabo de Hornos, tenemos una veintena de puertos mayores y un centenar de caletas que son cada una una promesa económica, pero también, y por lo mismo, una presa tentadora para el enemigo. Y no se me obligue a recordar que desde 1881 se nos tiene prohibido artillar y fortificar el Estrecho. Punta Arenas, pues, que ni siquiera tiene defensas naturales, está a merced del invasor, próximo o remoto. ¿Y la Cordillera, con todos sus pasos portezuelos y boquetes? Muchos, sin dejar de celebrar la majestad de la gran muralla granítica de los Andes, abominan de ella como de una mala jugada que nos ha hecho la naturaleza: yo creo, por el contrario, que debemos agradecerla como un regalo de la Divina Providencia. La nieve, aislándonos hasta cierto punto del Oriente, nos dice que nuestro campo natural de acción es el Océano, que debemos tender los ojos hacia el Occidente. Si la previsión de Bulnes, fundando una ciudad y una colonia en los páramos magallánicos salvó para nosotros el dominio del extremo austral, la previsión de Errázuriz, ordenando—contra la oposición de los miopes—la construcción de dos acorazados nos libró del fracaso naval y acaso total en la contienda del 79.

No desconozco—porque sería un sacrilegio—ni el

patriotismo acendrado ni el espíritu militar del pueblo de Chile. No dudo de que llegado el caso hombres y mujeres se defenderían hasta con los adoquines de las calles. Niego para Chile el peligro comunista. Por algo está el rojo entre los colores de nuestra bandera. Frente a un conflicto bélico se repetiría en Chile, seguramente, el caso de los Gustavo Hervé y de los Benito Mussolini. ¿Quién lo duda? Pero un pueblo con costa y sin flota; un pueblo con riquezas naturales y sin Ejército; un pueblo con hombres y sin armas, es un pueblo que se entrega porque quiere, un pueblo que reniega de su derecho a la vida. La reorganización de las fuerzas armadas—y con ella el retorno a su prestigio secular—es en Chile una imperiosa exigencia nacional.

Alarman y apenan las observaciones que a nuestros militares y a nuestros marinos merece el estado calamitoso en que se encuentra eso que se ha llamado en Chile, con tanto respeto como afecto, las instituciones armadas. Un distinguido oficial, hoy en retiro, y al que no menciono porque no quiero exponerlo a desagradados, me decía que, de regreso de la campaña del Chaco—donde actuó en la línea de fuego, no en las oficinas de la retaguardia—le había tocado presenciar, hace de esto un año, la parada militar, que tradicionalmente se efectúa en la pampilla del Parque Cousiño cada 19 de septiembre.

—No espero experimentar en el resto de mi vida—me decía—una emoción tan extraña de lástima, de tristeza y de ridículo. Yo veía las tribunas llenas de diplomáticos extranjeros, entre los cuales se destacaban los brillantes uniformes de los agregados militares y navales, todos jefes u oficiales sobresalientes en sus respectivas armas. Y me imaginaba lo que pensarían al ver a nuestros soldados arrastrando, como si exhibiesen un

tesoro, cañoncitos que parecían de juguete o arrancados a la existencia de un museo.

—¿Tan mal estamos de armamentos?

—Estamos como si en 1879 hubiésemos entrado en campaña cargados con el fusil de chispa.

Expresiones semejantes he escuchado, con referencia a la dotación de nuestra flota de guerra, a marinos de condición insospechable por su amor a la profesión y su desapego a los ajetreos políticos. A su juicio, delante de las flotas brasileña o argentina, de sus apostaderos, de sus arsenales, de sus fortificaciones de costa, de sus bases navales, nuestra inferioridad es palmaria y vergonzosa.

—Estamos desarmados—me decía uno de ellos—, y un país desarmado se halla a merced de cualquiera agresión.

—¿De modo que para el caso de una guerra...?—insinué.

—No hay que pensar en ella, porque sería sencillamente espantoso.

—Parece que un maleficio extraño pesara sobre la institución toda — me decía un tercero—. Para todo hay dinero, menos para colocar a las Fuerzas Armadas de la República en condiciones de llenar su cometido. La guerra boliviano-paraguaya y, más recientemente, la ítalo-etíope han demostrado incontestablemente: 1º, que el valor personal es arrollado por la superioridad del poder destructivo; 2º, que lleva siempre ventaja el que toma la ofensiva. Pues bien, nosotros, ni para la defensiva estamos preparados, ni en la tierra, ni en el mar, ni el aire.

Es como para descorazonarse. En cambio, véase lo que sobre el armamentismo argentino dice el corresponsal de "La Unión", de Valparaíso en Buenos Aires, y que

en sus fragmentos principales extracto de la reproducción hecha por la interesante revista "Lea", de esta capital:

ARGENTINA PROGRESA RAPIDAMENTE EN SU PLAN DE ARMAMENTO

"Argentina progresa *"in crescendo"* y no es extraño que por este motivo procure constituirse en una potencia sudamericana, tal como acontece en otros continentes con países que han adquirido destacada figuración mundial por sus cuantiosos intereses nacionales... ¿Cuáles son sus miras?... Se repite con insistencia que su política militar, naval y aérea es en exclusivo defensiva y de previsión contra riesgos de conflictos sudamericanos, sin tener Argentina ni remotos intentos agresivos, lo cual sería insensato en un país en pleno y efectivo progreso económico, no justificándose, por tal motivo, anhelos bélicos, promovidos por simples vanidades imperialistas.

"Es curioso evidenciar, por el contrario, el generalizado desconcepto en que nos tienen, al considerarnos una nación agresiva, cuyos designios son obtener costas en el Atlántico y apoderarnos de la Patagonia (!) como una reivindicación de su pérdida impuesta durante las escaramuzas diplomáticas que precedieron a la guerra del 79. Abundan publicaciones en diarios y revistas argentinos, que alarman a la opinión nacional con estas aseveraciones, las que fueron corroboradas y condenadas por el hijo del Presidente argentino, en un reportaje que se le hizo en circunstancias de asistir en Santiago a las Conferencias del Trabajo. Estos prejuicios, hábilmente explotados, ya por errada convicción o por preconcebido pretexto, inducen a los gobernantes a mantener una política armamentista, bastante desproporcionada con respecto a cuanto nos suponen. Fácil es deducir el peligro que esto podría significar en el futuro, a la vista de hechos acontecidos en otros países que invariablemente preconizan que sus armamentos son incrementados con exclusivos fines de previsión defensiva, creándose con esto una prepotencia influyente e impositiva en sus relaciones internacionales con naciones de menores recursos bélicos.

"La Prensa", de Buenos Aires, publicó el 29 de marzo una amplia información acerca de las nuevas adquisiciones navales de la Argentina, lo que debe haber sido por demás difundido en Chile por dichas publicaciones. No constituye una novedad la noticia de "La Prensa", en cuanto al reemplazo de la fragata "Sarmiento" por un crucero moderno, pues ya en agosto de 1935 se había ordenado a los astilleros Vickers-Armstrong, en Inglaterra, la construcción de este barco de seis mil toneladas, armado con nueve cañones de 15 cm. en tres torres triples y con seis tubos lanzatorpedos, en grupos de a tres y con dos aviones anfibios del tipo Seagull; su velocidad será de 30 millas por hora, pudiendo dar unas tres veces la vuelta

al mundo sin necesidad de aprovisionarse de combustible. (Los otros dos cruceros modernos son un poco mayores: de 6.500 toneladas, con 6 cañones de 19 cm. en torres dobles y de 32 millas de velocidad). Las demás renovaciones consisten en submarinos, destructores, y "avisos", provistos estos últimos de bombas de profundidad contra submarinos y de dispositivos para extender neblinas artificiales, sin considerar sus otros armamentos. Se duda de que dentro del presupuesto acordado en el pasado para estas adquisiciones se puedan financiar los costos actuales; pero no se duda de que en el caso el Parlamento accedería a los suplementos que se requieran. Con esto, Argentina será la primera potencia naval de Sud América.

A este desarrollo corresponde a la vez la mayor extensión de sus bases navales, una de las cuales se instala en la isla de los Estados en Puerto Flinder, frente a la característica punta aguzada del extremo meridional del Continente, cercana al Cabo de Hornos. En estas regiones magallánicas cuentan también los argentinos con el sobradamente conocido puerto de Ushuaia, colonia penal convertida en una estación naval en el Canal de Beagle, tan divulgado por las islas a su entrada, y que se disputan Chile y Argentina durante un ya prolongado litigio sometido a fallo arbitral, sin que este convenio de hace años haya sido aun aprobado por el Parlamento argentino.

Estas regiones magallánicas son muy apreciadas en esta nación, atribuyéndoseles riquezas imponderables. En mapas oficiales que he tenido a la vista, se dibujan en ellas símbolos llamativos de pesquería, de extracciones auríferas, de industria lanar, de carnes frigorizadas y de industria petrolífera.

No se necesita mucha penetración para comprender que la base naval de los Estados obedece al propósito de resguardar los argentinos la soberanía de sus dominios australes, y de "prever"—empleando el término que usan para justificar su armamentismo—el control del Estrecho de Magallanes en un posible conflicto.

Las otras bases navales son Buenos Aires, río Santiago (con astilleros en que se construyen hoy barcos de guerra de unas 700 toneladas). Mar del Plata (base de submarinos), y Puerto Belgrano, en Bahía Blanca, la base principal.

Un Estado Mayor Naval, compuesto de una veintena de expertos, desde almirante a subalternos especializados en un Colegio de Guerra Marítima, colabora en estos planes de expansiones, de adquisiciones y de operaciones navales que la Armada constantemente practica, apareciendo, de cuando en cuando, Escuadras Divisionarias en nuestro Punta Arenas, tras recorrer, aun de noche, tortuosos canales, cuyas navegaciones arriesgadas no se improvisan.

Llama la atención el enorme impulso que se le ha dado a la aviación. Observado éste desde el punto de vista argentino, es de felicitarlos por la espléndida distribución de sus aeropuertos y de sus centros de aterrizaje. Lo espectacular de los viajes y de los vuelos no admite reservas acerca de las ubicaciones de estos centros.

Sería absurdo atribuirle a la Argentina designios de "previsión bélica" en la distribución de sus bases de aviones en la región norte, por ser razonables comunicaciones aéreas con pueblos de importancia como Jujuy, Salta, Tucumán, San Juan, Mendoza, etc. Pero lo que es explicable en el concepto "civil", se tornaría en una inquietante amenaza, por encontrarse estos centros aéreos a escaso tiempo de vuelo, de sectores vitales nuestros, como son las salitre-ras, puertos importantes: Antofagasta, Iquique, Valparaíso y nuestra capital.

Se apartan del citado concepto civil algunas bases aéreas australes por no justificarse las comunicaciones de villorrios insignificantes con centros comerciales de primera categoría. Sus ubicaciones se deben, sin duda, a designios militares, por sobre toda otra consideración. Entre tales bases se destaca la de "Chos-Malal", inmediata a la Cordillera y sobre la latitud aproximada de Talcahuano, pudiendo los "pájaros" de Chos-Malal cernir sus alas sobre nuestra primera base naval, a menos de una hora de vuelo directo... No lejos de este punto se encuentra la base de Neuquén, en donde se han construido espaciosos cuarteles. Otras estaciones aéreas, que pueden estimarse como de "previsión militar", se extienden al sur, inmediatas a los lagos argentinos que comparten sus aguas con las provincias de Llanquihue y Valdivia, a poco tiempo de vuelo a Puerto Montt y demás sectores vitales chilenos en esas regiones, hasta descender a puerto Gallegos, con recomendables campos de aterrizaje en los territorios del Chubut y Santa Cruz, no lejos de Magallanes.

Las planicies argentinas ofrecen grandes facilidades para la aviación civil, contándose con unos quinientos o más pilotos de esta categoría, provistos de más de trescientos aviones, aparte de los otros tantos de la aviación militar y naval. En Córdoba, en donde, según noticias de la prensa, acaban de realizarse maniobras militares—unos veinticinco mil hombres—existe una fábrica de aviones que provee de aparatos a los civiles, al Ejército y a la Armada, construyendo motores de cierta potencia e importando los más grandes.

Tales son las informaciones que remito a ese diario, no con ánimo de producir alarmas, sino para ilustrar a la opinión sobre asuntos que conviene conocer y sobre los cuales nuestros amigos argentinos no guardan la menor reserva... Es de esperar que estas "medidas defensivas" no pasen más allá de ser "preventivas"... Sería en todo caso conveniente "prevenirnos" también algo... La próxima Conferencia de Paz Americana será, en todo caso, de una oportunidad y beneficios tranquilizadores".

No veo la necesidad de agregar un solo comentario. Cuando, sin aliados, ni siquiera amigos en la vecindad del Pacífico, veamos ocupados por fuerzas ene-

migas nuestros territorios del Extremo Austral — la única zona desde donde podría venirnos parte del bastimento y del combustible que necesitaría nuestro Ejército de tierra, del mar y del aire—; cuando aislados, inermes, entregados a nuestros exiguos recursos frente a un agresor incontestablemente más poderoso y previsor, tuviésemos que optar entre actos de heroísmo tan sublime como inútil y la conformidad ante lo irremediable; entonces, impotentes para evitar o castigar la lesión al territorio y al orgullo patrios, habría llegado el momento de convenir en que no siempre los pueblos se libran de proceder como las vírgenes necias del Evangelio. A las vírgenes, porque dejaron apagarse sus lámparas, se les llamó necias; y los pueblos, cuando descuidan su deber de precaverse, cuando se olvidan de infundir respeto, merecen el calificativo de suicidas.

No sé por qué motivos, ni obedeciendo a qué propósitos, la Diplomacia chilena ha venido orientando su política, y casi regulándola, al ritmo impuesto por la Cancillería del Plata. "Doctores tiene la Iglesia", es verdad y yo estoy de acuerdo en que la gestión de los altos intereses internacionales debe entregarse a ellos con la mayor amplitud. Pero tiene que doler al sentimiento público chileno el haber pasado de la condición de émulo respetable, no a la de amigo apreciado, precisamente, sino a la de socio pasivo y servicial.

La Argentina hace y deshace en Sud América sin consultarnos para nada, y no sólo en el lado del Atlántico — donde por nada tenemos que sentirnos afectados — sino en la banda del Pacífico, como lo ha dejado de manifiesto la festinación del tratado comercial entre el Perú y Chile, estropeado por las maniobras transandinas. Tan en menos se nos mira ya desde las márgenes del Plata, tan poca cosa significamos ya para los direc-

tores omnímodos de la "Política tutelar", que allí se ejerce como si fuese un privilegio de origen divino, que ni siquiera, por respeto al protocolo, se cuidan las formas y, a cada paso, las expresiones, las actitudes y hasta las resoluciones de la Cancillería argentina nos están revelando que a nuestros vecinos del Oriente no les interesa tomarnos en cuenta, que no les preocupamos como amigos ni como adversarios. Recuérdense, al respecto, las actividades argentinas en la Convención de Mendoza y, más recientemente, su actitud incalificable frente a la cuestión del ferrocarril transandino.

"Ya no hay Andes" — se dijo a raíz de nuestros arreglos de delimitación de fronteras, como otro tiempo se dijo: "Ya no hay Pirineos"—. Pero lo que no se dijo, y lo que nosotros no pensamos, fué que el Gobierno argentino se adjudicaba el papel de Luis XIV. Es indudable que, si la Argentina ha crecido, también "se ha crecido", y en este fenómeno nos cabe a los chilenos notable participación. La arrogancia, la infatuación — que no son, en buenas cuentas, más que la hipertrofia del yo — vienen de adentro, es cierto; pero les ayuda mucho, y los estimula eficazmente el asenso que va del exterior. La megalomanía necesita del incienso, y nosotros, frente a la Argentina, no hemos tenido nunca reparos en hacer de turiferarios.

Al afirmar que la *tempestad se avecina* no respondo como un eco a la profecía formulada en 1918 por Federico More, quien juzgaba no sólo inevitable sino necesaria y fatal, a un plazo máximo de diez años, una guerra que envolvería a la casi totalidad de los países sudamericanos. Aun cuando el conflicto de Leticia (felizmente conjurado) y la catástrofe del Chaco le den en parte la razón, bien se ha visto que el fuego ha sido allá oportunamente sofocado, y que aquí, aislado, no

ha conseguido propagarse a otras secciones del edificio continental.

Débase ello principalmente a que hemos dejado de seguir "jugando a las potencias", según la frase del sutil periodista chileno don Carlos Silva Vildósola. La diplomacia "a la europea" nos habría sido fatal una vez más. El equilibrio del contrapeso, meramente político, la formación de ententes representadas por las fórmulas que insinúa y enumera el combativo escritor peruano — (*Chile-Brasil versus Argentina-Bolivia-Perú, etc*)— sin base en la realidad geográfica y económica, nos habría arrastrado, probablemente, en gracia a los compromisos de Cancillería, a una conflagración. La falta de estos compromisos es, precisamente, lo que ha permitido a los países limítrofes iniciar y realizar sin reservas una acción mediadora que está resultando — y ojalá no me engañe — toda una elocuente lección para los reaccionarios maestros de la vieja Europa.

La tempestad que yo temo y que creo que, por todos los medios, debe procurarse evitar, tendría su origen en los devaneos mesiánicos no siempre discretos de la República Argentina, en la intromisión excesiva y absorbente de su política exterior, en la precocidad de sus sentimientos tutelares con respecto al resto de los pueblos que forman el continente.

Y es curioso que sea este de nuestro imperialismo uno de los cargos que con más insistencia se han formulado contra Chile en los últimos cincuenta años. Y es curioso, además, que ese cargo, explicable en los labios de los vencidos del 79, florezca y arraigue en la opinión de nuestros vecinos del Atlántico, ante cuyas pretensiones hemos cedido siempre. En realidad, parece que a Chile, para no hacerse acreedor a semejante reproche, se le exigiría, o haberse dejado vencer en

una contienda de armas con dos países que se estimaban más fuertes, o haber renunciado a todas las ventajas que, desde que hay guerras — desde que el mundo es mundo — acompañan al vencedor. "¡La victoria no da derechos", han gritado los de la Tríptica Oriental. Pero, ¿qué querrían entonces? ¿Repartirse el cadáver del vencido? La polonización del Paraguay no habría podido cohonestarse sino en 1936, después del exterminio de Etiopía...

Chile entró en la guerra llamada del Pacífico — y conste que no la justifico — porque no vió otro medio de hacer respetar los intereses de sus connacionales — grandes capitalistas, es cierto —, arraigados en la zona fronteriza del norte, y porque descubrió oportunamente la alianza formada en secreto contra él por su beligerante y un país vecino de ambos. Que la fuerza de las armas le haya sido propicia, ello no debe a nadie sorprender; pues, como lo dijo Atahualpa, siglos antes, "condición es de toda guerra el vencer o ser vencido".

Mientras tanto, otra nación vecina, que no había sido beligerante, (por lo menos en forma ostensible) ni había arriesgado en la contienda vidas ni dinero, nos constreñía por el sur, e incapacitados para responder en el terreno de las armas (la lucha habría sido brutalmente desigual), nos veíamos obligados a renunciar a nuestros derechos seculares sobre una extensión de territorios contenciosos en el Oriente acaso mayor que toda la faja occidental, incuestionablemente chilena.

Imperialistas se nos llama — digo yo — y no tuvimos ningún inconveniente en someter al arbitraje el embrollo de la Puna de Atacama con que nuestros vecinos del Oriente habían de incrementar su patrimonio territorial en el noroeste.

Imperialistas, y, a pesar de nuestra convicción de

haber hecho una avanzada desastrosa en 1881, no titubeamos en entregar al arbitraje las dificultades que, sobre el terreno, se suscitaron cuando se trató de demarcar las fronteras en conformidad al tratado respectivo.

Imperialistas, y nunca hemos dejado de conformarnos lealmente a las condiciones de pactos y tratados, sin que uno solo de nuestros vecinos pueda decir que por simple espíritu levantisco o puntilloso, o por necesidad de justificar un golpe de mano, hayamos jamás desconocido o puesto en duda los mandatos jurídicos de documentos que llevan nuestra firma y que, por consiguiente, afectan el honor nacional.

Imperialistas, y cada vez que nuestros vecinos. (há-biles en adaptar el derecho internacional a su propia conveniencia), nos han planteado querella a propósito de ésta o aquella cláusula de los tratados, nos hemos limitado a recordarles que, en obediencia a convenios oficialmente aprobados y signados, nos encontramos llanos a someter la diferencia al conocimiento y resolución de un árbitro designado de común acuerdo.

No fué chileno, fué un eminente estadista argentino, el Presidente don Bernardo de Irigoyen, quien dejó establecido, hace ya muchos años, aquello de "ni una pulgada a Chile en el Atlántico, ni una pulgada a la Argentina en el Pacífico".

No era chileno; pero a nosotros nos da lo mismo, desde que aceptamos sin reservas el principio y no tenemos ni interés ni deseos de olvidarnos de él.

No se crea que les doy excesiva importancia a detalles de poca monta, como la monserga de la "chileni-

zación de la Patagonia", que se les cae de los puntos de la pluma a los gacetilleros del Plata; o como la curiosa emisión de estampillas con un mapa en que aparece figurando como argentina toda nuestra región austral. Eso es inocente y hasta un poco ridículo. Lo que tiene que preocupar a todo chileno, que aun no haya perdido el concepto de la dignidad, es la ausencia de equidad en las relaciones de un país a otro, de un Gobierno a otro. Para la Argentina — sobre todo en los últimos tiempos, debido tal vez al descrédito en que nos han sumido sucesivas crisis de índole política y económica—, ya no somos el amigo a quien hay que considerar por lo que vale y pesa su estimación, sino el pariente pobre cuya voluntad no se procura ganar, precisamente, porque se sabe de antemano que se cuenta con ella.

Y mientras tanto, si en el terreno de la alta política continental, vamos quedando reducidos a pasar el misal de un lado a otro para mayor comodidad del que oficia la misa, sería el caso de preguntarse en qué terreno nos ha sido o ha de sernos propicia la decantada amistad con nuestros vecinos de ultracordillera. Supongo que no pretenderá la Argentina que le agradezcamos el regalo de su remanente de judíos afilos, cínicos industriales de la polinacionalidad, de sus comerciantes en giros inconfesables, rufianes, tahures, "scruchante", bailarines andróginos, "gigolós" y otros elementos indeseables, más respetados, desgraciadamente, que nuestros agitadores a la criolla por el régimen del amor y la reconstrucción nacional.

Tampoco, si no con mucho regateo, podríamos sumar al haber de la penetración argentina la difusión del lunfardo en nuestro lenguaje familiar o callejero: pase el "ché", que viene desde los tiempos coloniales y que

nuestros vecinos pasean por el mundo como el más honroso distintivo nacional; pero convengamos en que está justificada toda la indignación con que la gente de cultura y sensibilidad entre nosotros escucha la jerga de los tangos y sainetes, todo ese innoble vocabulario arrabalero con que en la Argentina se ha empedrado el castellano y que, ¡oh, vergüenza! se oye hasta en actos públicos solemnes, en labios de los escolares... ¡Qué maestros los que en esto incurren, y qué autoridades docentes las que no ponen enérgico atajo a semejante flagelo!

Ni tampoco han de aspirar nuestros vecinos a que aceptemos como precio de su amistad el maltrato habitual y la expoliación indigna a que los funcionarios de la policía y la justicia menuda tienen sometidos a la masa de inmigrados chilenos en sus Territorios Nacionales. Ni a que dejemos de mirar con cierto recelo la absorción — por ahora económica — de las opulentas comarcas agropecuarias de Magallanes con cuya adjudicación a Chile por arreglos transaccionales y fallos arbitrales, nunca han sabido conformarse. Ni a que sigamos con musulmana pasividad asistiendo al barullo que, de cuando en cuando, y cada vez que lo estiman oportuno, forman alrededor del Canal de Beagle y de sus tres islas ("¡cautivas del pirata chileno!"), para aplazar después indefinidamente la solución que, como buenos vecinos y leales litigantes, deseamos entregar al arbitraje.

El imperialismo argentino, dignamente personificado en el Excmo. Sr. Saavedra Lamas, es el gran peligro del momento y una enorme amenaza para la paz del continente. En él está el secreto de la monstruosa guerra fratricida que ha desangrado al Paraguay y a Bolivia, y en él radica el fermento deletéreo que ha de

producir esta "tempestad que se avecina" y que no está en Dios, sino en la inteligencia de los hombres, evitar.

Si los países del Pacífico, hasta ayer enemigos — el Perú, Bolivia, Chile—, no aciertan a constituirse en un gran bloque continental, afianzándose y sirviéndose simbióticamente, a la desmembración de la República hoy mediterránea, a la pérdida de Santa Cruz seguirá forzosamente la de Magallanes, creación nuestra, parte integrante del patrimonio chileno, aunque otra cosa cream, o afirmen sin creerlo, los novísimos tutores de la América del Sur.

Para Chile es una imposición ineludible de su destino el crecer sin torceduras ni desviaciones, el robustecerse sin perder un ápice de su sentido vertical en el espacio y en el tiempo, el continuar la línea recta de la herencia que le permitió, con toda su incipiencia, ser considerado y respetado. Porque si, de todos modos, en un plazo próximo o remoto, por la razón que fuere, o sin razón alguna para nosotros aceptable, hemos de sufrir la agresión de nuestros vecinos del Oriente, mucho mejor es que este trance nos encuentre preparados para poner resistencia eficaz y para salir airoso de él.

Creo que si rectificamos la línea una vez más; si corregimos extravíos, explicables, pero en ningún caso insignificantes; si reaccionando, con un arranque digno de nuestra vitalidad, recuperamos la huella perdida; seguramente no habrá, lejos ni cerca, dentro de América o fuera de ella, país alguno que se atreva a poner en práctica con nuestro territorio los cínicos principios de la filosofía fascista, ni los bárbaros procedimientos de su política de conquista y absorción. En cambio, débiles, desorientados, corroídos por odios y recelos de clases, ofreciendo como ofrecemos al mundo un fantasma

pálido y mísero del Chile sólido, entero, optimista, brioso, lleno de fe en sí mismo, que venció en las guerras del 37 y del 79 y no se dejó vencer en la del 66, seremos campo propicio a las invasiones terrestres o marítimas, víctima propiciatoria de los apetitos imperialistas que están intoxicando al mundo. No es ninguna novedad decir que los pueblos decididos a la conquista, cuando carecen de motivos en qué fundar la agresión no reparan en inventarlos y propagarlos por boca de sus filósofos, de sus políticos y de sus escritores. Y, como es natural, entre estos pueblos, nuestro vecino del Oriente, no va a ser el último.

Si me objetan que estoy equivocado, yo replico:

—¡Sea en buena hora! ¡Desearía con toda el alma estar equivocado!

FIN

P O S T S C R I P T U M

La palabra FIN, puesta al pie de la última carilla, es como la de TELÓN, que estampamos después de la última escena de una pieza teatral. ¡Satisfacción del descanso bien ganado y de la tarea cumplida!

Heme aquí, en mi escritorio, en el fecundo retiro del chalet campestre, frente al tránsito febril de la espléndida carretera—disparate de la "Dictadura" Ibáñez, del que hoy aprovechan, a una, el trabajo y el ocio hebdomadarios—, de la ancha y holgada carretera, digo, que une hoy a la capital con Melipilla, Cartagena y San Antonio. Delante de este hormigueante ir y venir, pienso una vez más en que era un gran filósofo aquel que dijo que cuando los Dictadores se preocupan de las carreteras, los pueblos se van por el atajo.

He puesto término a LA TEMPESTAD SE AVECINA en un plazo algo mayor del que me había fijado. Empezada en La Paz, continuada en Oruro, en Sucre, en Santa Cruz, en pleno período guerrero, al ritmo del tren en marcha o del trimotor en vuelo, he venido a darle remate aquí, en los alrededores de Santiago de Chile, en la casuca alegre con el humo azul de su chimenea de ladrillo, y con el piar de las golondrinas primaverales, adonde suelen llegar, solícitos, algunos agentes de seguridad a averiguar si la luz de esta lámpara, que arde hasta altas horas de la noche, no responde a tenebrosos planes de conspiración contra el régimen. ¡Y tantos años como hace ya que Maquiavelo dijo aquello de que no hay que irritar nunca al enemigo que no se tiene la seguridad de vencer!...

La casuca está alegre y yo también. Mientras llega EL CACHORRO por los talleres de Nascimento, y dos libros más — uno de poemas y una biografía novelada— hacen crujir las prensas de la Editorial ZIG-ZAG, recuerdo el compromiso contraído a última hora con mis amigos de Bolivia, y pienso que este libro, LA TEM-

PESTAD SE AVECINA, inspirado en mis observaciones personales de la guerra del Chaco, tiene que salir a luz en la presente primavera.

Y aquí estoy, frente a las páginas ya compuestas, corregidas y encuadradas, olientes aún a tinta de imprenta y listas para dar el salto hasta los escaparates de las librerías, en este cuarto de trabajo en que también se apiñan, como un solo montón de hojas otoñales, sueños que no quieren morir y pequeños trofeos recogidos en mis andanzas por el mundo: cerámicas y bronce de España, vitelas antifonales pintadas y miniadas por frailes prolijos, un makuñ, que dicen que perteneció al último en rendirse de los viejos caciques de Arauco — Quilapán o Colipí—; la quena obtenida en el Altiplano de manos de un indio melancólico, un casco de obús, roto y torcido, que me obsequió algún porfiado combatiente de Yacuiba o Boquerón...

Hace un hermoso día. Tibio y claro, septiembre ha hecho, con pompa casi regia, su advenimiento. La primavera de la zona austral anúnciase gloriosa en las yemas verdegay de los parrones y en las corolas rosicler de los durazneros y cerezos, enfilados casi militarmente, hasta el fin de la arboleda. Chirrían desde temprano las golondrinas, que regresan de la costa. Cada día, trinos nuevos, cantos desusados, revelan la resurrección o el retorno de la fauna alada. De los huertos vecinos llegan, en hordas piratescas, las abejas, golosas de trébol y de alfalfa, que traspasan las cercas con más desaprensión que los aviones las fronteras internacionales. Y desde antes del amanecer, nuestro joven Rhode-Island, al que llamamos "Don Giovanni", canta con alarde desafiando a todos los gallos de la vecindad.

Escribo frente a la galería de vidrios que domina el campo, y voy rememorando mis días de la Patagonia, de España y de Bolivia. "¿Qué será — me pregunto— de esos pobres "chilotes", pensando en los cuales se creó, a este lado de la cordillera, la provincia del Aysen? ¿Vivirá aún, o penará por estancias y puestos aquel Solano Bastías cuyas doloridas confidencias me inspiraron el SEÑOR CONSOLAO...?" En España, me

tocó asistir a la caída de la Dictadura, al desastre de la Monarquía y al nacimiento de la segunda República, en brazos del pueblo y de los pueblos; me represento a Madrid, al Madrid deslumbrador, férvido, jocundo, de la semana abrileña de 1931, y se me aparece como una horrible pesadilla la tragedia que está ensangrentando a la Península. En Bolivia, hube de presenciar los efectos de la guerra del Chaco en la retaguardia, la acción y reacción de la voluntad y el sentimiento ante una hemorragia colectiva cuya explicación será difícil que se ponga en claro, y no puedo menos de volver a celebrar la iniciativa tomada por las Cancillerías de los países limítrofes, ya que acabó con la matanza fratricida y ya que, segura de no satisfacer del todo a ninguno de los beligerantes, está tratando de ponerle un punto final que consulte el interés del continente.

Cerca de mí, a la mano, tengo algunos volúmenes ya hojeados y leídos (Norman Angell, Ludwig, Stephan Zweig, etc.), y entre ellos asoma su nariz y su barbilla de hebreo Sir Basil Zaharoff. Vida es ésta que repugna, como la de los traidores de melodrama. Millones de libras amasadas con la sangre de millones de hombres. ¡Industria macabra! La transmutación de los glóbulos rojos en quilates de oro. ¡Espantosa alquimia! Recuerdo la leyenda tan donosamente explotada por Eca de Queiroz en EL MANDARIN, y pienso que se necesita ser demasiado sensible para resistirse a pegar el campanillazo que ha de causar la muerte de un solo hombre... de un chino, desconocido e innominado, que vive allá en los Antípodas!... Por asociación de imágenes, evoco lo de Manchukúo, y luego lo de Etiopía. Vuelvo a leer los comentarios dedicados por la prensa al reciente pacto de amistad signado entre Perú y Bolivia, y a la febril carrera armamentista a que se ha lanzado la República Argentina, en los momentos mismos en que se realiza al pie del Santa Lucía una concentración de diplomáticos y en que un congreso universal de escritores reunido en Buenos Aires se declara abiertamente pacifista y proclama como un postulado inmanente la función social de la literatura. Pero,

¡qué digo de escritores! Si dentro de breve plazo, y a instancia del propio Presidente de la gran República del Norte, ha de efectuarse en las márgenes del Plata una convención internacional destinada a la consolidación de la paz.

Con un gesto resignado, avivo la llama de la chimenea, cuyos reflejos hacen cabriolas en la panza de los jarrones de cobre — nobles jarrones hechos a martillo por gitanos de Andalucía — y en el cristal de las floreras, donde se amustian las últimas flores del invierno. Melancólicamente, advierto la amenaza que se cierne sobre el presupuesto doméstico desde lo alto de los cereales y las legumbres, que desertan de nuestro país, sin el menor escrúpulo patriótico, y se ausentan para siempre de la mesa proletaria. Impóngome, con más pena que alarma, de la nota roja ofrecida a la crónica por los crecientes arrestos de naciismo criollo, mientras la desocupación, y el hambre, y el exantemático dan su nota negra en los lazaretos y en la morgue. Y pienso en qué todos ven el mal; pero que nadie acierta a remediarlo.

No lejos de mí, tras la vidriera, encorvado bajo su raído fieltro, casi tan viejo como él, cava la tierra, limpiándola de malezas un viejo hortelano, Patricio, a quien llaman "don Pacho", curtido por los soles y los hielos de ochenta años de labor campesina en los llanos y faldeos de su provincia de Santiago. Moreno, muy moreno, con el recio pelo blanco y la cara cuadriculada de arrugas, se encorva sobre su azada y, levantando a cada movimiento haces de champas y raíces de chépica, regaña y maldice como en sus mejores tiempos.

"Don Pacho" no participó en la campaña del Pacífico, no es "veterano del 79"; pero dos hermanos suyos partieron a la guerra para no volver: uno cayó en Tacna y el otro en Miraflores. El era menor, y se quedó al lado de sus viejos padres. Pero el 91, dijéronle los patrones que había que defender la Constitución y derribar a la Dictadura, y de soldado raso (no sabe leer) peleó en Concón y La Placilla a las órdenes de su coronel Del Canto, "el que cazaba chauchas, con su

revólver, al vuelo." Nunca ha estado enfermo. Nunca se ha casado..., al menos, por la ley canónica o por la ley civil. Bebe poco y fuma mucho. Nunca le ha gustado el juego, salvo el de las carreras; pero éstas las prefiere a la chilena, con largas y puntillosas discusiones sobre el tiro y el lado. No usa barba, y el bigote, que debiera ser blanco, amarillea de nicotina. Madruga con los pájaros, y a sus años, en los días de riego, no tiene reparo en meterse hasta las corvas en el agua de los "cequiones", que agarrota de helada.

Lo insto a acercarse y enhebrar la charla. Le ofrezco un cigarrillo, y lo acepta, después de asegurarse de que "no es de esos rubios que pitan las señoritas y los gringos." Deja las herramientas junto a la pared y viene a apoyarse en el marco inferior de la galería.

—Tanto papel, patrón — me dice, echando una ojeada sobre la mesa.

Le hablo de lo que está pasando en el mundo — lo de Etiopía, lo de España, lo de todas partes—, y no demuestra grande alarma. "Don Pacho" es un filósofo a su manera. No puede leer por sí mismo "los papeles"; pero retiene, con pasmosa fidelidad, todo lo que oye en las tertulias.

—El mundo ha sido toda la vida lo mismo, patrón. ¿Cuándo ha estado quieto? Ya voy a morirme de viejo, y no recuerdo año en que no haya pasado algo muy serio, por un lado o por otro. Moros y cristianos tienen que mancornarse. Yo no me admiro ni me asusto de nada.

Ha encendido el cigarrillo y absorbe con fruición el humo caliente y aromado. En esos precisos instantes, insinúase a lo lejos, alto hacia el oriente, el rumor característico de un aeroplano en vuelo.

—¿De manera, "don Pacho", que a su juicio no tiene importancia lo que está pasando en Europa?

—Pura política, patrón. La gente necesita quebrarse la cabeza por algo. ¿No pelean los casados, y después se amigan? Pura política, patrón. (Parece que la "política", en el sentir de "Don Pacho", resume todo lo malo, todo lo monstruoso que puede producirse en el mundo).

La máquina aérea, entretanto, se ha acercado. Su ruido es ahora penetrante, y pronto la vemos, gigantesca libélula, por encima de nuestras cabezas, alarmando un poco a las aves y a las bestias domésticas. El viejo la mira, poniéndose la mano como visera sobre las cejas, y después dice:

—Es de la estación de Los Cerrillos, y viene de regreso del norte.

—¿Y qué diría usted — le pregunto — si en vez de ser un solo trimotor, fuese una escuadra aérea procedente de algún país vecino que viniese a bombardear a Santiago?

El viejo se sonríe, y, pausadamente, sin pronunciar una palabra, se lleva la diestra a la cadera, saca su cuchillo, lo desenfunda, le tasta el filo, con un ademán instintivo, y se da a asentarle en la primera piedra que ve a la mano. Durante unos momentos no se oye más que el chis-chas del acero batido contra el canto rodado. Después, volviendo a pasarle la yema de los dedos por el filo, lo envaina y se lo lleva a la cintura. Y entonando a la sordina una tonada criolla, pega al cigarrillo una última chupada y reanuda la tarea.

Yo también vuelvo a la mía. Mientras ordeno y compagino papeles (estos "papeles" que intrigan a "don Pacho") observando mentalmente, en un vistazo panorámico, la actualidad mundial, sáltame a los puntos de la pluma la paradoja eterna, la inevitable antinomia de los gobiernos que envían elocuentes representantes a los torneos de la Paz y la Confraternidad, ajenos a la tragedia de los pueblos cuya savia succiona el delirio armamentista. Y repito, sonriendo, la filosófica conclusión del hortelano:

—Pura política, patrón, pura política...

V. D. S.

Malloco, septiembre de 1936.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

POESIA

- Hacia allá... (1905).
El Derrotero (1908).
Romancero Naval (1910).
La selva florida (1911).
Gesta heroica (1914).
Sus mejores poemas (1918).
Sus mejores poesías (1922).
España y yo somos así... (1927).
Toque de diana. (Antología patriótica) (1928).
Poemas de Ultramar (1935).

NOVELA Y CUENTO

- Golondrina de invierno (1912).
La pampa trágica (1921).
Palomilla Brava (1922).
El mestizo Alejo (1934).
La criollita (1935).

TEATRO

- El pago de una deuda (1907).
Como la ráfaga (1909).
El primer acto (1910).
La ilusión que vuelve (1910).
Los cuervos (1911).
Nuestras víctimas (1912).
La vida cruel (1913).
Aires de la Pampa (1916).
La Vorágine (1916).
Buenos muchachos (1919).
Viento negro (1919).
El hombre de la casa (1919).
La victoria es nuestra (1919).
Aguas muertas (1920).
La Divina Farándula (1921).

Más allá del honor (1923).
Muñequitas (1923).
El grito de la sangre (1923).
Cabeza de ratón (1928).
Toda una mujer (1933).
Una alhaja sin estuche (1933).
La Dama de la Cruz Roja (1934).
Poroco (1935).
Rafael Torreblanca, poema dramático (sin estrenar).
Fuego en la montaña, tragedia rústica (sin estrenar).
Sabela (sin estrenar).
Los caballeros del Santuario (sin estrenar).

VARIAS

Las Provincias del Norte (1909).
Monografía Histórica de Valparaíso (1910).
Misión social del escritor (1911).
Lo que he visto y oído en Tarapacá (1913).
El Rey de la Araucanía (1936).

PROXIMAMENTE

Poemas de Ultramar. (Segunda edición).
La Pampa trágica. (Segunda edición).
El Mestizo Alejo y La criollita. (Segunda edición).



La Colección Obras de Actualidad, aspira a mostrar el mundo a través de observadores que tengan condiciones para orientar al público. Todos los pueblos que presentan algún interés, desde el punto de vista social y político, todos los regímenes, todas las costumbres desfilarán por las páginas de esta colección.

Ninguna tendencia especial nos guía al publicar estos libros, entre los cuales se incluirán los más sobresalientes reportajes sobre el mundo moderno. Los problemas del día encontrarán siempre, a medida que se publiquen libros que los estudien, un sitio en esta colección.

Títulos publicados:

KAPUT, por Carveth Wells, Relato de un viaje por la URSS, desde Leningrado hasta el Monte Ararat. Traducción especial para Zig-Zag. Cuarta edición: \$ 5.00.

La misma obra, empastada, en tela: \$ 9.00.

MEXICO EN MARCHA, por Manuel Eduardo Hübner. Historia completa de la revolución mexicana y sus principales hombres. Volumen de 572 páginas: \$ 20.00.

EL HOMBRE, UN DESCONOCIDO, por el Dr. Alexis Carrel. Una aguda exploración en el cosmos humano, por uno de los más prestigiosos hombres de ciencia contemporáneos: rústica \$ 10.00; empastado \$ 12.00

LA TEMPESTAD SE AVECINA, por Víctor Domingo Silva. Valiente investigación entre las complejidades de la política internacional sudamericana. ¿Esta la paz en peligro?: \$ 10.00.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG
SANTIAGO DE CHILE

EXTRACTO DEL CATALOGO

HITLER, por Louis Bertrand, rústica	\$ 6.00
empastado	8.00
LA CONQUISTA DE LA FELICIDAD, por Bertrand Russell (en rústica)	10.00
Empastada en tela	12.00
RETRATOS Y RECUERDOS, por Carlos Silva Vildósola	10.00
ANTOLOGIA POETICA DE RUBEN DARIO	10.00
HISTORIA LITERARIA DE EUROPA, por Paul van Tieghem, rústica	12.00
empastado	14.00
ANTOLOGIA POETICA UNIVERSAL. LOS GRANDES POETAS	12.00
NELSON, por Clennell Wilkinson. En rústica	10.00
Empastado en tela	12.00
DIARIO INTIMO, por Maria Bashkirtseff	8.00
CATORCE HISTORIAS DE SOLDADOS, por Claude Farrere	8.00
EL LIBRO DE LAS TIERRAS VIRGENES, por Rudyard Kipling. (En rústica)	10.00
Empastado en tela	12.00
A LA SOMBRA DE UNA MUJER, por Henri Duvernois	6.00
LA POSESION, por Camille Mauclair, rústica	6.00
empastado	8.00
LA DULZURA DE VIVIR, por Marcelle Tinayre	6.00
ESTUDIOS SOBRE GABRIELA MISTRAL, por R. Silva Castro	10.00

(Todos los precios marcados en moneda chilena).

Los libros Zig-Zag, unen a una presentación inmejorable, traducciones esmeradas, textos completos y una selección literaria de primer orden. Con ellos se formarán bibliotecas elegantes y aptas para satisfacer el gusto más exigente.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG

Bellavista 069 - Casilla 84-D - Santiago de Chile (S. A.)

